La Ilustracion Artística

AÑO XII — BARCELONA 18 DE DICIEMBRE DE 1893 — NÚM. 625

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA ADORACION DE LOS REYES MAGOS, copia del celebrado cuadro de Alberto Durero

pintado en el año 1509 y existente en la Galería de los Uffizi, de Florencia

2009 Ministerio de Cultura

SUMARIO

Texto. – *La Natividad del Señor*, por Emilio Castelar. – *La Nochebuena en Madrid*, por Carlos Frontaura; *en Mallorca*, por Juan B. Enseñat; *en Andalucía*, por Salvador Rueda; *á bordo*, por Federico Montaldo; *en el mar*, por A.; *en Galicia*, por Emilia Pardo Bazán. – *El mes de Diciembre en la antigua Lima*, por Ricardo Palma. – *Las Pascuas de Navidad en Cataluña*, por J. Coroleu. – *Posadas y Navidad (Costumbres de la ciudad de México)*, por Alberto Leduch. – *Nochebuena baturra*, por Luis Royo Villanova. – *La Nochebuena en Chile*, por Nadie; *en el campamento*, por Francisco Barado; *en Cuba*, por Felipe López de Briñas; *en Puerto Rico*, por Manuel Fernández Juncos; *en Valencia*, por Luis de Val; *en Guatemala*, por X.; *en Buenos Aires*, por Enrique Coll; *en Guipúzcoa*, por Antonio Peña y Goñi. – *Advertencia.* – *Crónica de la campaña*, por José Ibáñez Marín. – *Los sucesos de Melilla. Crónica de la guerra*, por M. Martínez Barrionuevo. – *Nuestros grabados.*

Grabados. – *La Adoración de los Reyes Magos*, cuadro de Alberto Durero. – *Alegoría de Nochebuena*, dibujada por Apeles Mestres, y *treinta y cinco* grabados más, alusivos á la festividad de *Nochebuena* y *Pascuas de Navidad* en los diferentes países y comarcas á que se refieren los artículos del texto. – *Muley Hassán, emperador de Marruecos.* – *Kabilas del interior acudiendo en auxilio de los rifeños.* – *Jefe de tribu árabe.*

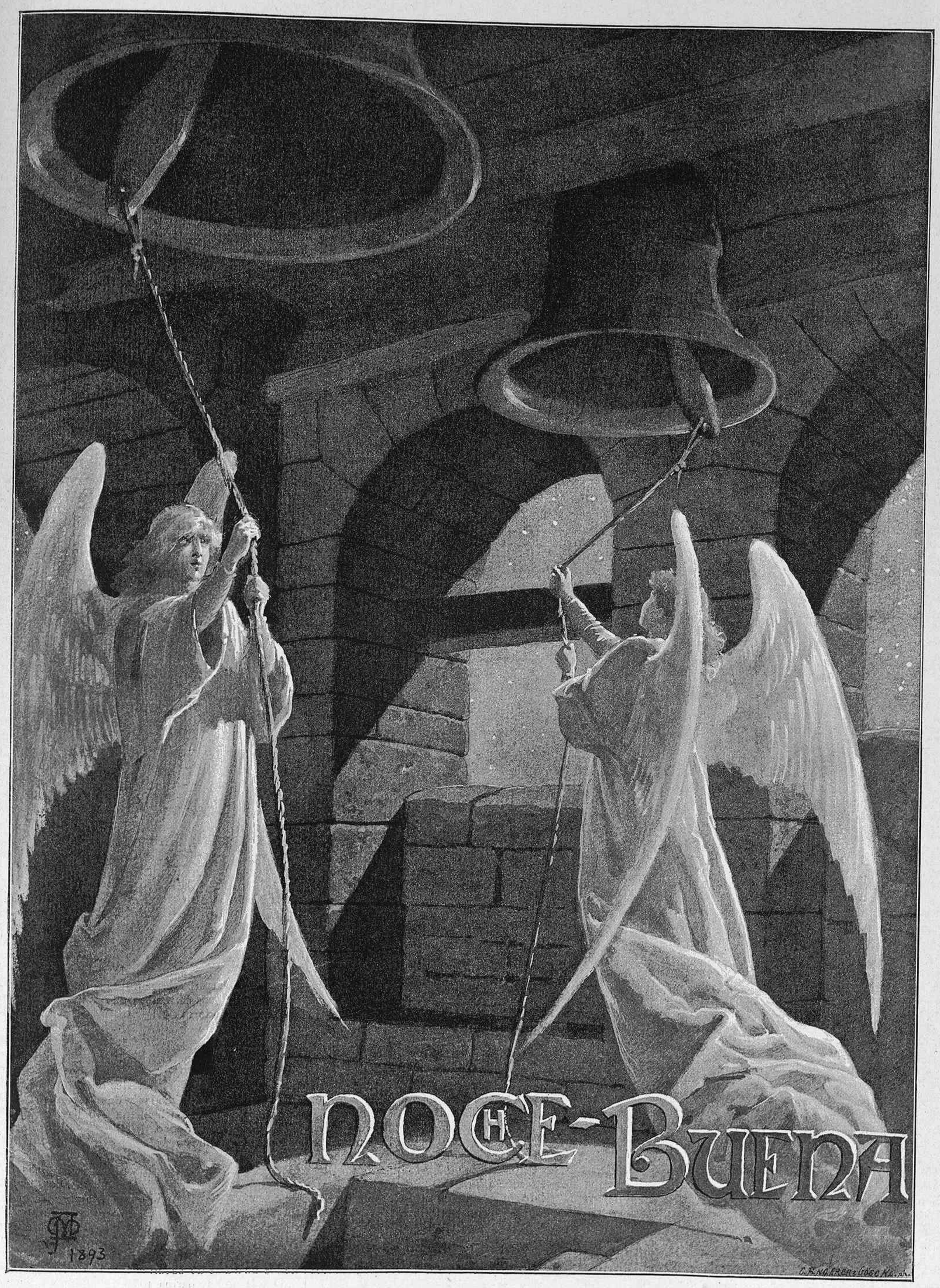
LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

Los dos evangelistas narradores de la Natividad de Cristo son Mateo y Lucas. El primero la menciona tan sólo al comienzo de su capítulo II, diciendo: «Y como naciese Jesús en Belén de Judea, por los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron del Oriente á Jerusalén. Y preguntaron: «¿Dónde se halla el rey de los judíos que ha nacido? Su estrella se ha visto en Oriente y nosotros llegamos á reverenciarle.» Al oir esto el rey Herodes, turbóse mucho y con él toda Jerusalén. Convocados á este respecto los príncipes de los sacerdotes, así como los escribas del pueblo, preguntóles dónde había de nacer Jesús. Y le dijeron: «En Belén de Judea, porque así está escrito por el Profeta. Y tú, Belén, de tierra de Judea, no eres pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un guiador que sostenga y dirija mi pueblo Israel.» Entonces Herodes, reuniendo en secreto á los magos, sacó de ellos el tiempo en que les apareciera la estrella, y enviándolos á Belén, dijo: «Id allá y preguntad con diligencia por el niño. Y después que lo halléis, avisádmelo, para que yo también vaya y lo adore.» Y ellos, oído al rey, se partieron. Y la estrella, vista en Oriente, les dirigía y guiaba en todo el camino, hasta que, llegados á su término, se posó donde Jesús estaba. Y notada la detención de tal estrella, holgáronse con verdadero intensísimo gozo. Y entrando en la casa, vieron al niño con su madre María.» Hasta aquí San Mateo. Veamos á San Lucas ahora. «Y aconteció en aquellos días que saliera edicto, por Augusto César ordenado, mandando empadronar á todos los hombres. Tal empadronamiento se cumplió cuando gobernaba Cirenio la Siria. E iba cada cual á empadronarse por este superior mandato en la respectiva ciudad. Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazareth, á Judea, á la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto pertenecía, según su estirpe, á la casa y familia de David, para empadronarse con María, su mujer, su desposada, la cual María estaba encinta. Y aconteció que, hallándose allí, vinieron aquellos días, en los cuales debió parir ella. Y parió á su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había para ellos lugar en el mesón. Y rondaban pastores por la misma tierra, velando de noche sobre su ganado. Y vino del cielo un ángel del Señor sobre todos ellos, y el éter celeste los circundó con su resplandor, y tuvieron gran miedo. Mas díjoles el ángel: «No temáis, porque aquí, ahora, os doy nuevas de mucho regocijo para todo el pueblo. Haos nacido en la ciudad de David hoy un Salvador, que es Cristo. Y se os revelará esto por señales. Hallaréis al niño envuelto en pañal y echado en pesebre.» Y súbito fué con el ángel una muchedumbre de los ejércitos celestiales, quienes alababan al Criador y decían: «Gloria en las alturas á Dios, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.» Y como los ángeles volvieran al cielo, dijéronse unos á otros los pastores: «Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que nos ha sucedido, manifestado ya por el Señor.» Y hallaron á María y á José con el niño acostado en el pesebre. Y, al verle, notificaron lo que les revelaran de él; y todos los que oyeron, se maravillaron de cuanto los pastores decían. Mas María guardábalo en su corazón. Y se volvieron los pastores loando y glorificando á Dios, por haber pasado como se lo anunciaron á ellos.» Hasta aquí los Santos Evangelios.

La vieja literatura, preciada de ortodoxa, no se contenta con esta narración de la Natividad del Señor, en cuya doble autenticidad hay que librar todo lo sabido respecto de tal hecho. Así refiere que María pidió á San José licencia para disponer fajos y mantillas en que abrigó á su hijuelo. Tela de lino hilada por sus propias manos y urdida le valió para primer pañal; tela de lana ligera y suave le sirvió para la primer mantilla. Tejióle más tarde adrede para él túnica inconsútil. Y no se contentan los escritores ortodoxos con saber la materia de que se componían los vestiditos de Jesús, también saben el color, blanco y morado; también saben que previno José flores y hierbas y otros aromas, de los cuales María compuso agua olorosa, y rociando los fajos, doblólos, aliñólos, los guardó en una caja, donde los llevó después consigo á Belén. Y saben más, saben que, determinado el día de su partida para cumplir el edicto de Augusto, con diligencia salió José por Nazareth en busca de cualquier animalejo sobre que llevar á su esposa, y le costó mucho trabajo encontrarlo por el número de gentes idas á cumplir el edicto. Y saben que, tras varias diligencias y penosos cuidados, José dió con pobre jumentillo, sobre cuyo lomo colocó á María juntamente con aguaderas y zurrones, en que iban panes, frutas y peces, ordinario manjar de que se nutrían y regalaban. Y aun dicen más, aun dicen que, tras cinco jornadas, llegaron á Belén, sábado, en punto de las cuatro de su tarde, hora en que, por el solsticio de invierno, el sol se despide y se avecina la noche. Y siguiendo en su narración cuentan cómo no hallaron los esposos posada, pues nadie quiso abrigarlos; cómo, á virtud y por obra de todo esto, se refugiaron en la cueva de Belén; cómo esta cueva miraba seguramente hacia el Norte; cómo José limpió el suelo y los rincones de la cueva en gran trecho; pues corridos los ángeles de verlo en tal faena, descendieron allí hasta barrerla y desempedrarla por completo.

El grande arte, sobre todo la pintura, ha exaltado el nacimiento de Cristo. Pocas escenas de la religión cristiana pueden ofrecer al pintor asunto de suyo tan artístico y conmovedor. Así los mayores, entre aquellos que más descollaran en las artes del dibujo, no dudaron en trasladar á paredes, tablas, lienzos, este idilio religioso. Los ángeles en el cielo y los pastores en la tierra; el Niño Dios, desnudo sobre las amarillas pajas; la mula y el buey, que á una, con los humos de sus alientos, lo abrigan; el varón justo, representado por José, ya viejo; el éxtasis de la madre, absorta en ver y contemplar al tierno recién nacido; los cánticos de gloria resonantes en las alturas y mezclados con los rabeles y las zampoñas pastoriles; las estrellas luciendo con luz más viva, como si acabaran de brillar en los espacios inmaculados y no hubiesen recibido el hálito de nuestras culpas en sus espléndidas esferas; todos estos asuntos y todos estos objetos á maravilla en sus combinaciones se prestan para el arte cristiano por excelencia, cual se prestaban los viejos dioses clásicos en su tranquila serenidad para el arte por excelencia heleno. Un verdadero pintor florentino ha trazado este bello argumento en cuadro que guardan las galerías de Florencia. El escenario resulta en tal obra esencialmente italianizado, mejor dicho, de pura y antigua Toscana. Las montañas extendidas en las dos orillas del Arno, que semejan pirámides orientales é intercolumnios griegos, con los hermosísimos valles etruscos de severa vegetación y de colinas armoniosas, componen todo su fondo. En segundo término álzase lo que podríamos llamar campesino sombrajo: una choza meridional, á todos los vientos abierta, como se necesitan en los territorios de nuestras hermosas regiones, tan estrechamente unidas con el hombre. Aquel suelo no se parece de ningún modo al árido y abrasado suelo de Palestina. Fresco césped, cubierto por gayas flores, con especialidad por bien olientes lirios, lo alfombran. En tan mullido y verde tapiz, bien puede reposar el Niño Dios, con su aureola de luz increada en la frente y sus brazos y sus piececillos levantados al cielo en guisa de voladoras alas. A la izquierda tres pastores, que representan la juventud, la edad madura, la vejez, contemplan á una, en éxtasis, el cuerpecillo, donde se compendian la divina misericordia y la humana redención. A la derecha María, como fuera de sí por completo, enajenada en arrobamiento y deliquio superiores á todo lo imaginable por nuestra fantasía, en arrobamiento y deliquio propios de las madres. José, menos interesado en la escena, con reposo digno de cualquier estatua clásica, en edad que no puede atraer á las mujeres ya, muy anciano, diciendo así que ha nacido, no para generar á Cristo, para sostenerlo y alimentarlo, representa bien diversos afectos de los representados por María, y significa una como externa protección y defensa del tierno Niño y de la débil mujer. Compiten á una con la belleza de María la belleza de los ángeles puestos á sus costados. Hay cuatro, dos niños como de siete años, dos jóvenes como de catorce. Ninguno tiene aquel místico resplandor que las aladas criaturas del Angélico parecen traer desde un mundo superior, al cual acaban de abandonar en su arribo á este nuestro mundo. Los ángeles de Credi tienen alas, pero semejantes á las de muchas aves que no vuelan, y á quienes tan sólo sirven para un paso más alígero por la tierra. Plumas, aureolas, túnicas no bastan á darles aires místicos. Aquellas figuras tan sólo recuerdan y significan la incomparable adolescencia del Renacimiento florentino, que reza en la cuna de Jesús, pero enardecida por el mosto de Chio, escanciado en copas áureas cinceladas por escultores muy semejantes á los antiguos de Grecia en la hermosura perfecta y en el cincelado increíble. Aunque muy helénico, cual todos estos artistas que han volado entre los crepúsculos vespertinos del siglo XV y las alboradas hermosísimas del siglo XVI, descúbrese muy pronto que Lorenzo Credi pertenece al período henchido por la predicación de Savonarola, en el cual parecía renovarse y rejuvenecerse la vieja religión católica. Tanto es así, que dió á la hoguera, tras un sermón exaltadísimo de aquel extraordinario monje, sus obras profanas. Pero como fuese piadosa la noble Adoración de los Pastores, preservóla el autor de aquellos extravíos, guardándonosla para que pudiésemos admirar en sus religiosas figuras la fresca encarnación de los tiernos cuerpos y el gesto de candor que brilla en los divinos rostros. ¡Cuántos cuadros de igual asunto podríamos recordar ahora! La verdadera nota de la maravillosa escena corresponde al Correggio. No busquéis la perfección clásica de Rafael en sus cuadros; pero quizás hay mayor suavidad y melodía. Este artista representa como nadie los afectos de ternura y delicadeza. Sobre todo, parece haberse inspirado en el Verbo alejandrino, y visto cómo ese Verbo significa en esencia y resumen una luz de la luz. Correggio irradia el éter ariano, aquel éter, alma de los dioses indo-europeos, en sus composiciones todas. Nadie ha pintado como él ese resplandor de lo supraesencial, en que van á dorarse las estrellas y á vestirse los ángeles. La irradiación etérea que todo lo esclarece con el calor divino que todo lo vivifica sugiérenle sus más religiosas y místicas inspiraciones. Por eso es el pintor de San Juan, del evangelista que ha divinizado el Verbo, y el pintor de los ángeles, que llevan en sus ojos el amor á todo lo criado y sobre sus alas el arquetipo de todos los seres. Hay en Rafael más arte, hay en Vinci mayor ciencia; pero no hay en otro pintor alguno adivinaciones como las suyas de lo que significan, así el sol espiritual como el sol material, así el Verbo divino como el éter increado, en que han bebido las cosas su etérea substancia y las ideas su divina esencia. El vulgo llama *La Noche* al cuadro maravilloso del museo de Dresde, donde Correggio traza el Nacimiento de Jesús. Y le llama *La Noche* porque todo está obscuro y tenebroso allí, menos lo alumbrado por la mística luz desprendida suave y armoniosa del Niño Dios reclinado sobre la paja. Imaginaos que de pronto vierais en profunda obscuridad la Vía Láctea, con sus fajas de mundos y semilleros de soles; pues tal efecto produce aquella luz divina y sobrenatural, reverberada por tan hermoso cuadro. No hay allí nada terrestre ni aun celestial. Todo el resplandor es de una idealidad adivinada por internas intuiciones. Apenas descubre uno allí á Jesús. Pero los rayos que difunde iluminan con luz de sol á los pastores, como iluminan con luz de pensamiento á los ángeles, verificándose por milagrosas revelaciones del arte la compenetración milagrosa entre la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona de Cristo, compenetración que no ha podido explicarnos la ciencia, siquier se vea y adivine por la fe. A cuadro tan sobrenatural poco añadirá nuestro Murillo en su adoración de los Pastores. El sevillano excelso, cuando no traza las concepciones etéreas, que parecen hechura de sus arrobamientos y deliquios personales; cuando no copia un éxtasis monástico, en cuya expresión rivaliza con el mismo Zurbarán, adolece de tendencias prosaicas y positivistas, como cualquier literato y pintor, aquejado, por desgracia, de nuestro ponzoñoso realismo. Para penetrarse de tal verdad, no hay como ver la *Sacra Familia del Pajarito*. Banco y formón de San José; devanadera y ovillo de María; jilguero llevado por Jesús en la manecita; perrillo de lanas á los pies de éste; los objetos y las figuras copian y reproducen el interior de una casa vulgar, pintada maravillosamente, pero de un realismo cuasi flamenco. E igual sucede, lo mismo, en el cuadro de su adoración pastoril. María, muy hermosa, pero muy doméstica, de ojos andaluces, de traje obscuro sevillano, alza con verdadera sencillez el pañal en que descansa jugueteando su Hijo. Las dos gallinas del anciano pastor puesto de hinojos, vestido de burda lana y abrigado por tosco pellico, viven, como quien las lleva, el cual no muestra idealidad alguna. La vieja, con su cesta llena de huevos al bra-

2009 Ministerio de Cultura



ALEGORÍA DE NOCHEBUENA, dibujada por Apeles Mestres

2009 Ministerio de Cultura

zo, vuelve de cualquier corral andaluz, como vuelve de un aprisco cualquiera el mozo reteniendo al cordero que se adelanta para lamer al Niño. La figura más idealizada en este cuadro de Murillo es la figura de San José, quien representa y simboliza la madurez de nuestra vida cuando la inteligencia y el corazón llegan á su completa plenitud. Pero sea de todo esto cuanto se quiera, no dudéis de que jamás la historia verá sobrepujadas las artes pictóricas cristianas, como jamás ha visto sobrepujadas las artes escultóricas helenas. Todos estos cuadros han idealizado el nacimiento de la criatura humana en este nuestro bajo y triste mundo, que celebramos por estos días y encarecemos en la festividad poética de la Natividad del Señor.

Emilio Castelar

LA NOCHEBUENA EN MADRID

I

No se ha perdido todavía, y hay que desear que no se pierda y creer que no se perderá en Madrid la cristiana costumbre de celebrar las familias la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo; pero, aunque duela, es preciso reconocer que existe gran diferencia entre lo que era antes y lo que es ahora la Nochebuena.

Hemos progresado mucho, no se puede negar, en lo material; pero en lo moral hemos perdido bastante, y por esto hay ahora muchos hogares fríos, tristes; mucha aparente riqueza y mucha espantosa miseria; muchas desapoderadas ambiciones y muchas terribles caídas; mucha farsa y poco dinero; y sin embargo, todos los días son días de fiesta en Madrid, que es el pueblo más pobre y más divertido del Universo.

La Nochebuena ha sido siempre la fiesta del hogar, la fiesta de los viejos y de los niños, esencialmente. Para aquéllos era la noche de los recuerdos dichosos de la juventud y de la edad madura; para los niños la noche de las puras y candorosas alegrías, de las inocentes risueñas esperanzas, de las leyendas maravillosas. Ahora van ya quedando pocos de aquellos viejos sanos de alma y cuerpo que, después de una labor honrada de largos años, tenían con que vivir y se holgaban de verse en la Nochebuena rodeados de la familia que habían formado cristianamente... Los viejos de nuestros días ni tienen salud, ni humor, ni dinero; los consume el tedio, los postra la diabetes, los empobrece el casino y se los come la usura. Sus hijos y sus yernos campan por sus respetos, meten la cabeza donde pueden, en el Congreso, si tienen esa suerte, y hacen la oposición á sus padres, á sus abuelos y al lucero del alba. Y en cuanto á los niños... ¿dónde están los niños?.. Ya no hay más niños que los que están en mantillas. Los otros, los que van á la escuela, más que con el *Juanito* y el *Amigo de los niños* se deleitan leyendo en *El Liberal* el proceso de la *Bella chiquita* y riéndose de los *padres de familia.*

La Nochebuena era la fiesta de los pobres, de los pobres resignados á la pobreza y al trabajo. Había también alegría en el hogar del pobre, que tenía el corazón libre de la envidia, esa ponzoña de nuestros tiempos. Poseía el pobre la noción cristiana de la igualdad, que no es como ahora quieren sus falsos redentores que la entienda. Sus necesidades no eran tantas como ahora; no se las había creado, y por consiguiente no sufría el tormento de no poder satisfacerlas. En sus tristezas le consolaba la fe, el supremo bien que ahora se le arrebata desapiadadamente al pobre, dándole en cambio aspiraciones imposibles que son para él un tormento cruel y para la sociedad una terrible amenaza perturbadora.. . . . . .

. . . . . .

II

En aquellos tiempos, que ya son remotos, cuando no ocurría, como ahora en Madrid, todos los días un suicidio por lo menos; cuando el juego de la pelota era sencillamente ejercicio de chicos y no iban á presenciarlo las damas y los caballeros, ni servía de pretexto al más escandaloso de los juegos; cuando no había en las calles principales y en los círculos de la gente más empinada *timbas* donde los incautos y los viciosos dejaran el dinero, privando así de todo recurso á sus familias; cuando sólo tenían carruaje los que lo podían pagar holgadamente; cuando eran pocos los que *ponían casa* y coche á las mujerzuelas, y aquellos pocos se guardaban muy bien de hacer alarde de su debilidad; cuando la gente se regocijaba grandemente en el teatro, aunque no le sirviesen á diario, como ahora, el adulterio en todo drama y las desvergüenzas en casi todas las obras cómicas..., había mejor humor y más dinero. Y lo que es en Nochebuena, pocos eran los que no tenían algo con que celebrarla.

Claro que entonces se mataba algún que otro loco, algún que otro desesperado, produciendo la desgracia, por poco frecuente, escándalo y consternación, compadeciendo todo el mundo al suicida; entonces también hallaban el incauto y el vicioso casas de juego, pero contadas y ocultas; por las mujeres arruinábanse los que no sabían dominar sus pasiones, que siempre hubo sobre la tierra hombres *chiflados,* como ahora se dice; y había, en fin, maridos extraviados y esposas enteramente perdidas; pero semejantes ejemplos citábanse como casos extraordinarios, y hablaban las gentes misteriosamente de estas debilidades humanas que ahora á nadie asombran, como que con ellas estamos enteramente familiarizados.

III

¡Qué Nochebuenas tan animadas y alegres las de otro tiempo! Todo el mundo cenaba fuerte, todo el mundo menos los que no tenían qué cenar, que algunos se verían en este apretado caso; pero ahora, ahora se queda mucha, pero mucha gente sin cenar, y este año más que el pasado, y probablemente el año que viene más que en el presente, porque cada año estamos más tronados.

El ministro de Hacienda con sus reformas ha dejado sin cena en esta Nochebuena y en otras muchas malas noches á muchísima gente. La negra cesantía, sin derechos pasivos, ha desmantelado muchos hogares y anticipado un aguinaldo de hambre á los pequeñuelos que antes alimentaban sus padres con el auxilio de Santa Nómina bendita. Desde que se planteó el Presupuesto vigente viven condenados á ganarse la vida como puedan y sepan muchos padres de familia, de los que no se meten con la *Bella chiquita,* que sólo sabían ganársela extractando expedientes y sirviendo al Estado, que es á las veces el amo más ingrato y cruel, especialmente con los que mejor le han servido.

Las beneméritas clases pasivas, ese batallón sagrado de vetustas viudas, de huérfanas doloridas, doloridas por la orfandad y la forzosa soltería, pues en casándose ya no les da el Estado el alpiste; de guerreros retirados con sus averías, de reumáticos jubilados, de exclaustrados que no se curan jamás de la nostalgia del convento..., sufren este año en sus haberes mayor descuento que antes, con lo que no tendrán los pasivos una Nochebuena alegre, y seguramente se verán obligados á prescindir del clásico besugo, tan popular y estimado entre las gentes modestas, para quienes el salmón es un pescado fabuloso...

Los contribuyentes hállanse también de bonito humor; trabajan para el fisco, que con los peores modos se lleva cuanto ganan, y si se quejan de que no les queda una peseta, no faltará periódico ministerial que les acuse de ser unos egoístas y no tener patriotismo ni vergüenza. A tales tiempos de libertad hemos llegado, que no la tiene uno siquiera para poner el grito en el cielo cuando le sacan las tiras del pellejo.

Unicamente los empleados en activo podrán este año festejar la Nochebuena y la conservación de su empleo, por si en el próximo no tienen ocasión de regocijo porque los hayan enviado ya al panteón de los cesantes. Los desmoches sucesivos que vienen presenciando desde el año anterior son un precedente poco tranquilizador para los servidores del Estado.

Este año, como todos, nos ofrecerán Lhardy y otros *restaurauteurs* en sus escaparates el espectáculo luctuoso y apetitoso de los faisanes, los pavos y los capones cebados, los embutidos más elegantes, si en esto de los embutidos puede haber elegancia, y en fin, una diversidad sublime de manjares traídos de todas las partes del mundo; pero la *burguesía* pasará de largo, que no están los tiempos para regalarse el estómago propio con tan exquisitas cosas, y menos aún para regalarlas á los demás. Solamente algún que otro grande de España, los ministros, los altos empleados que sean poco previsores, tal cual vengadora pródiga de lo ajeno... y de lo propio, el primer tenor del Real y los embajadores de las grandes potencias podrán gastar el dinero en comer lo que en aquellos escaparates se ofrece á quien lo tiene de sobra. Los burgueses regularmente acomodados tendrán que contentarse este año con el desmedrado pavo callejero, sospechoso de viruelas, con las sardinas de Castro Urdiales y las nueces y castañas con que se entretiene á los chicos y se les compensa la falta de cosa de más substancia,... y los pobres... ¡cuántos verán la procesión de las ánimas!...

El hábito del ahorro se pierde en nuestro país, como se han perdido tantas buenas costumbres. Todo el mundo, lo mismo el que tiene mucho que quien tiene poco, gasta en lo superfluo acaso más que en lo necesario, y hay, por consiguiente, un desequilibrio económico general. El gobierno nos ha venido dando el ejemplo, y lo hemos seguido con la mayor solicitud muchos años. Hay mucha diferencia entre aquellos tiempos en que sólo había un coche para todos los ministros, que iba á buscar primero á uno y luego á otro y á otro después para llevarlos al ministerio ó devolverlos á sus casas, y estos felicísimos tiempos en que tienen coche pagado por el Estado los ministros, los subsecretarios, otros altos funcionarios y hasta los chicos secretarios del Congreso. En el material de las oficinas se gastaba con mucha parsimonia; ahora ese material importa una cantidad fabulosa, y hasta los escribientillos escriben cartas á su novia en papel con membrete del Ministerio ó de la dependencia en que sirven.

Todo el mundo, en la clase media, que suele ser la más tronada, usa la moqueta para cubrir el piso y desecha la estera de cordelillo, que en otros tiempos cubría el pavimento de casas muy principales. Con el sistema novísimo de pagar á plazos semanales los muebles, las camas y otros muchos efectos, todo el mundo adquiere lo que no podría adquirir pagándolo al contado; verdad es que lo paga más caro, y algunos pobretes que antes de haber satisfecho el importe completo dejan de pagar, por no poder, una ó dos mensualidades, con la misma facilidad con que compraron á plazos las cosas se quedan sin ellas, y, naturalmente, sin el dinero que aprontaron. Yo tenía un amigo que decía á los que íbamos á su casa: «Todos estos muebles que ven ustedes aquí los he pagado á más precio que los hubiera pagado Manzanedo.» Y preguntándole cómo podía ser eso, replicaba: «Porque los he comprado á plazos.»

Todo el mundo está apurado en el presente momento histórico; á todo el mundo le preocupa más el hoy que el mañana, porque se vive al día, se vive como se puede ó como no se puede, y el mes último del año es ya para pocos el mes del balance satisfactorio, del regalado gusto de haber ganado y ahorrado más que los años anteriores; es, por lo contrario, el mes de la bolsa vacía, de la desesperación, del espantoso *déficit,* de las exigencias y las amenazas de los acreedores.

Y como vivimos de esta suerte hace años, y cada vez con más agravantes circunstancias, la Nochebuena nos coge de un humor tan negro, exceptuando á los que han sido agraciados en el sorteo de la lotería del día anterior, que ni ganas de cenar nos quedan, y eso teniendo algún dinero, aunque poco.

Por consiguiente, ya no puede asegurarse como en otro tiempo que la simbólica fiesta de la Nochebuena se celebra en todos los hogares de Madrid y junta á todas las familias para regocijo de los niños y de los viejos, de los que acaban de entrar en la vida y de los que van acercándose á la eternidad. ¡Dichoso hogar aquel en que el amor reune en Nochebuena á los abuelos orgullosos de sus hijos, á los hijos idólatras de sus padres, á los nietos felicísimos que no ven nunca nubes en la frente de los que les dieron el ser, y crecen en medio de la alegría más pura, viendo siempre sonrisas, oyendo siempre frases de cariño y desconociendo las siniestras sombras de la discordia en la familia!..

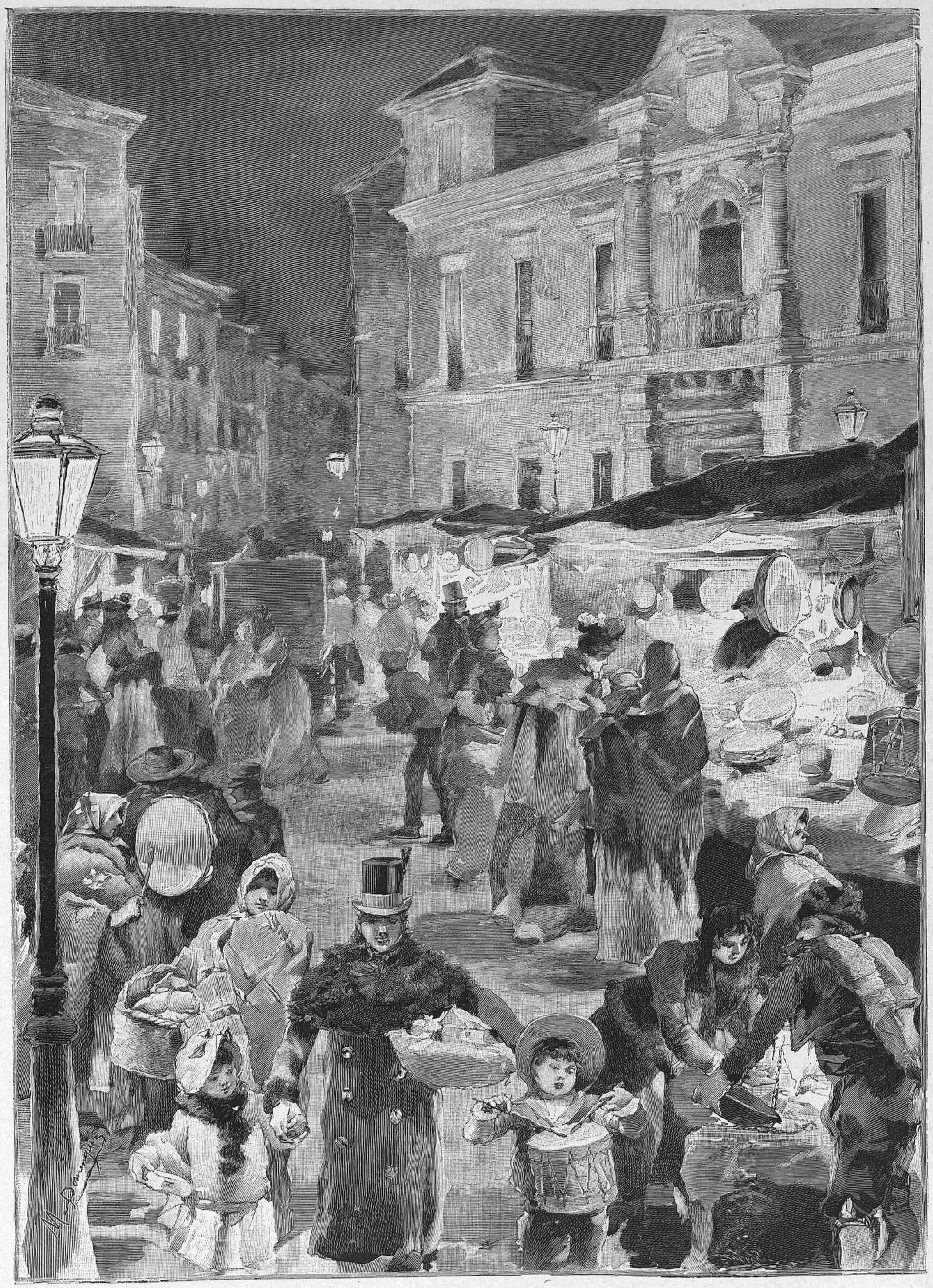
La Nochebuena es ya poco bulliciosa en Madrid. En alguna calleja se oye el desagradable ruido que hacen unos chicos dando golpes sobre una lata que contuvo petróleo; en alguna otra se oyen canciones sin poesía con acompañamiento de zambomba y sartén, y en las prevenciones de policía duermen la mona unos cuantos desventurados que se gastaron en vino los pocos céntimos que constituían su fortuna. Los vendedores de la plaza Mayor quéjanse todos los años de vender menos que vendían antes, y los que en los portales de Santa Cruz ofrecen á los chicos los nacimientos de corcho con las figurillas de barro laméntanse de que ya no hay gusto para comprar á los pequeñuelos portales de Belén, reyes magos, pastores con ofrendas y demás piezas *escultóricas* alusivas á la Nochebuena. No hay, en efecto, gusto ni dinero tampoco.

En suma, la fiesta de la Nochebuena en Madrid ha quedado reducida á unos cuantos banquetes en casas aristocráticas, á las cenas de las familias bien avenidas, que todavía hay, gracias á Dios, familias unidas que siguen la tradicional costumbre de celebrar la memorable fecha del nacimiento de Nuestro Redentor, y á las destempladas aguardentosas voces de los infelices que entretienen el frío y el hambre cantando coplillas y armando ruido bajo la vigilancia de los guardias de seguridad que están de servicio.

Donde no hay harina todo es mohina, y hace ya tiempo que este axioma es de gran actualidad en Madrid y en toda España.

Carlos Frontaura

2009 Ministerio de Cultura



LA NOCHEBUENA EN MADRID dibujo de Manuel Domínguez, grabado por Sadurní

2009 Ministerio de Cultura

LA NOCHEBUENA EN MALLORCA

EL ÁNGEL Y EL DIABLO

Entre los suculentos platos literarios con que, en celebración de la gran fiesta del hogar, se obsequia á las personas mayores en el presente número de La Ilustración Artística, justo es que se sirva á la gente menuda alguna ligera golosina, como este cuento que para ella he aderezado.

A principios del siglo XVI, la pintoresca villa de Sóller, situada en el fondo de un ameno valle, entre altas montañas de la cordillera Norte de Mallorca, se componía de *posadas de payés,* abiertas los días festivos y cerradas el resto de la semana; de cuatro tiendas de mercería y comestibles, y de unas cuantas casas de menestrales, principalmente cardadores y tejedores de lino crudo y lana del país. La población se hallaba desparramada por alquerías y cortijos, por granjas y casas de montaña.

Una de las vertientes más pobladas del valle era la conocida con el nombre de *Las Moncadas*. Acá y allá se veían rústicos caseríos con cisterna y horno de pan cocer; buenas viñas en escalonados bancales, y de sol á sol se mezclaban con el alegre y variado canto de los pájaros las pausadas canturías de los labradores.

Día 24 de diciembre de 1517, una hora después de anochecer, se calentaban bajo la campana de la chimenea y ante un hermoso fuego de troncos de olivo, en el espacioso hogar de una de aquellas casas de campo, el honor Pedro Garau, su mujer, llamada Magdalena, y dos hijos de ambos: Gabriel, que había de hacer su primera comunión en la primera Pascua Florida, y Antonia, que tenía ocho años.

Pedro frisaría en los cuarenta. Era alto y fornido de espaldas, de rostro moreno, vivo de potencias y noble de corazón.

—¡Demasiado noble!, solía decir Magdalena, que no le consideraba bastante rico para ser tan generoso.

No se quejaban de su desprendimiento los verdaderos pobres de la comarca, ni los de puntos más lejanos, que le hallaban siempre con la mano abierta y dispuesto á hacer un favor.

Por esto, cuando Pedro bajaba á la villa los domingos para oir misa y hacer provisiones, era un placer ver cómo todo el mundo le saludaba, cual si pasase un gran señor.

Digo mal, porque al gran señor, el muy noble don Arnaldo de Rocafons, que dominaba como un reyezuelo absoluto á la población rural de aquella parte de Sóller, no le saludaban las gentes sino á disgusto y temblando.

Precisamente hablaban de él en el hogar de Pedro Garau.

—¿Decías, pues, Magdalena?..

—Que la mujer de Miguel del Salt ha estado aquí y me ha contado muchas cosas de Rocafons.

Rocafons era la residencia señorial de D. Arnaldo: un castillo roqueño situado en uno de los picachos de la escarpada costa, cerca de lo que es hoy Balitx d' Amunt.

—Hablemos bajo, que no nos oigan de fuera, añadió la mujer de Pedro.

No era fácil que nadie les oyese, porque la noche era fría y obscura, y la casa más próxima estaba á un tiro de ballesta. ¿Quién diablos iba á andar por allí á tales horas?

—Miguel del Salt llegó ayer y vino solo. Ya sabes que había ido á la guerra con D. Arnaldo, y recordarás la alegría que causó á todo el mundo el ver partir al Sr. de Rocafons. ¡Era tan malo! Pues bien: ya no le volveremos á ver.

—¡Diantre! ¿Pues qué le ha pasado?

—Que ha muerto en tierra de moros.

—No es que yo quiera mal á su ánima... ¡Ojalá Dios la haya perdonado! Pero juraría que á estas horas, D. Arnaldo está en compañía del demonio, de quien debía ser próximo pariente.

Apenas había pronunciado Pedro estas palabras, cuando se oyó un aldabonazo en la puerta y una voz delicada que decía:

—Hermanos, abrid, por caridad, á un pobre viajero que viene rendido de cansancio.

—¡Virgen Santa!, exclamó temblando Magdalena. ¿Quién será?

—¡Abre!, dijo Pedro. No está la noche á propósito para que tengamos aguardando á la puerta al que nos pide refugio.

Magdalena abrió el postigo y se encontró en presencia de un paje, de simpática figura, joven, rubio, ricamente vestido.

—¡Buenas noches!, dijo, entrando, con voz dulce y aire risueño.

—¡Santas y buenas!, contestaron á un mismo tiempo marido y mujer.

—Vengo de lejos; estoy muy cansado; la noche es obscura y fría... He visto luz y he pensado que me convendría descansar un rato y pedir informes sobre el camino, pues sentiría extraviarme.

—¡Bien venido seáis! Disponed de nosotros y de cuanto hay en esta casa. ¿En qué podemos serviros?

—Vuestra bondad me confunde. Sólo quisiera un pedazo de pan y una escudilla de agua, y descansar un poco.

—Sentaos y seréis servido.

El paje tomó asiento en uno de los bancos del hogar. Magdalena le puso al lado la cesta del pan, un plato de aceitunas y medio queso. En tanto, Pedro le sirvió una botella de vino, diciéndole:

—Con este frío y de viaje, no conviene beber agua.

Y añadió al fuego un par de troncos de olivo, que ardieron en seguida en viva llama.

El paje sólo tomó un bocado de pan con unas pocas aceitunas y un sorbo de vino. Luego hizo sentar sobre sus rodillas á la pequeña Antonia, que se había acercado á él llena de curiosidad y asombro, y empezó á contarle cuentos que le dieron mucho gusto. Gabriel, que se había sentado á los pies del viajero, en el extremo de un grueso tizón, le escuchaba también con la boca abierta.

—Dime, tú, ¿eres buen muchacho?, le preguntó el paje, después de concluído un cuento lleno de interés y de buenos consejos para los niños.

—Que lo digan mis padres, contestó con ingenua gracia Gabrielito.

—Tus padres se ríen... Se me figura que están contentos de ti. ¿Has de ir esta noche á la Misa del Gallo?

—No, señor. Mi padre dice que me cansaría mucho, y mi madre teme que me constipe. Pero me gustaría ir.

—¡Y á mí también!, exclamó Antonia. Dicen que ven al Niño Jesús en un pesebre, muchos corderos con sus pastores, y San José, y la Virgen, y un buey y una mula. ¡Qué bonito debe ser!

—Pues voy á suplicar á vuestros padres que os dejen ir. ¿No es verdad, dijo dirigiéndose á éstos, que vais á darles ese gusto?

—¿Contáis ir vos?, preguntó Pedro.

—Yo no falto nunca.

—Pues les llevaremos, ya que así lo deseáis.

Los niños iban á saltar de alegría, cuando les paralizó un tremendo golpe dado en la puerta y una voz estentórea que gritaba:

—¡Mil rayos! ¡Abrid... abrid pronto, que á mí no se me tiene á la inclemencia como á un perro!

Y se oyeron más recios golpes, acompañados de otros gritos y blasfemias.

Magdalena se persignó y su marido fué á abrir la puerta.

Un hombre vestido de negro, con botas altas y espada al cinto, entró echando maldiciones y tirándose de los pelos de una luenga barba roja.

—¡Voto á Barrabás! ¡Qué noche para un largo viaje! ¿Dónde he venido yo á parar? ¡Ea! Una rama al fuego, y sacad lo mejor que tengáis para cenar.

Pedro y Magdalena estaban como petrificados. Los niños se habían cubierto el rostro con las manos, acurrucándose junto al paje.

—¿No habéis oído?, gritó el recién llegado. Miradme bien. ¿No me conocéis? ¡Ja, ja, ja! Yo soy D. Arnaldo de Rocafons.

Y el caballero del negro traje prorrumpió en una carcajada tan estridente, que hizo temblar de miedo á Pedro y á su mujer, quienes no se explicaban cómo veían en carne y hueso á aquel maldito D. Arnaldo, de cuya muerte habían hablado precisamente aquella misma noche. ¿Y lo de venir de lejos á tales horas, sin caballo ni escudero?

Pedro echó una rama al fuego y Magdalena sirvió á su terrible huésped las provisiones que le quedaban. En pocos minutos, D. Arnaldo se lo tragó todo. Levantóse de la mesa refunfuñando y fué á sentarse en un banco del hogar. Hasta entonces no reparó en el paje.

—¿Quién eres tú?, le preguntó haciendo un horrible gesto.

—Soy paje de un señor tan humilde como poderoso.

—¿Qué señor es ese?

—No puedo decirlo, porque viajo de incógnito.

El de la barba roja le volvió las espaldas malhumorado y preguntó á Pedro:

—¿Y tú, qué dices de mi visita? ¿No te figurabas que yo llegase algún día á honrar tu casa?

—No, señor, contestó Pedro con temblorosa y apagada voz.

—¿Y qué dirás cuando sepas que estoy resuelto á pasar aquí, en vuestra compañía, esta maldita Nochebuena?

—Pero D. Arnaldo, ¿y la Misa del Gallo?, se atrevió á objetar Magdalena.

—No iréis por esta vez. ¿Qué falta os hace ir á oir cantuseos ridículos?

—Todo buen cristiano, objetó Pedro, está obligado á asistir á las solemnidades con que la Iglesia honra al hijo de Dios. Quiero ir á la Misa del Gallo y me acompañarán mi mujer y mis hijos.

—¡Miserable, replicarme á mí!.. Repito que no iréis. ¿Has olvidado que tengo en Racafons una encina donde he mandado ahorcar á más de una docena de rebeldes que desobedecieron mis órdenes?

Al recuerdo de la famosa encina, Pedro se estremeció de espanto. Pero recobrando en seguida su valor, replicó al terrible caballero de este modo:

—Haréis, señor, lo que os plazca; pero nosotros iremos á la Misa del Gallo.

El de Rocafons se puso en pie de un salto, echando chispas por los ojos; desenvainó la espada y se echó á fondo contra Pedro con intención de pasarlo de parte á parte.

Pero con la rapidez del pensamiento, se interpuso el paje exclamando:

—¡Atrás, Lucifer!

Desenvainó un puñal que llevaba sujeto á su cinto de oro, cogióle por la reluciente y afilada hoja y presentó á la vista del caballero la empuñadura, que tenía la forma de una cruz.

Inmediatamente se alzó del suelo una gran llamarada que envolvió al del traje negro, y él y el paje desaparecieron un instante entre una espesa columna de humo que subió por la chimenea.

Cuando el humo se hubo disipado, el negro personaje había desaparecido y el paje se había transformado en un ángel de hermosas alas de oro.

Pedro, su mujer y los niños se hincaron de rodillas, llenos de admiración.

El ángel les mandó levantarse y les dijo:

—Buenos cristianos, id á la Misa del Gallo y rogad á Dios con devoción. Es cierta la noticia que hoy os han dado de la muerte de D. Arnaldo de Rocafons. Aquel déspota inhumano expía hace tiempo sus iniquidades en eternos suplicios. Hoy Lucifer ha tomado su forma para impedir que fueseis á celebrar el nacimiento del Niño Jesús, venido al mundo para destruir el poder del espíritu infernal. Tranquilizaos; el valor y la fe de que habéis dado prueba, os han salvado para siempre. Id á la Misa de Navidad y veréis después que hasta en la tierra recompensa Dios las virtudes, y muy particularmente la caridad, esa virtud por excelencia que tenéis arraigada en vuestro corazón.

Esto dicho, el ángel desapareció.

Las campanas anunciaban con sus resonantes ecos la hora de ir al templo.

Una comparsa de vecinos que iba reclutando gente para ir á la Misa nocturna, hizo irrupción en la casa. Pedro recomendó á su mujer y á sus hijos que no dijeran una palabra de cuanto acababan de presenciar, pues era exponerse, sin provecho alguno, á que les tomaran por visionarios ó trapaceros.

La comparsa, engruesada con Garau y su familia, emprendió la marcha hacia el pueblo, precedida de dos mozalbetes que alumbraban con antorchas hechas con mazas de estopa impregnadas de resina.

El templo se llenó de fieles y la Misa revistió la solemnidad de costumbre. Lo que más interesó á Gabriel y Antonia fueron el canto de la Sibila, los villancicos y la cueva de Belén, en que se representaban al vivo los principales episodios del nacimiento de Jesús.

A la salida de la iglesia volvió á reunirse la misma comparsa, la cual hizo más de una estación para aceptar un bocado en casa de unos parientes, donde se remataba la Nochebuena improvisando glosas con acompañamiento de guitarra y rociando con vino blanco de cosecha propia la tradicional *coca* de Navidad, costumbre que aún sigue inalterable entre los campesinos de toda la isla.

De regreso á su casa, Pedro y Magdalena encontraron una borrica en la cuadra, una docena de ovejas en el aprisco, seis graneros llenos de trigo, abundantes provisiones de toda clase en la despensa, las arcas llenas de ropa blanca y dos talegas de onzas de oro en el pequeño armario del dinero.

Gabriel y Antonia hallaron una cesta repleta de barquillos y turrones, y un Nacimiento muy bonito en un hueco de la escalera.

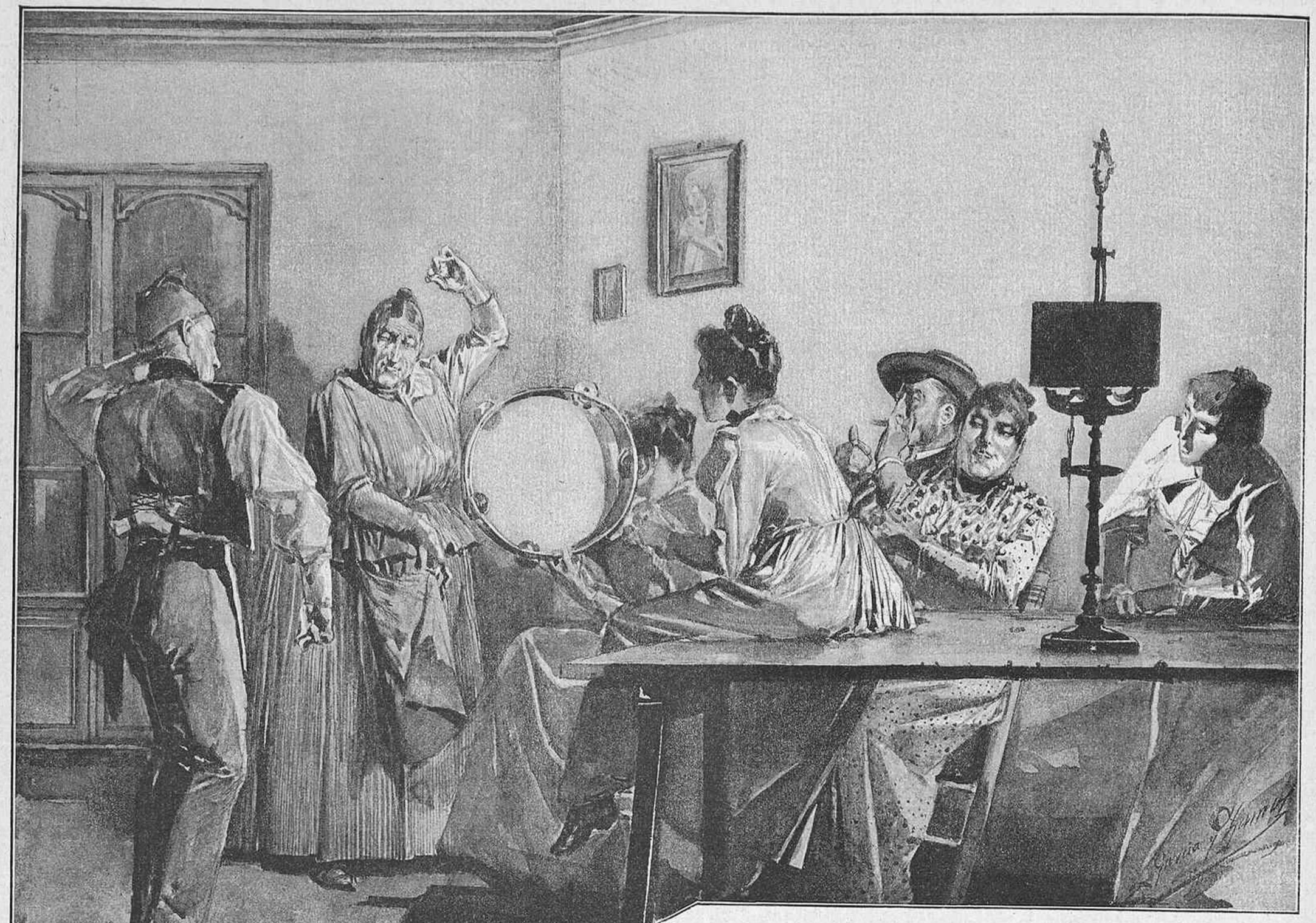
Las talegas de onzas no duraron muchos años. Poco á poco, todo aquel dinero se fué en limosnas. Lo cual no impidió que aquellas buenas gentes viviesen holgadas y felices el resto de sus días.

Juan B. Enseñat

2009 Ministerio de Cultura

2009 Ministerio de Cultura

LA NOCHEBUENA EN MALLORCA, cuadro pintado por Juan Bauzá, grabado por Sadurní



LA NOCHEBUENA EN ANDALUCÍA

EL BAILE DE LOS ABUELOS

dibujo de J. García Ramos

EL BAILE DE LOS ABUELOS

Más ligera esa copla; dad dobles golpes
en la piel del pandero, tersa y tirante;
describa la mudanza curvas y brincos;
esos pies más veloces; ¡aire y más aire!
Está la rancia abuela bailando alegre
la danza en que lucieron sus mocedades,
y acuerda los tapices frescos de Goya
con la arcaica mantilla y el corto traje.
De su boca, hecha pliegues, abre la risa
las mandíbulas mondas en dos mitades,
y con los largos dedos castañetea
ceñida á la cadencia de dos compases.
Formando vivo corro gozan los nietos
ante aquella figura de otras edades,
á quien la santa dicha que el cuadro llena
quita un siglo de encima para que baile.
En rápido desfile ve con la mente
de sus años floridos el loco enjambre,
y *oye* con la memoria las serenatas
que daban á sus rejas tiernos galanes.
Al ir girando inquieta, grita un acento:
«¡Que el abuelo haga bríos y la acompañe!»
Y el abuelo, un caduco león vencido
por cien años de luchas y de pesares,
adelanta hacia el centro con la sonrisa
inocente de un niño sobre el semblante,
yergue la curva espalda dando á su cuerpo
de un currutaco el porte fino y amable,
y encajando en la danza por la juntura
matemática y justa de dos compases,
adorable y gracioso, la vuelta imita
que va dando su esposa para *liarle*.
¡Qué menudos punteos! ¡Qué primorosas
idas hacia los lados y hacia adelante!
Bailan el baile clásico, la danza pura
que ya la gente joven bailar no sabe.
Su ritmo acompasado recuerda el ritmo
de un español y viejo noble romance,
y está pidiendo el lienzo de un cuadro antiguo
la castiza finura de sus modales.
El concurso admirado bate las palmas
y andaluzas hipérboles mezcla en el baile,
y al ver danzar dos siglos, uno ante el otro,
le embarga un sentimiento profundo y grande.
Más ligera esa copla; dad dobles golpes
en la piel del pandero, tersa y tirante;
describa la mudanza curvas y brincos;
esos pies más veloces; ¡aire y más aire!

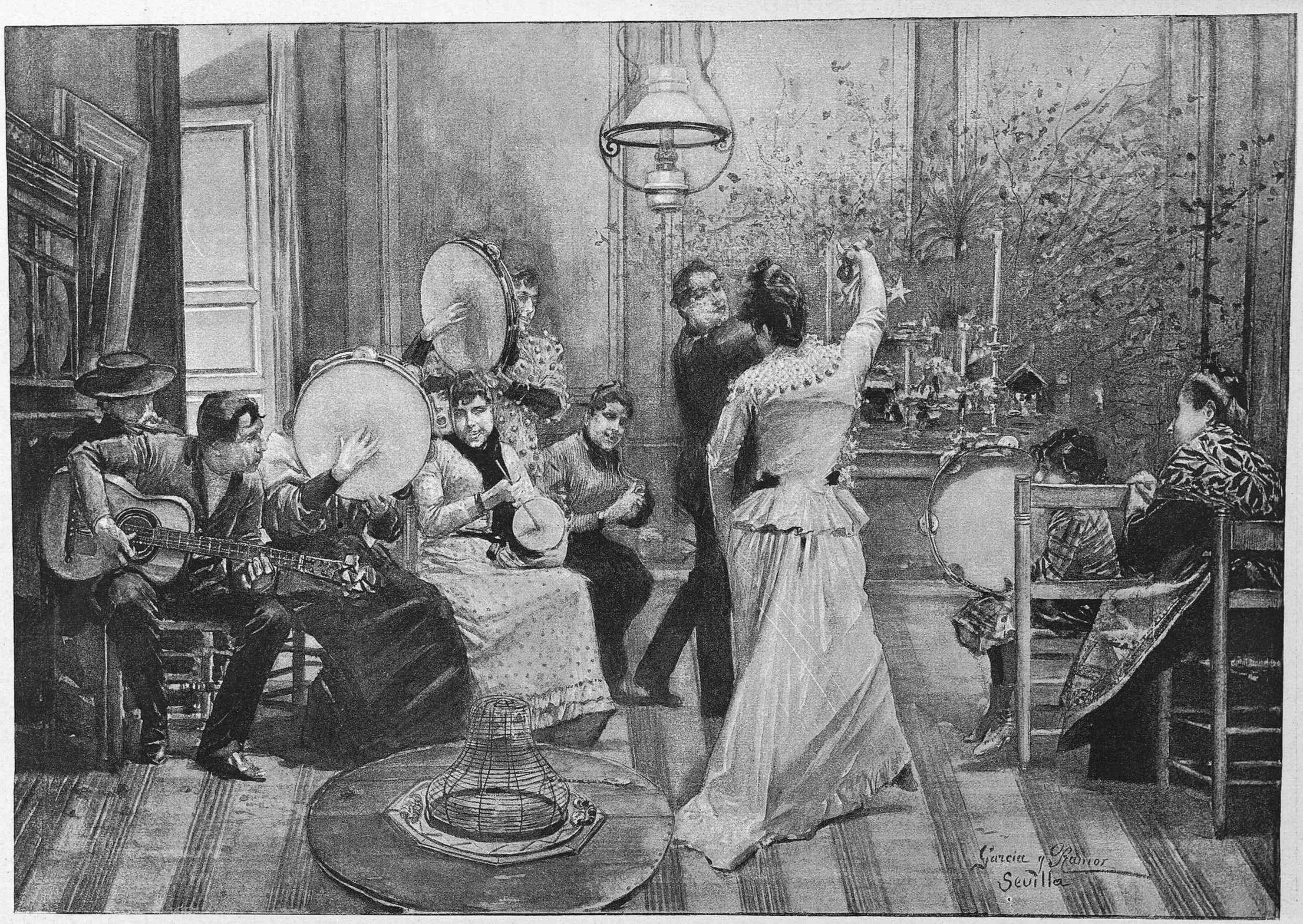
—

«ZAMBOMBEO»

Una zambomha de Vélez
con un carrizo de á vara
y la piel bajo el carrizo
abierta y atirantada,
toca una linda mozuela
mojando la mano en agua,
mientras resuena la fiesta
donde se bebe y se canta
En la punta del carrizo,
atado con cinta grana,
un grupo de cascabeles
escandaliza la sala,
y al runrún de la zambomba,
coro de voces borrachas
cantan así, mientras truenan
en el aire las sonajas:
«En el Portal de Belén
entró un gitano con gracia,
y logró robar la mula
que al Niño Dios calentaba.»
—¡Eh, patrona! —grita un mozo
á la que fríe la masa—
¿qué hacen ahí ezoz guñueloz
que naide les ve la cara?
Pa que! oz coma er que quiera
prepongo una coza, vaya.
(Expectación en la gente
un punto el bullicio para,
y oir con ansia se espera
lo que propone el que habla.)
—Prepongo que en dende ahí
toz loz guñueloz que zargan,
ze echen á roá po er zuelo
pa que haiga jorgorio y *gata*.
—Quítate de ahí cernícalo,
miá que te doy con la tranca.
—Poz que venga el aguardiente
pa remojá la garganta.
—Echa una copla primero,
no ze bebe zin ganarla.
—Zi tengo de puro zeca
la zaliva jecha gacha;
zi paece mi lengua, vamo,
un refilo, po lo áspera.
¡Que ma jogo; venga vino!
—¡Mardita zea tu eztampa!
Toma la boteya y bebe;
toma y bebe, pero canta.
—Venga; no decirme na
jazta que ar zuelo me caiga.
—¡Güen gaznate!
—¡Güen embúo!
—¡Gran tonel!
—¡Zoberbia panza!
—¡Eh, que te duermez bebiendo!
—Home, ziquiera dezcanza.
—Que vaz á enterrá la copla
en medio de eza riada.
—¡Riada! Eze ez er diluvio
univerzá.
—¡Basta, basta!
Y quitando la botella
de manos del que la agarra,
y limpiándose el borracho

2009 Ministerio de Cultura

2009 Ministerio de Cultura



LA NOCHEBUENA EN ANDALUCIA.-FIESTA DE FAMILIA, dibujo de J. García Ramos

LA MISA DEL GALLO EN SEVILLA, dibujo de J. García Ramos

con el puño de la manga,
entonó este villancico
al rumor de las sonajas:
«En er Portal de Belén
entró juyendo una rata,
y er Niño corriendo de eya
ze metió en una canazta.»
– ¡Malazombra!
– ¡Tragavino!
– ¡Azaúra!
– ¡Tarambaina!
. . . . . .
Y la zambomba de Vélez
con su carrizo de á cuarta
y la piel bajo el carrizo
abierta y atirantada,
moviendo sus cascabeles
escandaliza la sala
y *ameniza* con su estruendo
la escena de gente baja.

–

LA CENA ARISTOCRÁTICA

Está el salón cuajado de regias hermosuras
y está ornada la mesa con platos y con flores,
y en los espejos amplios que prenden las molduras
la escena reproduce su lujo y sus primores.
Envueltas las arañas en fulgurantes nimbos,
bañan la fiesta rica cual de otra Babilonia,
y entreabre á sus reflejos sus pálidos corimbos
la hortensia, puesta al lado de cálida begonia.
Chocan en desafío cuchillos y cucharas
y aumentan los rumores ardientes de la orgía,
pasa la loca risa brillando por las caras
y un piano cerca esparce su alegre melodía.
Vienen en finas fuentes aves de azul plumaje,
guisadas con tal arte que admira los sentidos,
palomas de albas plumas lo mismo que un encaje,
faisanes esplendentes de mágicos vestidos.
Desfilan por la mesa los peces matizados
en salsas en que agota la mente su inventiva,
ostras en sus estuches de concha nacarados,
langostas cuya forma parece que está viva.
En los cristales leves los vinos burbujean,
Jerez, Montilla, Málaga, derraman sus aromas,
y en ellos los matices diversos centellean
que tienen colibríes, quetzales y palomas.
Lanza el *champán* sus salvas, y con rumor sonoro
da en la ensanchada copa que á un cáliz se parece,
y de ella rebosando los átomos de oro
forma colgante randa donde la luz se mece.

En tanto las hermosas recógense los trajes,
se aprestan las parejas al baile bullicioso,
y en un salón que luce grandiosos cortinajes
el piano las enlaza con ritmo cadencioso.
Girando en torbellino desfilan abrazadas
al son de un vals brillante que excita á la locura,
y copian sus figuras las lunas azogadas
como un fingido baile de lujo y de hermosura.
Las rosas en los senos se agitan temblorosas
y en los alientos beben el soplo de las brisas,
flotan las cabelleras deshechas y sedosas
y estalla entre los labios el coro de las risas.
En tanto á los balcones llamando la alborada
echa su luz de pascua sobre la mustia escena,
y escribe con su dedo de lumbre arrebolada:
«¡Pasó con sus locuras la alegre Nochebuena!»

–

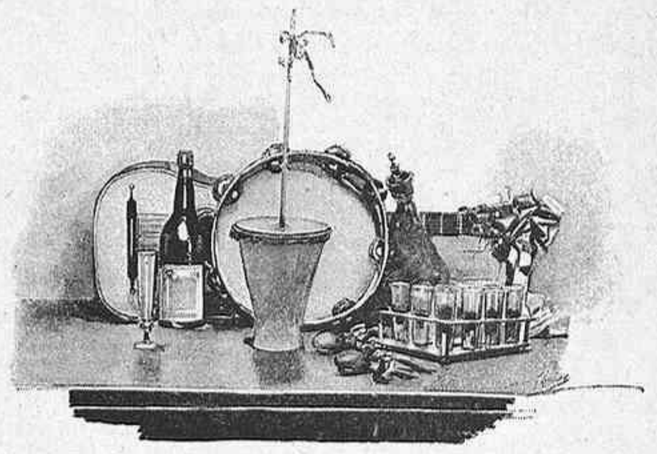
EN LA MISA DEL GALLO

Quien quiera ver cosa buena
á través de una mantilla
y que le deje la pena,
que oiga misa en Nochebuena
en el templo de Sevilla.
Haga mucha devoción
y refrene los sentidos,
que hay ojos de tal pasión
que se clavan decididos
en mitad del corazón.
Y puede ocurrir tal vez
que al postrarse ante el altar
quien á su Dios rinda prez,
no pueda el ojo quitar
de las rosas de una tez.
Mucha cara de azucena,
mucha moza de Triana,
del centro y la Macarena,
cobija en la Nochebuena
la santa iglesia cristiana.
Y en medio de tal enredo,
no hay en el templo sonoro
quien consiga estarse quedo,
ni quien rece un solo credo
sin exclamar: «¡Yo te adoro!»
¿Cómo ha de estar el creyente
al lado de una capilla
humillado y reverente,
si tiene la gloria enfrente
envuelta en una mantilla?
Dice el pobre yo pequé
y al Hijo de Dios bendice;
mas no lo dice con fe,
que absorto ante lo que ve...
no sabe lo que se dice.
De buena gana rezara:
«Sevillana dulce y cara,
yo creo en tu faz morena,
y á tu verita pasara
bailando la Nochebuena.»
Al pandero escandaloso
de metálicos ruïdos,
une el templo prodigioso
del órgano melodioso
los aflautados sonidos.
Por las naves misteriosas
va la gente de ansia llena
viendo caras primorosas
como se ven las hermosas
en una alegre verbena.
Un chiste arrojado al paso,
un requiebro á una mujer
de fino cutis de raso,
oye el que cruza al acaso
y sonríe sin querer.
Que el carácter andaluz
dondequiera que se halle
hace á la pena la cruz,
y en el templo y en la calle
va derramando la luz.

–

MÚSICAS LEJANAS...

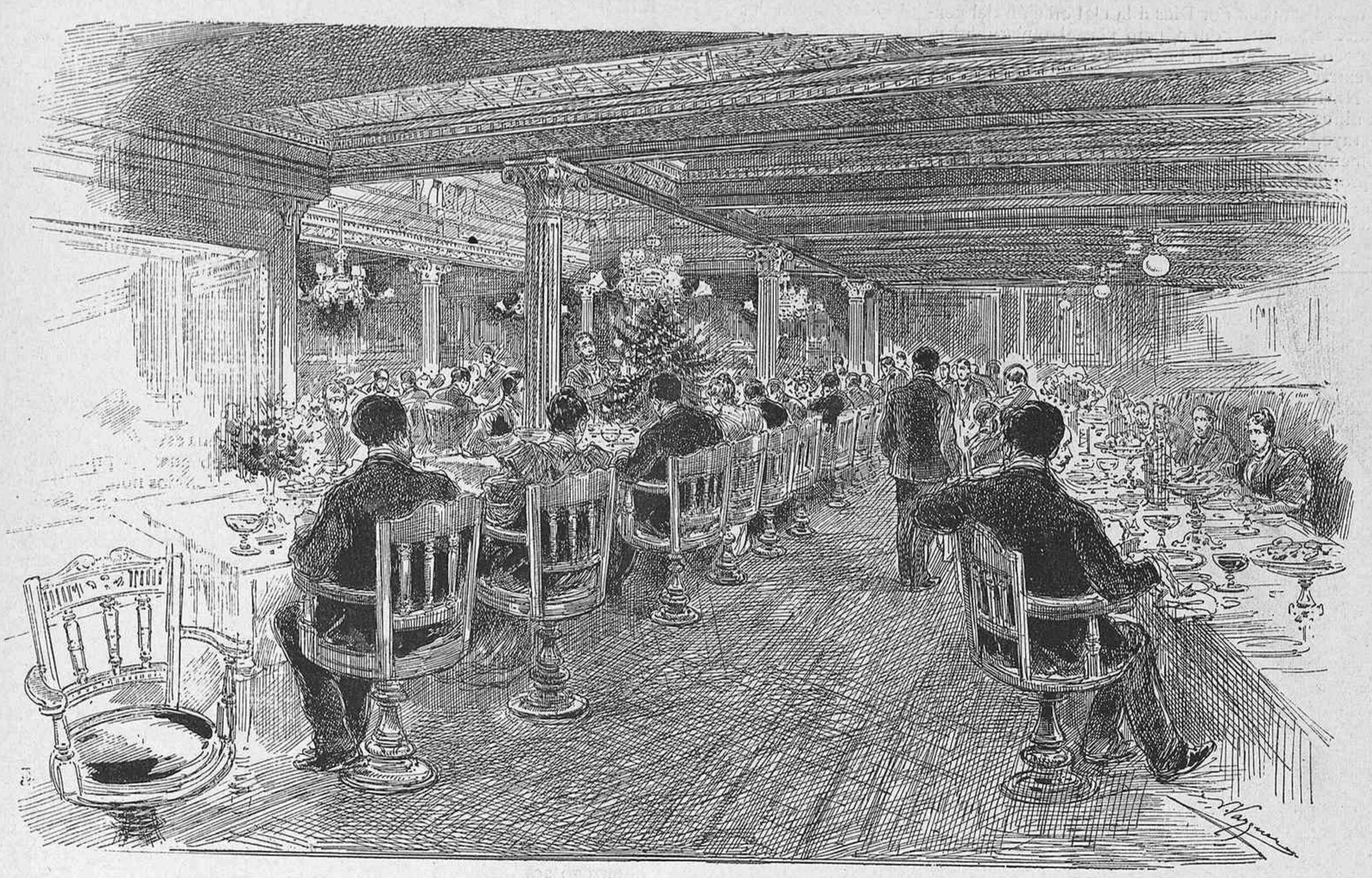
Ya se van las comparsas, ya van cantando
el postrer villancico de Nochebuena;
¡ay de aquellos que el goce de otra esperando,
les sorprenda viniendo de luto llena!
Habrá en la mesa un sitio triste y desierto
donde falte la copa de la alegría,
y sonará á campana que toca á muerto
el choque de los vasos entre la orgía.
Músicas que á lo lejos aún resonáis
con vaguedad de ensueño que halaga y hiere,
y que entre vuestras notas algo lleváis
de eso que siente el alma por lo que muere:
parad ante las rejas sólo un instante
y gozad de la dicha las frescas rosas;
¡quizás cuando de nuevo paséis delante
no hallaréis tras los hierros á las hermosas!
Lanzad nuevas canciones de Nochebuena
que oigan los corazones estremecidos,
porque ya estaréis mudas mientras la pena,
como mientras la lluvia callan los nidos.
La juventud alegre tiene cien alas
para cruzar sus cielos deslumbradores,
y hay que atar de sus cintas, lazos y galas
el carro rubicundo de los amores.
Parad ante su gloria, músicas bellas;
aún rutila el lucero de la mañana,
y cual notas de un himno van las estrellas,
mariposas azules, en caravana.
«¡Amad – decid – la risa, las ilusiones,
las tradiciones santas y seculares,
las guitarras que llevan en sus bordones
del pueblo los anhelos hechos cantares!»
No os vayáis, leves sones que el aire mece,
borrando en nuestro pecho las alegrías...
ya Sirio baja al monte, y es que fenece
esta noche de vagas melancolías.
¿En qué hogar, cuando vuelva, no habrá canciones
ni vibrarán los himnos que antes sonaron?
¿En qué liras humanas, los corazones,
no cantarán las cuerdas que antes cantaron?



¡Oh madre que en tus brazos tenerme ansías!,
contigo tendrá músicas mi Nochebuena;
¡pues con que tú me mires y te sonrías,
mi alma de artista canta, vibra, resuena!

Salvador Rueda

2009 Ministerio de Cultura



LA NOCHEBUENA Á BORDO, dibujo á la pluma de Nicanor Vázquez

LA NOCHEBUENA Á BORDO

(BOCETO MARÍTIMO)

Bien se dejaba ver que aquella noche ocurría algo extraordinario y grato á bordo del magnífico transatlántico de unas 13.000 toneladas de desplazamiento que surcaba las aguas de alta mar con una velocidad de 23 millas por hora (1). Revelábase la «satisfacción interior» que allí reinaba en el lucir de las portillas de luz de cámaras y camarotes, que en largas filas brillaban sobre el negro fondo del imponente casco, y en el ir y venir continuos que podía observarse á través de ellas; cuando de ordinario y á tales horas, las más de las luces de á bordo estaban apagadas, y todo el mundo, menos el personal de vigilancia, recluído en los camarotes y durmiendo.

Arriba, en la cubierta alta, el servicio continuaba como siempre: el oficial de cuarto hacía su guardia paseándose por el puente, situado á 18 metros de altura sobre la línea de flotación; iba el hombre arrebujado en su capotón de mar, obscuro y recio, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos metidas en las amplias mangas; la gorra de hule encasquetada hasta tocar por los lados y por detrás el levantado cuello del abrigo, y mostrando los pies por debajo de éste, que pies habría de seguro dentro de aquellas dos enormes botas de agua macizas y pesadas que se arrastraban sobre el enjaretado á impulsos de una marcha acompasada y lenta: de cuando en cuando penetraba el hombre en la caseta que promediaba el puente; echaba una mirada á la carta de marear extendida y sujeta allí en una mesilla, bajo los rayos vivos de un farol de *ojo de buey;* arrojaba un gruñido, muestra de satisfacción probablemente, y en seguida volvía á emprender sus idas y venidas por el puente, con la mismas gentileza y donosura que emplean los osos para revolverse en sus jaulas, y hasta parecido á ellos por su aspecto.

Por encima de él, á 30 metros sobre la superficie del mar, los serviolas, pegados á las luces de situación, y los vigías, inmóviles también en su caseta, dominando un horizonte de 15 millas de extensión, luchaban con el sueño, la humedad y el frío, despabilándose y como resucitando cada diez minutos para atronar el espacio con sus alertas; y por debajo los hombres del timón, cogidos á la rueda, seguían silenciosos como autómatas hercúleos las indicaciones que con manoteos expresivos y frases breves les dirigía el timonel, cuya mirada no se apartaba ni un instante de la temblona aguja de bitácora.

La densa niebla que envolvía al buque dejábase rasgar como con pena por éste, lagrimeando y enganchándose en pegajosos girones á sus palos, formando como una pantalla impenetrable ante los potentes haces fotoeléctricos de sus faroles reglamentarios, cuyos reflejos blancos, rojos y verdes, mezclábanse con ella en confusos torbellinos, parecidos á los de fuentes luminosas ó danzas serpentinas; ardiendo luego en explosiones de luz, surcadas de fugaces chispas, encima de las dos anchurosas chimeneas, análogas á cráteres, y estremeciéndose por último con renitencias de masa elástica, cuando el grito estridente de la sirena vigilante hendía los aires cada cuatro minutos.

Abajo, en lo más profundo del buque, en el infierno de las máquinas, todo continuaba también como en los demás días del viaje. El maquinista de servicio, de pie en su balconcillo, fijos los ojos en el manómetro situado junto al reloj, empuñada la inquieta palanca del regulador, atento al timbre y á la bocina de comunicación con el puente, levantaba la voz de vez en cuando hasta dominar el estrépito horroroso, formulando una orden concisa y rápida que era obedecida al punto por una legión de condenados, pues tal parecían los fogoneros, medio desnudos, sudosos y anhelantes que, ó bien abrían los 102 candentes hornos, con tremendo chocar de portezuelas, para rellenarlos de carbón en paladas monstruosas (como que iban á alimentar 30.000 caballos), ó para rascar las parrillas con gruesos y largos ganchos, ó bien se lanzaban como monos gigantescos á lubrificar, llenándolas de aceite y sebo, todas las conyunturas de aquellas poderosas máquinas, las que llevaban el movimiento, imprimiéndoles una velocidad de más de 200 revoluciones por minuto, á las dos grandes hélices de tres alas que impulsaban el buque.

Y sin embargo, á pesar de la inmensa responsabilidad abrumadora que pesaba arriba sobre el hombre del puente; á pesar del trabajo penosísimo que gravitaba en el principal encargado de la máquina; á pesar de la ruda labor que tenían que soportar los auxiliares de uno y otro; á pesar de los veinte hermosos botes de salvamento, preparados siempre y listos para mitigar los horrores de un naufragio, y á pesar de la niebla reinante, que es el enemigo más temible que tiene hoy la navegación, el magnífico transatlántico estaba de fiesta: una fecha, el 24 de diciembre, se había impuesto por un día á los severos reglamentos de á bordo, á las costumbres ordenadas y metódicas que rigen en esos pueblos flotantes, y en éste se celebraba la tradicional Nochebuena, con los recursos disponibles, ni más ni menos que en cualquier otra ciudad.

Que ciudad y populosa (por más señas) era ya el buque aquél. Ciudad amurallada con costados de acero que ocupaba una extensión de unos 190 metros de largo por 20 próximamente de anchura máxima y sobre otros 20 de altura *habitable,* vivían en su seno más de 3.000 personas, distribuídas en autoridades y clases sociales; lo mismo que en los pueblos de tierra firme... sólo que mejor Cuatrocientos quince individuos constituían el personal que pudiéramos llamar administrativo; de ellos, sesenta y uno, con el capitán y los oficiales, formaban los altos cuerpos consultivos y ejecutivos; ciento noventa y cinco, desde el ingeniero jefe hasta el último fogonero, iban afectos á las múltiples máquinas, y ciento cincuenta y nueve, entre los que se contaban el cocinero primero con sus pinches numerosos, criados y camareros, asumían los servicios de policía urbana y sus anexos.

El resto de los habitantes, ó sea la población civil, constaba de seiscientos pasajeros de 1.ª clase, la aristocracia, los privilegiados que bebían *champagne* pagándolo aparte en las comidas, y jugaban las libras esterlinas, prodigándolas en apuestas y otros mil pasatiempos; cuatrocientos de 2.ª, que representaban la burguesía ó clase media acomodada, procurando siempre estirar un presupuesto inflexible, pero tratando á la vez de imitar en todo á los primeros, aun á costa de los más ridículos esfuerzos, y de unos mil de 3.ª, emigrantes en su mayoría, familias enteras, pobres y miserables, que buscaban en la expatriación un *modus vivendi;* el pueblo soberano que miraba hacia popa con ojos de envidiosa codicia y que por las tardes amenizaba la travesía armando bailes y canturreos allá á proa, recogiendo monedas de la aristocracia y aplausos de la clase media. ¡Como en la vida!, que díria de Maupassant.

Todos, sin embargo, en la noche de que hablamos, coincidían en un pensamiento único y todos procuraban divertirse celebrando á la par la Nochebuena. Cuatro días de navegación habían curado ya á todos del mareo y establecido cierta inmidad entre los pasajeros de las distintas clases y de éstas entre sí; todos ellos se conocían, de vista por lo menos. El capitán, viejo lobo de mar, confirmación viviente de aquella frase feliz según la cual «no es el corazón la

(1) Todos los datos numéricos contenidos en el presente *boceto* son verdaderos y están tomados del *Lucania* y del *Campania*, los dos últimos transatlánticos mandados construir por la compañía Cunard para la línea de Liverpool á Nueva York. *(N. del A.)*

2009 Ministerio de Cultura

entraña destinada por Dios á la elaboración del pensamiento,» sentía hondo, pero pensaba, naturalmente, poco y mal; en nombre de la compañía ofreció un extraordinario á los pasajeros de 1.ª, y un árbol de Navidad, cargado de golosinas y juguetes, para los niños de 1.ª y 2.ª A los de 3.ª los hubiera partido un rayo, bien á pesar del capitán, si un ingeniero eminente, cargado de hijos, que iba en 2.ª, no hubiera propuesto algo en su favor, y si un tocinero retirado, ahito de millones, que iba en 1.ª con la aristocracia, no hubiera secundado la idea, comprometiéndose á sufragar los gastos. Para todos hubo, pues, fiesta y jolgorio, aunque es preciso decir que allí, como en todas partes, los que más se divirtieron y gozaron más en la improvisada fiesta fueron los infelices de 3.ª, el pueblo soberano.

Aquella noche sonaron las diez impunemente, y las luces de á bordo, que á esa hora se apagaban de ordinario, siguieron brillando hasta muy tarde; las 1.350 lámparas eléctricas con que contaba el buque permanecieron encendidas, y bien puede asegurarse que sus 22.000 bujías no alumbraron hasta cerca de la amanecida más que caras felices y satisfechas; el fluido eléctrico recorría, más apresurado, si cabe, que de costumbre, las 50 millas de alambre conductor de que podía disponer á bordo para llevar más pronto á todas partes la alegría de sus luces, desde los dos potentes dinamos que funcionaban en el sollado hasta el último rincón del animado departamento de 3.ª

Pero no todos gozaban, no; sería un error creerlo: cuando el grandioso salón de 1.ª con sus dorados techos de cuatro metros de altura estaba más concurrido y resplandeciente, llenas sus cuatro largas mesas de alegres comensales, un señor de barba blanca, pero fuerte él y vigoroso todavía, antiguo oficial de marina que viajaba solo, no dejaba de pensar, cabizbajo y preocupado, en la triste Nochebuena que se pasa en los buques de guerra, donde cada tripulante está aislado con sus recuerdos, sin que puedan distraerle de ellos ni los cantos regionales á que se entregan por grupos los marineros españoles hasta las doce, ni las alegres dianas y repiques que á esa hora suenan en los buques militares extranjeros. Al observar la preocupación que se reflejaba en el rostro del viejo, un joven, vecino suyo de mesa, le interrogó acerca de su extraña actitud, que contrastaba tanto con la de los demás, obteniendo esta respuesta, resumen y compendio de la *Nochebuena á bordo:*

«Amigo mío, la Nochebuena es una fiesta genuinamente familiar, y sólo rodeado cada cual de su familia y en casita es como puede disfrutarla bien.»

Federico Montaldo

LA NOCHEBUENA EN EL MAR

«¿Me pedís que os cuente algo de mi vida de marino? – nos decía cierta Nochebuena mi abuelo, mientras mi padre descansaba al amor de la lumbre de sus diurnas faenas y mi madre daba la última mano á la cena que, á juzgar por los olorcitos que de la cocina hasta nosotros llegaban, prometía exceder á la de los días ordinarios. – Voy á satisfacer vuestra curiosidad; que también á mí me gusta remozarme refiriendo añejas historias. Mas así como otras veces he interesado vuestra imaginación haciéndoos suspirar por los países lejanos cuyas maravillas os describía, hoy quiero haceros sentir todo lo que para el ausente de ella vale la familia, ese conjunto de amores á cuyo calor el hogar más pobre, la aldea más humilde, el país más triste puéblanse de encantos que lejos de él en vano trataréis de encontrar en el palacio más suntuoso, en la ciudad más rica en el más sorprendente paisaje que pudo fabricar el hombre ó crear la naturaleza.

»Y, pues, en Nochebuena estamos, dejadme que recuerde otras dos Nochebuenas, la primera y la última que pasé en el mar. Son dos notas tristes que aun hoy, al acudir á mi memoria me conmueven; pero la tristeza que su recuerdo en mí produce desvanécese al verme rodeado de todos vosotros, pedazos de mi alma, que con vuestros cuidados y vuestras caricias alegráis los últimos días de este pobre viejo, cuya existencia camina rápidamente hacia su ocaso.»

Y enjugándose una lágrima, comenzó el abuelo su relato en estos términos:

«Tenía doce años cuando me embarqué como grumete en el bergantín *San Antonio*. El mar ejercía sobre mí irresistible influjo: junto á él había nacido, y jugando en sus orillas ó bañándome entre sus olas pasé los primeros tiempos de mi niñez. Llegada la hora de escoger una profesión, opté por la de marino.

»Ni contento ni pesaroso iba á separarme de mis padres: apenábame, por un lado, dejarlos; pero por otro me alegraba la idea de comenzar mi vida de hombre, y de comenzarla en el mar, que tanto me atraía. Pocos momentos antes de embarcarme miré á nuestra casita, que muy cerca de la playa se levantaba, y miré al barco que airosamente se mecía á pocas brazas de la costa, y ¿por qué negarlo?, fué mayor en mí el ansia de verme instalado en el buque que la pena por alejarme de mi hogar.

»Sentía verdadera vocación por el oficio.

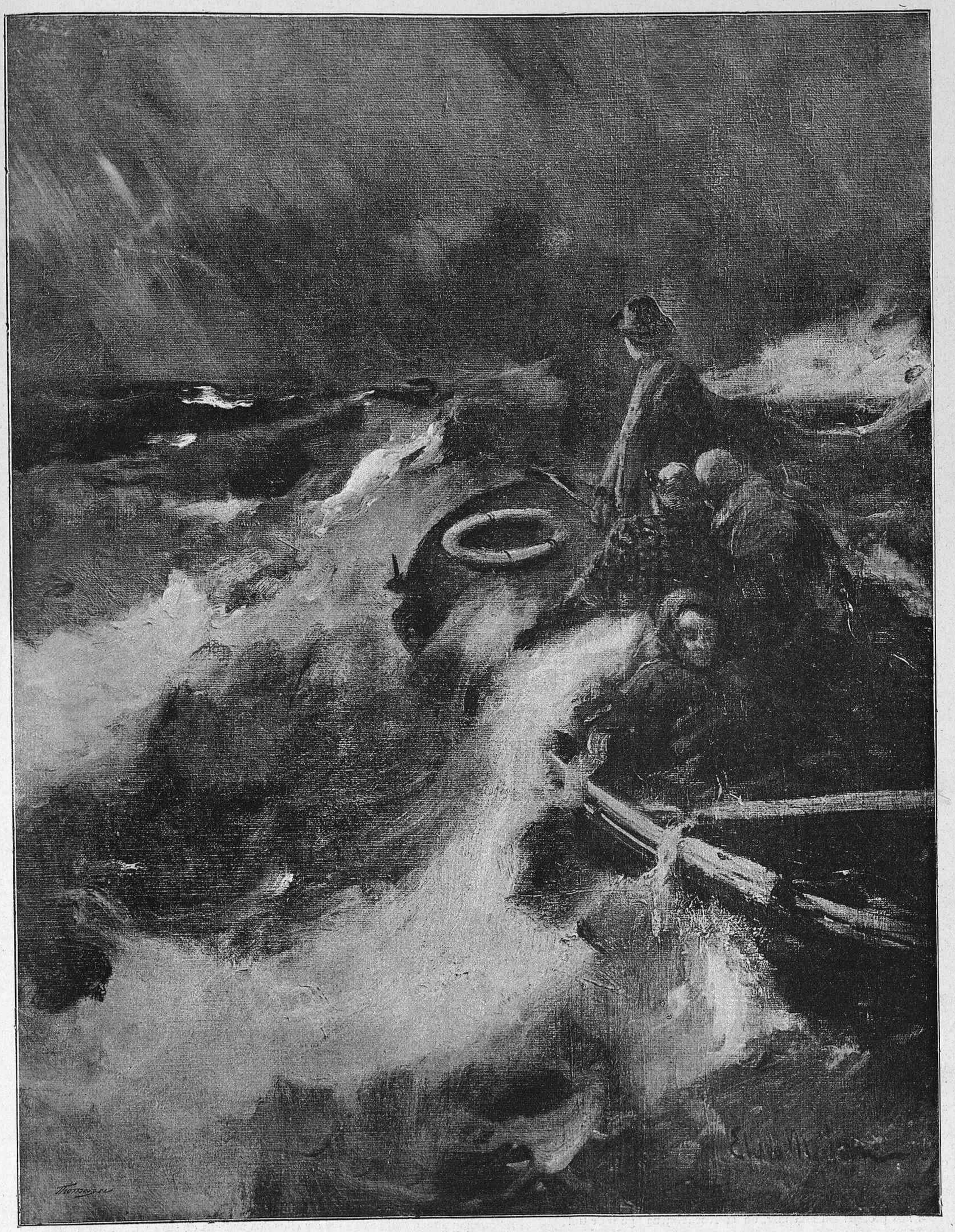
»Hicieron desde el bergantín la última señal: mi padre, esforzándose por aparentar una impasibilidad que desmentían sus ojos húmedos y su voz temblorosa, abrazóme fuertemente y apenas pudo recomendarme que me portara siempre como un hombre honrado; mi madre cubrióme de besos; pasóme al cuello un escapulario de la Virgen de los Desamparados, y anegada en llanto encargóme que me acordara mucho de ellos y que le rezara á La que nunca deja de velar por sus hijos.

»De haberse prolongado mucho aquella escena hubiera acabado con mi fortaleza, haciendo así más dolorosa la despedida; por fortuna el marinero que debía acompañarme hízome entrar con él en el bote que nos condujo al bergantín: poco después, el *San Antonio*, desplegadas al viento sus velas, fué alejándose de la costa, que no tardó en desaparecer por completo de nuestra vista.

»Pasaron días y días, y la vida de á bordo me entusiasmaba cada vez más; y eso que la labor era dura, el descanso poco y la comida menos que mediana. Distinguióme el capitán desde el primer momento, y con las suyas captéme en seguida las simpatías de toda la tripulación. Me acordaba de los míos, ¡vaya si me acordaba!, de

LA NOCHEBUENA EN EL MAR, dibujo de F. Lindner

2009 Ministerio de Cultura



LA NOCHEBUENA EN EL MAR, cuadro de Eliseo Meifrén, reproducido directamente por Thomas

2009 Ministerio de Cultura

mi madre sobre todo; pero su recuerdo apenas si me entristeció al principio, y al fin acabé por familiarizarme con la ausencia.

»Una noche – llevábamos tres semanas de navegación – observé en el barco mayor animación que de ordinario: hacíanse en él preparativos como para una gran fiesta, y los marineros subían de la bodega cargados de botellas y de cajas que iban depositando sobre la mesa de la cámara. A las diez llamónos allí á todos el capitán, y á su invitación cajas y botellas fuéronse vaciando como por encanto. Aquel inusitado acontecimiento excitó mi curiosidad, y no pudiendo al fin contenerme preguntéle á uno de los que á mi lado estaban á santo de qué nos obsequiaban con tan abundante festín. «¡Cómo! – me contestó el marinero á quien me había dirigido. – ¿No sabes que es Nochebuena?»

»Quedéme confuso al oir esta respuesta, y poco á poco una melancolía indefinible se apoderó de todo mi ser: la palabra *Nochebuena* traía á mi memoria recuerdos que hasta entonces no se habían despertado. Sentíme solo en medio de toda aquella gente cuya alegría me hacía daño, y faltándome aire que respirar en la cámara, apresuradamente subí á cubierta. La noche era hermosa, el mar estaba tranquilo y nuestro barco se deslizaba suavemente por la superficie del agua, en cuyo fondo reflejábanse titilando al movimiento de las olas los infinitos astros que brillaban en el firmamento. Apoyéme en la borda y clavé mis ojos en el horizonte, buscando entre aquellas sombras lo que evocaba mi deseo; pero nada descubría: el mar y el cielo uníanse en una línea indefinida que mi vista no podía atravesar.

»¡Tal vez desde más alto!, me dije, y trepando por las movedizas escalas situéme en la cofa y seguí escudriñando la inmensidad del Océano. De pronto fingióme la imaginación allá lejos, muy lejos, una luz: sí, aquella era, allí estaba el faro que se alzaba cerca de mi pueblo; siguiendo el camino de la costa se llegaba á mi playa; junto á la playa estaba mi casa, y en la casa mi padre entreteniendo á mis hermanitos con la historia de Belén y de los pastores, mientras esperaban que mi madre sacara del horno la dorada torta con que solía obsequiarnos en la Nochebuena.

»Ante aquel cuadro que veía con los ojos del alma; ante el dolor que, producido por mi ausencia, adivinaba en el corazón de mis padres, no pude reprimir los sollozos ni contener mis lágrimas; y mientras llegaban á mis oídos los gritos y la algazara de los que abajo celebraban el nacimiento del Niño Jesús, hinquéme de rodillas, saqué el escapulario de mi pecho y exclamé besando fervorosamente aquella imagen y puesto en los míos mi pensamiento: «¡Virgen de los Desamparados, que pronto los vea!»

»¡Qué triste fué para mí aquella Nochebuena, la primera que pasaba en el mar!

»Transcurrieron muchos años: iba ya para viejo y no podía quejarme de la suerte. La fortuna me había favorecido, y gracias á mi trabajo y á mi economía contaba con lo necesario para vivir tranquilamente el tiempo que de vida me quedara. Era segundo de la fragata *Esperanza*, y con aquel viaje terminaba mi existencia de marino.

Hacía una semana que habíamos salido de Valparaíso con rumbo á España, y llevábamos dos días de temporal que con grandes dificultades veníamos sorteando. En la noche del tercero el mar tomó un aspecto imponente: nos envolvía una cerrazón completa; las olas barrían la cubierta del buque como fiera que husmea y lame su presa antes de devorarla, y el viento arrancaba de las jarcias lúgubres gemidos y hacía crujir la obra muerta con ruidos siniestros. La *Esperanza* defendíase, sin embargo, heroicamente; y si un instante se hundía en abismos que parecían sin fondo, era para surgir al poco rato en la cima de encrespados montes de agua que la alzaban á vertiginosas alturas. Como irritado por tamaña resistencia, arreció el temporal en sus furiosas acometidas, y nuestro barco sin gobierno comenzó á ceder. De pronto abrióse en la fragata una vía de agua que era inútil empeño querer atajar, y perdidas ya todas las esperanzas dispusimos los botes, y huyendo de una muerte pronta y segura buscamos en aquellas frágiles embarcaciones una salvación remota, casi imposible.

»Pero antes de abandonar el buque, el capitán, cumpliendo su último deber, metió en una botella, que echó al agua, un papel en que con mano insegura trazara estas palabras: «Fragata *Esperanza*, de Santander, á pique: tripulación se embarca en botes. ¡Dios nos proteja! En alta mar, en la Nochebuena de 185...»

»¡Otra vez aquella fecha que en medio del Océano me recordaba el apacible cuadro de mi hogar! Mis padres habían muerto, pero en la casita que se alzaba en la lejana playa esperábanme entonces mis hijos y un nietecito, tú, Pedro, que habías nacido después de mi partida. ¡Cuántos besos te di con el alma en aquella horrible noche! ¡Cómo le pedí á la Virgen que me concediera la dicha de verte!

»Y la Virgen me escuchó.

»¿A qué describiros las horas de mortal angustia que en el bote pasamos? Cien veces sentimos la muerte junto á nosotros, y otras tantas un milagro nos arrancó de sus manos. Amaneció al fin, y con el nuevo día amainó el temporal: la Providencia puso en nuestro camino un vapor francés, que nos recogió, como poco antes había recogido á nuestros compañeros de las otras embarcaciones, y á todos nos dejó en el primer puerto de escala. Al cabo de algunos días veíame otra vez entre los míos, de quienes no he vuelto á separarme y á cuyo lado espero morir si el cielo me otorga esa gracia única que ya he de pedirle.»

Era yo muy niño cuando mi abuelo nos refirió estos dos episodios de su vida de marino, pero todavía conservo grabada en mi alma la impresión que me produjeron y la alegría que reinó durante la cena que puso término á la velada: parecíanos á todos que nunca nos habíamos querido como aquella noche.

Desde entonces, cuando llega la Nochebuena y en fiesta íntima de familia conmemoramos el nacimiento del Niño Dios, al sentirme envuelto en aquel ambiente de felicidad y de cariño, no puedo menos de consagrar un piadoso recuerdo á los pobres niños que en aquellas horas cruzan los mares lejos de sus padres y á los infelices que tal vez en aquellos momentos luchan en medio del Océano con la muerte y en un grito de suprema angustia envían el último adiós á sus hijos. – A.

LA NOCHEBUENA EN GALICIA

Es la Navidad la fiesta *católica* por excelencia, la fiesta universal que estremece de alegría los ámbitos del mundo: sin embargo, cada región le imprime su carácter propio, adoptándola á su peculiar manera de concebir la idea religiosa. Yo os diré cuáles son en mi tierra los regocijos y las nostalgias de la gran noche; cómo se siente y cómo se celebra ese momento divino, que por medio del radiante arco iris de la esperanza une la tierra árida y fría al cielo azul turquí tachonado de magníficas estrellas.

No busquemos la fiesta de Navidad en casa del pudiente. La riqueza es cosmopolita y enemiga jurada de las dulces tradiciones y las viejas costumbres: el lujo es monótono, igual á sí mismo en todas las comarcas del planeta. Para la cena de Navidad, lo mismo en Vigo que en París, el rico abre la ostra salobre y hace saltar el corcho del Champagne bullidor. En la morada del rico apenas distinguiríais la Nochebuena de cualquiera otra noche del año, si los niños no reclamasen, ya el extranjerizo *árbol de Navidad*, ya el clásico, neto y castizo *belén*.

¡Los niños! Son los verdaderos tradicionalistas; son los únicos que aún conservan y cultivan el recuerdo de la más alta fecha que registra la historia. Gracias á los niños, no han olvidado enteramente las personas mayores que hace diez y nueve siglos vino al mundo, en un establo, El que nos había de redimir, muriendo muerte de cruz.

¡Los niños! Ellos se han reservado el privilegio de poner en escena el hermoso drama plástico del advenimiento de Cristo á la tierra. Siempre que se acerca la Navidad, puéblase mi imaginación de reminiscencias de la niñez de mis hijos. Me veo comprando el *belén* en la plazuela de Santa Cruz, escogiendo figura por figura, buscando los reyes más barbudos y de túnica más rozagante, las más gentiles zagalejas, los dromedarios más reverendos y los cabritillos más blancos, y eligiendo después un magnífico *portal* y una imponente lejanía de palacios y torres de cartón que contrastase bien con la sierra cubierta de escarcha y el profundo valle en cuyas grutas oraban los pastores. Me veo desempaquetando en Marineda aquella carga parecida al retablo de Maese Pedro, y revistiendo de follaje la habitación donde queríamos ofrecer el *belén* á la admiración de la chiquillería. Y el fresco musgo de la Granja de Meirás imitó praderas, y los pedazos de una luna de espejo remedaron el serpear del río caudaloso, y gasas de suaves colores fingieron horizontes celestes, y la estrellita, puesta muy en alto, lo iluminó todo con fantástico esplendor... ¡Mil veces feliz edad la que se alumbra con una estrella de talco y ve el cielo en unos pliegues de tul!

En el campo no se arma el *belén:* el lujo de los juguetes es desconocido para los niños pobres. Los muchachos de la aldea, en estos días del año, lo que hacen es ir de puerta en puerta entonando con voz plañidera y acento nasal los villancicos de *Aninovo.* Y á las puertas de las chozas – las puertas más fáciles de abrir para el que pide – se asoman buenas mujeres, vejezuelas compasivas de esas que reservan siempre á las criaturas una sonrisa y un sentencioso consejo; y en los raídos y abollados hongos ó en las miserables boinillas – porque la rica y graciosa *monteira* ya cayó en desuso – llueve la espiga de maíz, el pedazo de *borona,* el puñado de habichuelas ó castañas, ó el torrezno rancio. Colecta humilde, sabrosa para los pedigüeños. Con ella se refocilarán en esos días que así celebra el millonario como el mendigo. En Galicia, lo mismo que en el resto de España, el pueblo los solemniza; pero seamos sinceros ante todo y observemos que esta gente inmutable, por la cual diríase que resbala sin profundizar la corriente de los siglos, lo que conmemora no es tanto la fecha cristiana del *Nadal,* como la renovación del año, la crisis de la madre naturaleza, que una vez más resucita triunfadora. Este período en que la tierra, sacudiendo el letargo invernal, siente los primeros latidos de los gérmenes que pronto romperán el surco, es el que el aldeano celebra, es la primera fiesta heliástica del año, sólo comparable á la de las lustraciones, la de San Juan – día en que, á la madrugada, el sol baila de júbilo en el firmamento.

Guiado por la confusa pero tenaz memoria del atavismo, el aldeano, en los últimos días del año, que para nosotros evocan el culto del Redentor espiritual, evoca á su vez las enseñanzas de los primitivos institutores religiosos que tuvo Galicia – los druidas. – En esta fecha era cuando los *hombres del árbol* cortaban de la sagrada encina, con hoz de oro, el *gui* ó muérdago, á la claridad del plenilunio; y el teatro de la escena era el bosque mismo, la horrenda selva, el *lubrego,* porque el celta no erigía templos, siendo para él la naturaleza toda inmenso altar. – En esta fecha se cumplían los más solemnes ritos de aquella religión naturalista y panteísta que á duras penas y superficialmente desarraigaron los valerosos apóstoles cristianos.

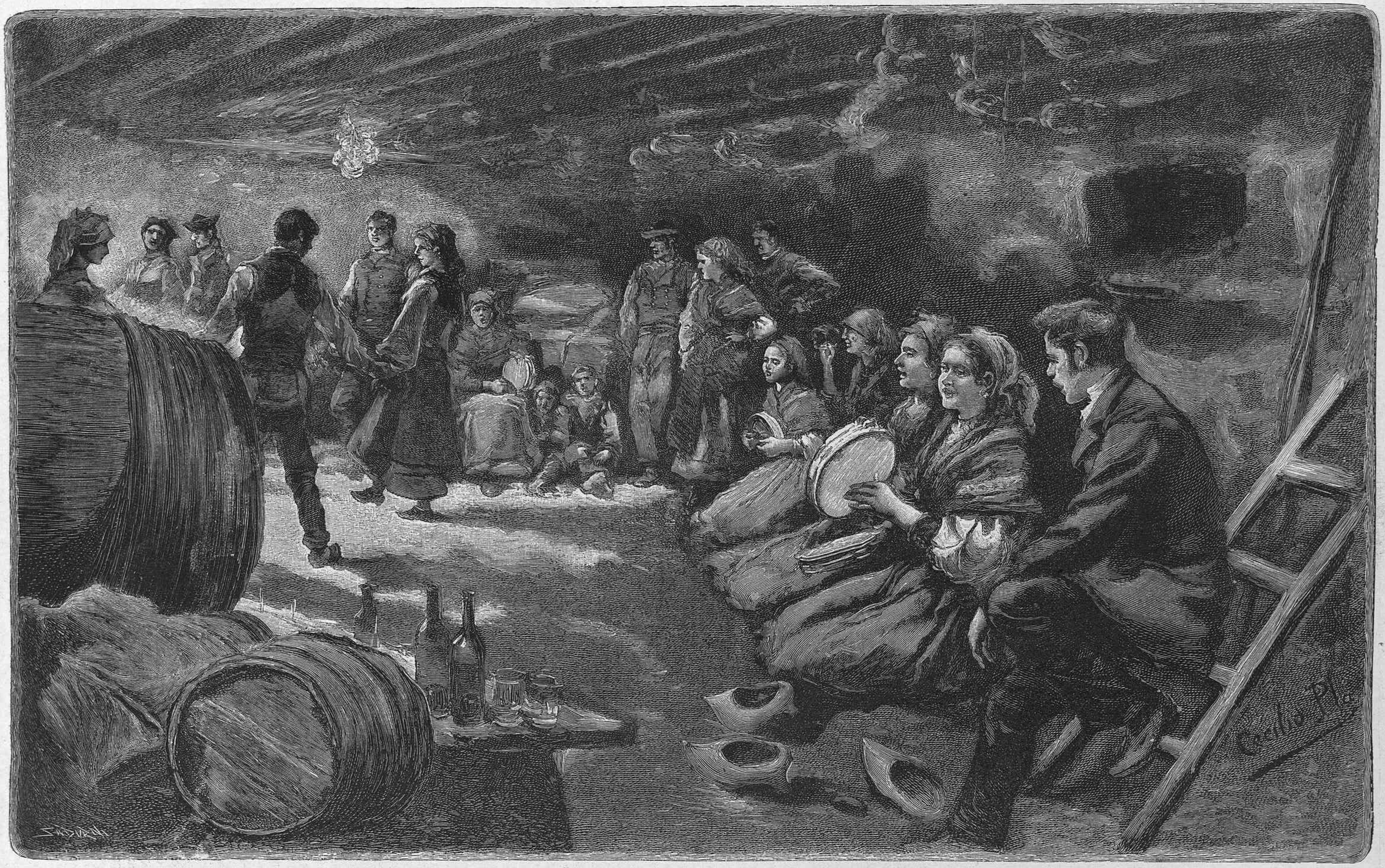
Entrad en la cocina que sirve de salón al labriego, y donde se reune y agrupa la familia al calor del hogar. Bien pronto advertiréis que, bajo el nombre de Navidad, lo que allí se está celebrando no es sino la druídica fiesta del fuego. Esa llama alta y viva, que dibuja sobre las paredes amasadas con pedruscos y *cal de sapo* las siluetas de los que rodean el lar, procede del gran tizón de Año Nuevo, del leño inmenso destinado á arder ocho días, y que á pesar de la olvidada ó ignorada prohibición de los Concilios, se enciende y cuida como cuidaban el fuego sagrado las vestales. Por nada del mundo renunciarían á encender el leño simbólico, pues sus vagas supersticiones de palingenesia y su firme creencia en la inmortalidad del alma les impulsan á preparar el foco en que han de calentarse los espíritus de los antepasados, que vienen del otro mundo ateridos por el hielo de la eterna sombra. El leño misterioso de Navidad no se enciende sólo para los vivos: los muertos acuden á participar de su calor. Por eso cuentan que ante el sacro fuego – ante la resplandeciente y terrible faz de *Agni,* numen del hombre primitivo, conjurador de la frialdad de las edades paleolíticas, – el campesino gallego no se atreve á cometer impureza alguna, y la mujer, requestada por el marido al pie del hogar, recházale con energía exclamando: «¡Que nos ve la lumbre!»

No impide, sin embargo, el respeto al fuego que en la cocina, durante la noche de Navidad, se cante, se ría, se beban largos tragos de picante y fresco mosto, y se saboreen entre festiva cháchara los harinosos *zonchos* ó castañas que en bien abrigada olla se cocieron con su piel. El viejo de los donaires cuenta historias de gorja, anécdotas en que la malicia y la ingenuidad se dan la mano; los rapaces galantean muy de cerca á las rapazas; los muchachos ya se caen dormidos, como cae del árbol la pera en sazón; el ciego de la viola entona con voz aguardentosa el villancico ó narra el secular romance; los casados hablan del tiempo y de la cosecha – los dos tópicos del agricultor, – y mientras tanto, una mujer, de edad madura, de curtido rostro, la dueña de la casa, permanece silenciosa y hasta se diría que la luz de la ahumada candileja y el ardiente reflejo del tizón hacen rielar una lágrima en sus ojos... Es que piensa en sus dos hijos menores, los que emigraron en tiempos difíciles, yéndose allá, muy lejos, á no sé qué mortífera comarca brasileña; y como ni una carta, ni una noticia ha recibido en cinco años, la madre, en esta noche, en medio de esta jovial algazara, discurre si aquellos dos pedazos de sus entrañas, tan mozos, tan colorados, tan rubios como eran, habrán venido en espíritu, desde el reino de las tinieblas, á calentarse en el fuego santo.

Emilia Pardo Bazán

2009 Ministerio de Cultura

2009 Ministerio de Cultura



LA NOCHEBUENA EN GALICIA, copia de una pintura de Cecilio Plá, grabada por Sadurní

LA NOCHEBUENA EN LIMA

dibujo de J. Cabrinety, según croquis remitido por D. Ricardo Palma, de Lima

El mes de diciembre

en la antigua Lima

I

Allá en los tiempos del rey, la conclusión de año era, en la ciudad fundada por Pizarro, de lo bueno lo mejor. Mes íntegro de *jaraneta* y *bebendurria*.

Raro era el barrio en que el 8 de diciembre no se celebrara, en algunas casas de la circunscripción, con lo que nuestras bisabuelas llamaban *altar de Purísima*. Armábase éste en el salón principal, y desde las siete de la noche los amigos y amigas invitados empezaban á llegar.

Principiábase por un rosario de cinco misterios acompañado de cánticos á la Virgen, seguía una plática devota pronunciada por fraile de campanillas comensal de la familia, y dábase remate á la función religiosa con villancicos alegres bien cantados, al compás de clavicordio y violín, por las criadas de la casa, á las que se asociaban otras de la vecindad.

Después de las diez de la noche, hora en que se despedían los convidados de etiqueta, principiaba lo bueno y lo sabroso. Jarana en regla. Las parejas se sucedían bailando delante del altar el *ondú*, el *paspié*, la *pieza inglesa* y demás bailes de sociedad por entonces á la moda.

Por supuesto que las copas menudeaban, y ya después de media noche se trataba á la Purísima con toda confianza; pues, dejándose de bailecitos sosos y ceremoniosos, entraba la voluptuosa *zamacueca* con mucho de arpa y cajón.

Y el altar de Purísima duraba tres noches, que eran tres noches de jaleo, en las que so capa de devoción había para las almas mucho, muchísimo de perdición.

II

Desde el 15 de diciembre comenzaban las matinales misas de aguinaldo, en las que todo era animación y alegría. ¡Qué *muchacheo* tan de *rechupete* el que en esas mañanas se congregaba en las iglesias para tentación y pecadero del prójimo enamoradizo!

Una orquesta criolla, con cantores y cantoras de la *hebra*, hacía oir todos los airecitos populares en boga, como hoy lo están el trío de los *Ratas* ó la canción de la *Menegilda*. Lo religioso y sagrado no excluía á lo mundanal ó profano.

Al final de la misa un grupo de *pallas* bailaba *cachua* y el *maisillo*, cantando coplas no siempre muy ortodoxas.

Una misa de aguinaldo duraba, como la de Nochebuena, por lo menos un par de horitas: de siete á nueve. Esas misas sí que eran cosa rica, y no insulsas como las de hogaño. Ya en la Misa de Gallo no hay pitos, canarios, flautines, zampoñas, matracas, bandurrias, zambombas, canticio ni bailoteo; ni los muchachos rebuznan, ni cantan como gallo, ni ladran como perro, ni mugen como buey, ni maullan como gato, ni nada, ni nada de lo que los viejos alcanzamos todavía, en el primer tercio de la república, como pálida reminiscencia del pasado colonial.

III

La Nochebuena, con su *Misa de Gallo*, era el no hay más allá del criollismo.

Desde las cinco de la tarde del 24 de diciembre, los cuatro lados de la plaza Mayor ostentaban mesitas en las que se vendía flores, dulces, conservas juguetes, pastas, licores y cuanto de apetitoso y *manducable* plugo á Dios crear.

A las doce sólo el populacho quedaba en la plaza, multiplicando las libaciones. La aristocracia y la clase media se encaminaban á los templos, donde las *pallas* cantaban en el atrio villancicos como este:

Arre, borriquito,
vamos á Belén,
que ha nacido un niño
para nuestro bien.
Arre, borriquito,
vamos á Belén;
que mañana es fiesta,
pasado también.

A la Misa de Gallo seguía, en las casas, opípara cena, en la que el *tamal* era plato obligatorio. Y como no era higiénico echarse en brazos de Morfeo tras una comilona bien mascada y mejor humedecida con buen tinto de Cataluña, enérgico Jerez, delicioso Málaga y alborotador *quitapesares* (vulgo, legítimo aguardiente de Pisco, de Motocachi ó de Locumba), improvisábase en familia un bailecito al que los primeros rayos del sol ponían remate.

En cuanto al pueblo, para no ser menos que la gente de posición, armaba jarana hasta el alba alrededor de la pila de la plaza. Allí las parejas se descoyuntaban bailando zamacueca; pero zamacueca borrascosa, de esa que hace resucitar muertos.

IV

Como los altares de Purísima, eran los *nacimientos* motivo de fiesta doméstica.

Desde el primer día de Pascua armábase en algunas casas un pequeño proscenio, sobre el que se veía el establo de Belén con todos los personajes de que habla la bíblica leyenda. Figurillas de pasta ó madera, más ó menos graciosas, complementaban el cuadro.

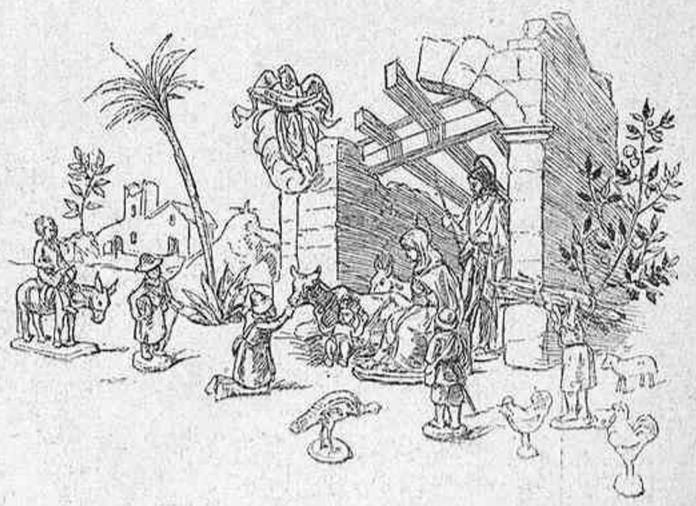
Todo el mundo, desde las siete hasta las once de la noche, entraba en el salón donde se exhibía el divino misterio con entera llaneza. Cada nacimiento era más visitado y comentado que ministro nuevo.

Cuando llegaban personas amigas de la familia propietaria del nacimiento se las agasajaba con un vaso de aloja, chicha morada ú otras frescas horchatas bautizadas con el nada limpio nombre de *orines del Niño*.

En no pocas casas, después de las once, cuando quedaban sólo los vecinos y amigos de confianza, se armaba una de golpe al parche y fuego á la lata. Se bebía y *cuequeaba* en grande.

El más famoso de los nacimientos de Lima era el que se exhibía en el convento de los padres belethmitas ó barbones. Y era famoso por la abundancia de muñecos automáticos y por los villancicos con que festejaban al Divino Infante.

Pero como todo tiene fin sobre la tierra, el 6 de enero, día de los Reyes Magos, se cerraban los nacimientos. De suyo se deja adivinar que aquella noche el jolgorio era mayúsculo.



Y hasta diciembre del otro año, en que, para diferenciar, se repetían las mismas fiestas sin la menor variante.

Ricardo Palma

Lima, octubre de 1893

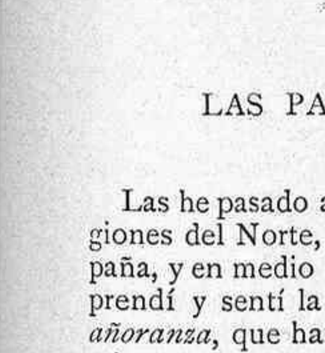
2009 Ministerio de Cultura

LAS PASCUAS DE NAVIDAD

EN CATALUÑA

Las he pasado algunos años en las melancólicas regiones del Norte, lejos del esplendoroso cielo de España, y en medio de aquella brumosa atmósfera comprendí y sentí la amarga significación de la palabra *añoranza*, que han tomado del catalán algunos eximios escritores castellanos.

Parece que la mano de un invisible enemigo va echando gota á gota en nuestro corazón una cruel ponzoña que le oprime y tortura, en tanto que el frío va calándose por todos los poros del cuerpo y el alma desfallece como ateriéndose al soplo glacial de la soledad que la rodea. Es una ansia febril por recobrar una dicha desvanecida; es un martirio indecible engendrado por el acerbo convencimiento de que no es dable alcanzar aquel bien tan ardorosamente apetecido. Eramos muchos los que, espantados por la perspectiva de semejante suplicio, emigrábamos volando como las golondrinas en busca del sol que dora y calienta las alegres playas del Mediterráneo. A medida que nos íbamos aproximando á las venturosas regiones del Mediodía, todos repetíamos con enternecimiento aquel cantarcico popular que en invierno entonan los niños de las montañas catalanas: – *sol, solet, – vinem á veure; – sol, solet, – vinem á veure, – que tinch fret* (Sol, solito, ven á verme; sol, solito, ven á verme, que tengo frío).



Al atravesar las gargantas de los Pirineos, que nos parecían las puertas del paraíso, comprendíamos también toda la filosofía de un refrán que en otros tiempos nos pareció vulgar é insignificante: *Per Nadal cada ovella en son corral* (Por Navidad cada oveja en su corral).

En efecto, este adagio recuerda una de las costumbres más características de la tierra catalana, porque la fiesta de Navidad es una fiesta esencialmente patriarcal.

Un amigo mío, capitán de buque, me dijo un día:

– Si me contaran que se ha deseubierto un Robinsón en una isla desierta, apostaría doble contra sencillo á que había de ser catalán. Tan acostumbrado estoy á encontrarme con paisanos de usted en todas partes.

Pues todos esos hombres diseminados por la haz de la tierra se sienten acometidos aquellos días de una verdadera nostalgia, echando de menos el calor y la poesía del hogar paterno. La fiestas de Carnaval las pasan tan alegremente en Venecia, en Roma, ó en Nueva Orleans como pudieran hacerlo en su patria; pero las de Navidad, no. Así son muchos los que, hallándose en el extranjero, hacen todos los esfuerzos imaginables para pasar esos días al lado de su familia.

Su reunión, en día tan señalado, es de rúbrica. Las aulas de las universidades están cerradas, los colegiales también tienen vacaciones, los comerciantes y los industriales suspenden sus tareas. Nada impide la congregación de todos los individuos de la familia en torno de la mesa presidida por el abuelo.

¡Cómo se nota la falta de los ausentes! El militar que se halla de guarnición en una remota provincia, el marino que está viajando por lejanas regiones, pueden estar seguros de que su recuerdo enturbiará el gozo de aquella fiesta íntima.

Este banquete familiar también tiene su aspecto tradicional en cuanto al *menú* ó lista de los platos que en él deben servirse, pues algunos de ellos son de absoluta necesidad para que la fiesta no pierda su carácter, amoldado á una costumbre inmemorial.

Tal es, por ejemplo, y en primer término, el pavo asado y relleno de tocino, manzanas, ciruelas ú otros ingredientes, á gusto del consumidor; porque en este punto se deja mucha latitud al criterio individual. Hay casas en donde se convierte la panza del enorme volátil en una verdadera enciclopedia.

Algunos innovadores, más amigos de los buenos bocados que de las tradiciones culinarias, han osado reemplazar el clásico pavo con el faisán trufado. Es un acto evidentemente revolucionario; pero no cabe negar que representa un gran progreso.

2009 Ministerio de Cultura

En mi niñez no se comían turrones ni barquillos sino durante las fiestas de Navidad y en las de la Circuncisión del Señor y la Epifanía. Para esos días se guardaba también el vino añejo reservado para las grandes ocasiones, el vino de *derriére les fagots*, como dicen nuestros vecinos los franceses.

Todo esto ha cambiado. No falta quien pretende

La comida de familia

que es un mal. Hay muchos modos de ser sibarita. Según esta teoría, el colmo de la felicidad, para un gastrónomo, sería comer bacalao todos los días de trabajo á fin de encontrar más sabrosa la carne que comiera el domingo.

Mi amigo Oller ha descrito con sumo gracejo en su *Febre d'or* uno de esos característicos ágapes familiares.

Es preciso haber estado en Barcelona la noche de la víspera de Navidad para hacerse cargo del prodigioso consumo que ocasionan de toda suerte de comestibles. Como éstos rebosan materialmente de los mercados, los vendedores se desparraman á centenares por las plazas y los paseos adyacentes pregonando á voz en grito sus mercancías.

Legiones de aldeanos acuden de todas las comar-

Camino de la ciudad

cas de Cataluña trayendo de sus villorrios y caseríos grandes manadas de pavos, gallinas y patos, innumerables conejos, liebres y perdices y enormes provisiones de manzanas, ciruelas, pasas, melones y otras

Nota lúgubre de Nochebuena

frutas, amén de los quesos y salchichones de sus respectivas comarcas.

En verdad es un cuadro por todo extremo animado y con sus puntos y ribetes de fantástico el de la bulliciosa muchedumbre que va formando corros en torno de aquellos rústicos cuyas fogatas hacen un

A la Misa del Gallo

raro contraste con la deslumbradora luz de los aparatos eléctricos.

Pero no sé nada que traspase el corazón como el espectáculo de la miseria turbando con una nota lúgubre la regocijada armonía de ese cuadro que recuerda los banquetes homéricos, las mesas francas de la Edad media y el despilfarro gastronómico de las bodas de Camacho. ¡Qué triste ver al mendigo tender su demacrada mano tiritando de frío bajo sus mugrientos harapos, cuando el mundo cristiano se apresta á celebrar con tanta alegría el nacimiento de Aquel que se sacrificó para redimirnos á todos y dignificar á los desheredados!

Al dar la última campanada de las doce empieza en todas las ciudades, villas y aldeas la típica Misa del Gallo. No hay organista que en tal coyuntura no haga ostentación de su genio y destreza improvisando aires pastoriles con acompañamiento de gaitas y zampoñas y gorjeos de pájaros. A la verdad no fuera justo calificar de caprichosas estas habilidades, con las cuales luce el artista su pericia y el instrumento su abundancia de registros, pues no sin razón se toca la música pastoril cuando recuerda la Iglesia el nacimiento de un Dios que quiso nacer en un pesebre y rodeado de pastores. Pero en las poblaciones que se pican de cultas no sale tan bien librado el buen sentido artístico de la audacia de los organistas que profanan la majestad del templo haciendo resonar bajo sus bóvedas las sensuales melodías de las óperas en boga.

Dice la Academia, á propósito de la palabra *Nacimiento*, que significa entre otras cosas la «representación del de Nuestro Señor Jesucristo en el portal de Belén; la cual suele hacerse formando un portalito y adornándolo con las imágenes de los que se hallaron en él y con las figuras correspondientes á este misterio.» En Cataluña hay una grande afición á estas representaciones, que muchas veces dan lugar á los más candorosos anacronismos. He visto muchos nacimientos en los cuales los pastores catalanes, vestidos á la usanza de nuestro siglo, matan el tiempo conversando con los legionarios romanos. Por cierto que en uno de esos *pesebres* – como se les llama en catalán – lo hacían debajo de un puente colgante. Los *moros* se paseaban por aquellas soledades cual si ya fueran dueños de la Palestina. Los edificios eran todos de arquitectura genuinamente catalana, á excepción del lugar del nacimiento, que era, no un pesebre, como lo quiere la tradición, sino un templo gótico arruinado.

Hoy se hacen los nacimientos con más pretensiones artísticas: los edificios, las figuras y los vegetales tienen el color local adecuado al asunto y se fabrican con esmero. En cambio, la vanidad ha sustituído en muchas partes al espíritu religioso que impulsaba á muchas familias á cantar devotos villancicos ante el grupo de la Sagrada Familia.

El día de Santo Tomás empiezan en Barcelona las renombradas ferias, en las cuales se proveen los *pesebristas* de los adminículos necesarios para la formación del nacimiento.

Allí pueden estudiarse las diversas evoluciones del *nacimiento,* porque al lado de los acueductos romanos y los villorrios orientales de corcho correctamente fabricados, asoman las masías catalanas de cartón, y junto á los hebreos irreprochablemente caracterizados, las típicas barretinas, aquellos cerdos con patas de alambre que parecen empeñados en lucir su gordura tendiéndose patas arriba y otras típicas ingenuidades propias de la infancia del arte *pesebrista.*

Otra de las costumbres típicas del día y la víspera de Navidad es la de las rifas callejeras, en las cuales se sortean gallos, conejos y platos de dulces. En los cafés-restaurants se rifan pavos y botellas de vino generoso. Esto fué causa, no ha muchos años, de que un periodista francés dijese con la ligereza que á nuestros vecinos caracteriza: «En Barcelona juégase descaradamente á la ruleta en mitad del día, y es de ver cómo acuden á ella las señoras al salir de misa, llevando todavía en la mano el devocionario.» A esto llaman ellos escribir *Impresiones de viaje*, y de este modo aprende el pueblo francés las cos-

Rifa callejera

tumbres de las naciones extranjeras, juzgando actos sin conocimiento de causa y criticando costumbres con censurable ligereza.

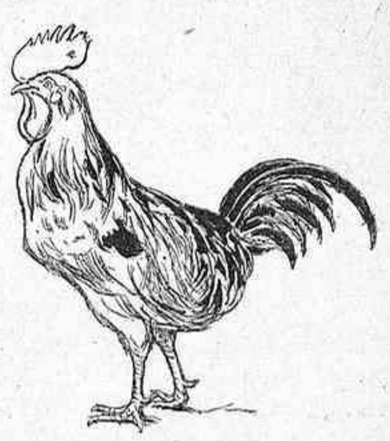
No deja de ser curioso el gran papel que desempeña el gallo en todas estas manifestaciones de júbilo religioso; fenómeno que induce al espíritu menos dado á investigaciones arqueológicas á sospechar que por algo debe entrar en ello el simbolismo. En efecto, en las literaturas orientales el canto del gallo ahuyenta á las malignas potestades nocturnas, despierta á la aurora y hace levantar á los hombres.

Du Cange, en su admirable *Glossarium*, nos cuenta que Prudencio, poeta latino natural de Calahorra, que floreció á mediados del siglo IV, jugando del vocablo con las voces *crista* – cresta, – *cristeus*, *cristiger* y *cristatus*, compara á Nuestro Señor Jesucristo con el gallo rogándole que arroje al sueño, que rompa las cadenas de la noche, destruya el pecado y nos redima de las tinieblas en que vivimos envueltos, trayéndonos la luz del nuevo día.

¿Es admisible la explicación? Someto el caso al dictamen de los folk-loristas.

J. COROLEU

(Ilustraciones de J. L. PELLICER)



2009 Ministerio de Cultura

LA PLAZA DE ARMAS EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN LOS DIAS QUE PRECEDEN Á LA NAVIDAD, dibujo de L. Izaguirre

POSADAS Y NAVIDAD

(COSTUMBRES DE LA CIUDAD DE MÉXICO)

Sentada frente al piano Pleyel, Lola y sus cuatro amigas ensayaban la tarde de un día 18 de diciembre las letanías de la Virgen Madre.

Aquella noche iba á ser la tercera de *posadas;* le tocaba á Lola, es decir, al coronel, padre de la joven morena que se hallaba sentada frente al piano y que se había empeñado en lucirse en el canto. Las dos primeras noches las *posadas* fueron de muchachos, y solamente los niños y niñas, hijos del coronel dieron lucimiento á la *posada*. Las dos noches anteriores los muchachos habían cantado el *Sancta María* y el *Virgo Virginum,* llevando en procesión tres esculturas en cera, defectuosas y pequeñas, que representaban al patriarca castísimo vestido con túnica verde y amarilla capa, á su santa esposa sentada sobre un asno y á un ángel que lo conducía. Aquel grupo en cera lo compraron los hermanos menores de la primogénita del coronel el 16 de diciembre por la tarde, en una de tantas barracas como se levantan todos los años en los días que preceden al de Navidad en derredor de la plaza principal de la ciudad de México. En una de esas barracas, formadas con madera y lona muy blanca, se compraron también las ramas frescas de ciprés y el heno para adornar el altar que servirá á los santos peregrinos durante los nueve días de *posadas,* así como los confitillos para llenar los diminutos cestos de papel con que el dueño de la casa obsequiara á los invitados.

Además de los confitillos, los cestos de papel, los *cacahuates* y los *texocotes,* los muchachos compraron la piñata, que consistía en un cántaro cubierto con papel de colores y figurando una bruja montada sobre una escoba. Con las frutas llenóse la piñata, y antes de las siete de la noche los hermanos de Lola colgaron el cántaro-bruja en la entrada del comedor, y se comenzó la *posada* con el rezo del rosario, al terminar el cual, los muchachos de la casa y los invitados recorrieron los corredores y el interior de la morada del coronel, llevando en andas á los peregrinos y cantando: *Sancta María, Santa Virgo Virginum,* á lo que el coro contestaba con el repetido: *Ora pro nobis, Ora pro nobis.*

Luego, algunos que llevaban bujías de colores para alumbrar á los peregrinos entraron en el comedor; y los otros, los que cargaban con los santos, quedáronse en la pieza contigua para pedir la *posada,* cantando los siguientes versos frente á la puerta cerrada:

«Quién les da posada á estos peregrinos
que vienen cansados de andar los caminos.»

Los del comedor contestaron con otros, negando la *posada;* pero á instancias de los primeros, los segundos ceden, se abre la puerta, se vitorea á los santos peregrinos y se les coloca en su altar. Después los muchachos se fueron vendando los ojos uno á uno hasta que el más afortunado rompió la piñata, y todos en grupo se arrojaron al suelo á recoger las frutas que caían del cántaro. Por último repartiéronse entre los invitados los cestitos de papel con confites, y á las diez todos dormían en la casa del coronel.

Así como la primera fué también la segunda noche; pero á la tercera, Lola, entusiasmada, se encarga de dar mayor brillo á las *posadas.* Como ella era la hija primogénita y casi la madre de aquella familia, pues el coronel había enviudado desde hacía largo tiempo, era su consentida, y fácilmente obtuvo de su padre que hubiese baile desde esa tercera noche, ó lo que es lo mismo, que las *posadas* fuesen formales, para lo cual vendrían todas sus amigas. Por eso la tarde del 18 de diciembre ensayaba frente al piano las letanías de María Santísima. Sobre la mesa del comedor había botellas de coñac, jerez y champagne de la Viuda, una lata de te para los ponches y trescientos pasteles encargados á una pastelería francesa.

Cuando se levantaron de frente al piano, Lola propuso á sus amigas ir á la plaza principal para comprar la *colación,* esto es, los *cacahuates,* los *texocotes* y los confitillos, que se repartirían después de la *posada.* El amarillento sol de diciembre había desaparecido bajo la línea de montañas que circunda el valle mexicano, y el cielo transparente del invierno en las zonas templadas comenzaba á obscurecerse ya, cuando la joven morena y sus amigas llegaron á la plaza Mayor. Los argentados fulgores de los focos eléctricos y las lámparas amarillentas de las barracas alumbraban el gozo de aquella multitud compacta y complexa que se paseaba por entre los puestos de frutas y juguetes. Los vendedores voceaban á gritos su mercancía; en las barracas se distinguía la colación formando pirámides blancas y rosadas; en el suelo había también pirámides de naranjas, *texocotes* y otras frutas de la estación, y frente á esas pirámides, fogatas de madera resinosa... La tercera noche de *posadas* se rezó y cantó rápidamente, y rápidamente también se pidió la *posada;* pero en cambio desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada se bailó con entusiasmo.

Al despedirse los invitados, se repartieron entre ellos los gastos de las seis noches restantes; cada amigo se hizo cargo de una, y se convino en que la Nochebuena le tocara al coronel y que se bailara hasta el amanecer.

Ya desde la cuarta noche, casi todas las muchachas tenían su *oso,* es decir, su galán que las cortejaba, y durante el vértigo de los valses, en el balanceamiento de los schotisch ó en el voluptuoso descanso de las danzas, ellos se inclinaban á los oídos de ellas, que se sonrojaban ó sonreían.

Llegó el 24 de diciembre, y desde por la tarde Lola estuvo disponiendo los mariscos y la ensalada para la cena de media noche. Antes del obscurecer, ella, sus hermanos y sus sirvientas salieron á comprar las *piñatas* y la *colación.* Aquella tarde la plaza principal de México con sus puestos y su inmenso gentío exhalaba alegría extrema.

Dos horas antes de media noche, la campana mayor de la iglesia catedral y las de muchos templos llamaban á Misa del Gallo; por las calles, innumerables grupos de trasnochadores bebían y cantaban al son de sus guitarras; en derredor de la plaza mayor seguía el bullicio atronador de compradores y de vendimieros.

Entretanto en la casa del coronel terminábanse los preparativos para la cena y para el *nacimiento.* En el fondo del salón habían colocado los muchachos una mesa, y con cajas de cartón formaron una gradería que cubrieron de heno: allí iba á estar el

2009 Ministerio de Cultura

nacimiento, exhalando aroma de ramas frescas y de musgo, ostentando en la grada más alta un portal de cartón, bajo el que se hallarían arrodillados los padres excelsos del Niño Redentor. A las once y media se sirvió la cena y con ella la tradicional ensalada teñida de rojo con el zumo de la remolacha. Cuando sonó la media noche se arrulló al Niño Dios y se le colocó en el *nacimiento*.

A la una de la madrugada comenzó el baile. Lolita y su *oso*, lo mismo que sus amigas y sus galanes, se tuteaban ya, y se citaban para el baile de compadres el próximo 6 de enero, baile en el cual la suerte designará por compadres á aquellos mismos que habían formado parejas amorosas durante las *posadas*.

Cuando llegó la luz de Navidad, ellos, abrigados hasta el cuello, ofrecieron sus brazos á ellas, que escondían sus interesantes cabecitas entre la nutria de los mantones y pelerinas; los hombres estaban soñolientos, pálidos; las jóvenes, con las mejillas coloreadas por la fatiga del baile y las brillantes pupilas hundidas entre sombras negruzcas, salieron apoyadas en los brazos de sus acompañantes para seguir después su peregrinación en la vida, quizá muy larga, quizá cortísima.

Y mientras los grupos de jóvenes de ambos sexos se alejaban de la casa del coronel, el tardío sol amarillento de diciembre comenzaba á lanzar perezosamente sus resplandores desde el espléndido y eterno azul del cielo mexicano..., ¡eterno, sí!, porque hasta en los días más crudos del invierno la ciudad de México conserva visible su colosal cinturón de montañas azules y su esplendente firmamento azul también.

Alberto Leduch

NOCHEBUENA BATURRA

Así como en los rebordes de la tartera se encuentra solidificado en amarillenta membrana todo lo más substancioso del caldo y en la pared interior de un vaso de leche se halla lo más nutritivo, sólido y condensado de la nata, cuando se trata de usos populares y de costumbres típicas de una región, habréis de buscarlos en su periferia, en las paredes de la provincia, en los rebordes del partido, en esos pueblecillos obscuros y apartados, en los cuales por carecerse de medios de comunicación, todavía se come, se bebe, se viste y se calza como hace cien años, al revés de las grandes capitales, donde á la continua se siente la influencia de la corte, como la corte á su vez se nota influída por las modas y corrientes del «cerebro del mundo.»

Yo, el más *zaragozica* de los zaragozanos, el desterrado que con más nostalgia piensa en la capilla de la Virgen, en las ondas del Ebro y hasta en las ventoleras de la *Muy Benéfica*, me guardaré muy bien, tratándose de pintar costumbres típicas y regionales, de llamar en mi auxilio á las dos ó tres musas que podrían ayudarme desde las orillas del Ebro, ni de sacar á colación el Coso ni la calle de Predicadores.

No; en Zaragoza no hay calzones cortos ni *cacherulos* pintarrajeados ni fajas moradas, cuyas múltiples vueltas hacen vientre empreñado del vientre más varonil; allí se ha perdido la indumentaria aragonesa y el *folk-lore* regional; sólo queda el corazón muy grande, muy hermoso y muy guardado para no usarlo más que cuando hace falta; la altivez de la raza, aquella altivez de nuestros abuelos que apoyándose en la *Firma*, en la *Manifestación* y en el *Justiciazgo* se oponían á los reyes, cuando los reyes no respetaban traba ni cortapisa alguna; el valor heroico y silencioso de los sitios, del cinco de marzo, de la epidemia colérica; valor este último que movió al gobierno á premiar en masa á todo Zaragoza colgando del escudo municipal la gran cruz de Beneficencia, honrosa y leve carga, que por honrosa y leve aguanta tan sólo el león rampante de nuestro escudo. Y como expresión del alma recatada y pudorosa, también queda allí el acento aragonés profundo, bajo, cavernoso como el vibrar de los bordones en nuestras guitarras, brusco y duro porque no se amolda ni se tuerce, lleno de aristas; pero ¡bah! sin tantas aristas, esquinas y puntas, ¿deslumbraría tanto el brillante? Además que el habla aragonesa, si en el hombre parece tosquedad, en la mujer es yema del corazón y hondo quejido del alma; jamás los tonos atiplados ni los acentos melifluos expresarán las grandes pasiones; nunca el clarinete ni el violín darán las notas humanas y sentidas del violoncello y del oboe; en momentos supremos de ansiedad como en momentos supremos de dicha, no se buscan halagos del oído, sino consuelos que bajen hasta el alma, y sólo el acento de la mujer aragonesa con sus palabras prolongadas y sus sonidos finales inacabables tiene el grueso espesor, la seriedad hermosa, la hondura insondable de lo que brota del corazón, que está más hondo de lo que parece.

Me alejo, pues, de la orilla del Ebro en la seguridad de que en cualquiera de los confines de las tres provincias aragonesas hallaremos una Navidad que nos desquite al lector y á mí de las molestias del viaje. Podrá ser en el somontano de Huesca, ó bien faldas arriba del Pirineo, en algún pueblecillo de los que vigilan la marcha tortuosa y flamígera del Gállego y del Aragón, los astutos ríos que nacidos en la montaña evitan bajar en línea recta para no despeñarse y trazan mil revueltas, espirales y rúbricas, llevando un camino más seguro, aun á trueque de hacerlo más largo Podrá ser que nos internemos en la sierra de Albarracín ó en cualquier otro abrupto paisaje turolense donde las avaras rocas guardan vírgenes riquezas mineras, aún no explotadas ni visitadas siquiera por el ferrocarril; acaso tomando el Moncayo por faro de nuestro viaje, me marche con el lector hacia Cinco Villas, ó bien recordando los jugosos melocotones encaminemos nuestros pasos por la ribera del Jalón, de ese río mal genio como todos los chiquitines, tan pronto imperceptible como un hilo, tan pronto inmenso como una sábana de tres telas. El sitio es lo de menos; romero más ó menos en el fogón, mayor ó menor holgura en los calzones, el hogar aragonés siempre es el mismo, ya esté en la raya de Francia, ya en los límites de Castellón, ya en los confines de Soria, ya en las cercanías de Sigüenza. En todos nos recibirán con la guitarra tañida con más ó menos brío, en todos beberemos la copa de aguardiente con guindas ó el vino seco negro y espeso como sangre enferma, en todos tendremos el plato de los pastores de Navidad, las migas muy aceitosas, muy pellizcadas y muy relucientes, porque en Aragón no se comprende á los pastores de Belén más que comiendo migas; y para algo se ahorra el aceite del candil y se sustituye la luz mortecina de la pringosa mecha de algodón por la astilla resinosa que arde con vivísimos resplandores llorando lágrimas pegajosas y por el incendio de los bojes que al chamuscarse bajo la gran campana llenan la cocina de chispas bulliciosas, de toda una magia de luces, de alegre y continuo castañeteo producido por el estallar de las fuertes y menudas hojas.

El encebado de los pavos y de los capones, la fabricación casera del turrón y las faenas de la recolección de oliva anuncian las fiestas de Navidad, casi tanto como el bloque del calendario americano que colgado en la pared va perdiendo sus últimas hojas y los rigores de la estación con sus crudísimas madrugadas que llenan de *rosadas* el campo y espolvorean los árboles de blancos y poco durables *dorondones*.

¡Cuán divertida para los chicos la hora de la comida de los pavos! Además de la suculenta *pastura*, del *panizo* y de todos los despojos de la cocina, se les hace tragar nueces enteras abriéndoles con trabajo el pico y pasándoselas á fuerza de dedos por el *gargancón;* cuando tienen repleto el buche se les emborracha con ron para que tengan la carne blanda, y entonces es cosa de verles con la cresta y el moco pletóricos de sangre, enarcando el lomo hasta tomar su cuerpo forma esférica, haciendo la rueda con el obscuro abanico de su cola y lanzando ese zumbido sólo comparable á la escapada general de una bandada de gorriones.

Desde el corral donde comen y se atracan los pavos, entra la chiquillería en la cocina. Allá sobre las gigantescas *estrévedes* fijas en el rescoldo y en la brasa de los tizones se alza el caldero monumental, sólo empleado para calentar el agua de la colada y para cocer la pasta del mondongo. Ahora aparece lleno de mieles, de piñones y de almendras que cuajan poco á poco hasta formar, según el grado de cocción y la calidad de las materias primeras, lo mismo el suculento mazapán que nada tiene que envidiar al de Toledo, que el sabroso *turrón de tabla* que hace coger á los chicos su primer dolor de muelas y hace perder á los viejos el último colmillo de sus encías.

En el campo, mientras se sacude á los olivos con largas varas y se llega á las ramas últimas, gracias á la elevada máquina del *camajuste*, el pueblo entero prepara las rondas, las canciones, las demandas, los obsequios de Navidad. No hay sufragio universal ni representación del pueblo tan auténtica y completa como esa complejísima reunión de la gente baja al pie de los troncos retorcidos y polvorientos del olivar. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todo el mundo acude á la recolección; la bandada popular cae sobre las olivas como antes cayeron las bandadas de tordos.

De noche se arreglan las guitarras, se confeccionan las zambombas atando con *liza* un pergamino á la boca del puchero, se discurren las *cantas* de jota y se habla de los obsequios que prepara la gente rica.

– El señor alcalde – dice un mozo – ha recibido un cajón de bizcochos de Calatayud, y dice que todo será para nosotros.

– ¿Todo? ¿Hasta las tablas?

– Hasta las tablas pa quemarlas en la hoguera de Noche Güena.

– ¿Y qué más ha traído el ordinario de Zaragoza?

– ¡Qué más!, ¡qué más! Pa los ricachos de la plaza ha traído tres cajones de higos de Fraga, que me río yo.

– Y esos, ¿nos los comeremos ú qué?

– Pues, ¿qué ha de hacer? *Masiau* que me entero yo dónde tienen laminerías, y dónde no las tienen, pa que aquella noche vayamos donde haiga y tomemos el camino que más nos cumpla.

Y en efecto, el día 24 apenas empieza á caer la tarde se reune toda la *matraquería* con mucha gana de comer y con mucho hueco en la faja para guardarle cosas á la parienta ó al cortejo. Requieren las vihuelas, las guitarras y los requintos; se embozan en las mantas, cuya inútil capucha forma un pico allá cerca del suelo, y en un santiamén salen á la calle y «encienden vivas» á las guitarras, como ellos dicen.

En todas las casas ricas aguardan la invasión y tienen las colaciones preparadas; la sopa de ajo muy hervidà y con mucho huevo; el blanco y ternísimo cardo, que es la verdura de Navidad, como la espinaca es verdura de la Cuaresma; las botellas de licor en cuyo vientre flota el anís en rama; las frutas secas diseminadas á granel por mesas y bancos, y como centinelas del banquete los rechonchos *botos* apoyados en la pared, porque el vino sin duda no les permite mantenerse derechos.

De casa en casa y de colación en colación recorren los mozos todas las calles del pueblo y todas las fases de la alegría. En el hogar de algún ricacho no deja de encontrarse el *nacimiento*, fabricado á costa de mucha paciencia, de no poco papel de estraza y de más engrudo que paciencia y papel de estraza. Está colocado sobre una mesa de aplanchar y en el fondo de una alcoba que sirve de escenario. Se ven muchas montañas, riscos y picachos como cumple á la topografía popular de los santos lugares; el nacimiento es de suyo cosa intrincada, laberíntica y de no pocos alti-bajos. El portal de Belén, un portal aislado por donde no se entra á parte alguna, cobija al Niño Dios, á la Virgen y á San José, sin olvidar á la mula y al buey consabidos. Más lejos comen migas unos pastores, vigilados desde lo alto por un ángel que va á caerse en medio de la cazuela; los Reyes Magos bajan con sus camellos por puntiagudos riscos, difíciles de atravesar hasta para las cabras; arriba y abajo corren fuentes que ya no pueden ser más cristalinas porque no les falta ni el azogue; pastoras, soldados, campesinos y otros actores que no hablan se dirigen hacia el portal llevando á cuestas corderillos, gallos y bultos sospechosos; y presidiendo esta general movilización de toda la Judea, la estrella de talco, la imprescindible estrella que con su opacidad forzosa y su rabo larguísimo, más que estrella gloriosa de Belén parece un cometa de mala sombra.

Ya han recreado su vista los rondadores, ya se han puesto de turrón «hasta tocárselo con el dedo,» como dicen allá, y ya la trabajosa lengua no acierta á repetir las coplas, ni los dedos temblones pueden herir la destemplada prima del guitarro.

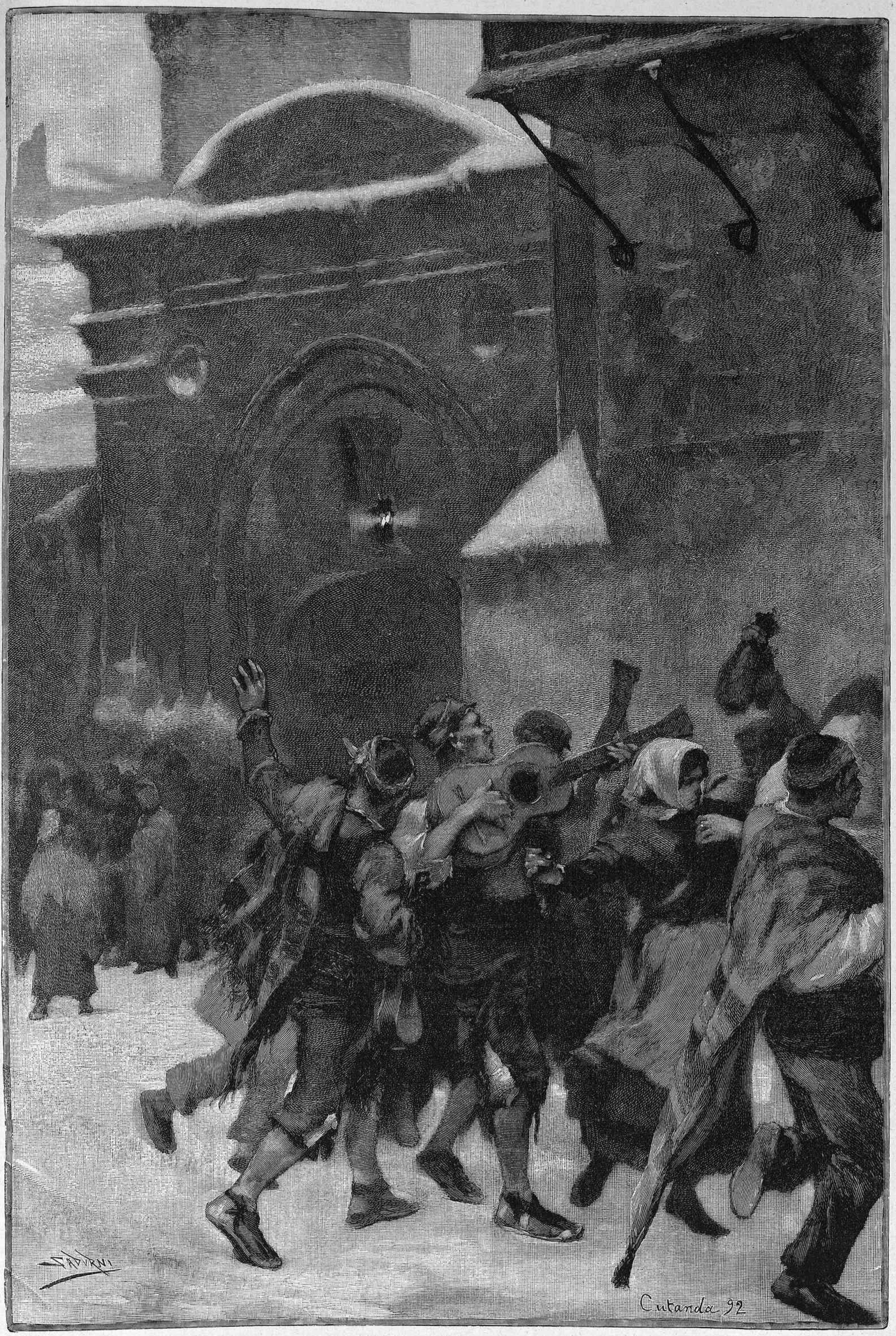
Las campanas de la iglesia voltean llamando á los fieles; se aproxima la hora de la Misa del Gallo; el Niño Jesús se yergue sobre el altar mayor, rodeado de brillante aureola, y las flautas del órgano preludian la misa de los pajaritos, mientras el turíbulo lleno de incienso inunda las naves de perfumadas nubecillas.

La gente rica tiene su puesto en el presbiterio; los pobres se codean y empujan en todos los ámbitos del templo; los chiquillos hacen sonar sus botijitos llenos de agua imitando el piar de los gorriones; todo es alegría, júbilo y contento en la casa del Señor, mientras afuera todo es obscuridad, ventisca y frío.

Nacido el Niño Dios, la iglesia se va quedando sola, las calles desiertas y el pueblo tranquilo; retíranse los mozos á empezar sobre el lecho la difícil digestión de tanto comistrajo; duérmense los niños empuñando aún el silbato ó la pandereta, y los primeros albores del día dejan ver sobre la espadaña, sobre el tejado, sobre los arbotantes y contrafuertes de la iglesia del pueblo, sábanas blanquísimas de nieve, encajes helados que se dejan caer en hebras estalácticas, albos perfiles que matan la dureza de los esquinazos, por todo el edificio blancura de ropa nueva y calados níveos de mantillas jamás soñadas, toda la canastilla del niño recién nacido que los ángeles volcaron sin duda sobre los tejadillos del humilde templo cristiano.

Luis Royo Villanova

2009 Ministerio de Cultura



LA NOCHEBUENA EN ARAGON, dibujo de Vicente Cutanda, grabado por Sadurní

2009 Ministerio de Cultura

LA ZAMACUECA (de una fotografía remitida por D. Benito García Valdivieso, de Valparaíso)

LA NOCHEBUENA EN CHILE

AYER Y HOY

«Estamos á 24 de diciembre. Toda la ciudad de Santiago se encuentra en movimiento.

»El señorío hace sus preparativos; se come más temprano, y las muchachas han permanecido sin vestirse ni lavarse hasta las cuatro de la tarde. Muchas de ellas, en *papillotes* y desceñidas las batas, atraviesan de carrera los patios y corredores de las casas para evitar alguna mirada furtiva que pueda hallarlas menos *comme il faut* que de costumbre.

»El *medio pelo* está más animado, más gozoso; se han hecho grandes aprestos para la trasnochada.

»Las hijas han pedido vestidos nuevos á sus madres, y éstas han *sacado* los cortes *al fiado,* obligándose á dar *un tanto* todos los meses. Por de contado, una semana antes de que Cristo venga al mundo, no hay una pollita de esas de calle atravesada ó de casita chica que no haya trabajado cosiendo ó bordando hasta el amanecer.

»La *gracia,* dicen las madres de estas palomitas, está en que las niñas puedan lucir sus vestidos nuevos en la Cañada (Alameda) y que nosotras podamos también sacar algo que nadie nos haya visto.

»Son las ocho de la noche.

»La Cañada presenta el alegre aspecto de una inmensa feria.

»En una extensión de por lo menos tres millas, limitada al Oriente por el convento del Carmen alto y al Poniente por la estación de los ferrocarriles, bulle una compacta muchedumbre, compuesta de todas las clases y jerarquías sociales. En las dos calles laterales de este grandioso paseo se extiende una cintura de *puestos, ventas,* ventorrillos y ramadas, que harían creer al curioso que toda una población ahuyentada de sus hogares por algún terremoto ú otra parecida calamidad, había escogido aquel sitio como lugar preferente para sus tiendas.

»En cada *puesto* ondea al viento una bandera: el tricolor nacional está obligado á proteger siempre el arpa y la vihuela en dondequiera que hagan resonar sus armonías. Viandas de todo género, licores, frutas, empanadas, dulces, flores, ramitos de albahaca, ollitas de las monjas, horchata con *malicia* (aguardiente), juguetes y cuanto inventó la gula chilena de más apetitoso para los blindados estómagos del pueblo soberano, forman la nomenclatura del comercio de Nochebuena.

»Una población de quince á veinte mil almas flota á su alrededor, zumbando, como las abejas en enjambre, en torno de ese lecho de dudoso perfume en que cada sentido tiene su representante y cada vicio su expresión elocuente.

«¡Sandillas güenas, fresquitas las sandillas!» – «¡A lorchat bien helaa!» – «¡Que se acaban las empanaítas, calientitas, de durce y con pasas!» – «¡Al durce, al durce!,» gritan á voz en cuello los vendedores.

– »¡Ay, hijita!, dice á su hija una rolliza mamá de pañuelo amarillo, y con un barniz de *crema* en la cara que la hace parecer un mascarón de proa; comamos una sandillita, porque estoy que ya reviento de ganas de dar gracias á Dios con una buena rebanaa.

»Una oleada de gente, oleada de pueblo soberano, que despide el olor nauseabundo propio de las muchedumbres y lanza los gritos de esa hidra de cien cabezas llamada alegría popular, nos separa de la matrona untada de crema.

»Acerquémonos á las ramadas, vulgo *chinganas,* donde se oye el animado *tamboreo* acompañando á la vihuela y al arpa.

»A su alrededor aumentan los gritos: «¡Ponch en leche bien helao!» – «¡Calientito el chocolate, niñas!» – «¡Que se acaban los duraznos, mi arma!» Una vieja con un par de muchachas del *medio pelo* colgadas de la pretina y seguida de otros tantos *siúticos* (cursi), pasa en ese momento cerca de nosotros pechando con el empuje de un toro, y entra en una ramada donde zapatea una pareja enardecida con los cantos voluptuosos y atronadores de la *zamacueca.*

»Al entrar en la ramada, los dos *siúticos* corren á ofrecer ponche en leche á las chiquillas, y éstas, sin hacerse mucho de rogar, beben en un enorme vaso llamado *potrillo,* que por lo menos cincuenta habían llevado ya á la boca.

»Apenas concluyen los danzantes, toma uno de los *siúticos* de la mano á la mejor parecida de las niñas, y se coloca á su frente en el centro de la *cancha,* con pañuelo empuñado. A los pocos segundos principia la *zamacueca* con un coro de palmoteos, risotadas, gritos y tamboreos.

»Al llegar al *tondondoré,* la concurrencia no puede permanecer en sus asientos. Todos de pie, unos con la mano sobre la cadera, otros con un vaso de ponche y haciendo *guaraguas,* parecen querer lanzarse sobre la niña y quitársela al *futre,* el cual *escobillando* y *zapateando* con una agilidad asombrosa, defiende á su compañera haciéndola la *rueda* con *hartas guaras.*

«¡Arrúgala, negro!» – «¡Cómetela, diablo!» – «¡Estrújala, hijito!,» aullan los mirones que forman un grupo compacto á la entrada de la ramada, y la niña y el mozo *aleonados* con los gritos, se arrugan, se estrujan y se *hacen huincha,* hasta que por fin, hincando el *jutre* la rodilla en tierra, cae exclamando: «¡Ay juna, de cinco tres!,» con lo que se repite el otro pie, continuando hasta el amanecer el zapateo, las tonadas, los vivas, el licor y las *pechas* de los que entran á renovar las hazañas de sus antecesores.

»Tal es la *Nochebuena* y tal la *zamacueca,* bailada por la gente de baja clase. Este baile, gracioso de por sí cuando es ejecutado con moderación, degenera en una torpe payasada cuando los danzantes pertenecen á la última clase del pueblo y los anima más de lo necesario la chicha y el ponche.

»La zamacueca reune al encanto de sus giros la gracia más refinada en las ondulaciones del cuerpo y el manejo del pañuelo. Este es el baile de que, sin duda, puede sacar más partido un cuerpo airoso, y como la chilena lo tiene, y mucho, resulta que la *zamacueca* es la danza que más entusiasma á los extranjeros que lo ven por vez primera, acostumbrados como están, en sus respectivos países, á ver bailar por el pueblo los mismos estirados bailes de los salones.»

Esto era hasta ayer la *Nochebuena* en Santiago, según nos la describe D. Recaredo Tornero en el artículo que dejamos transcrito, y que corre inserto en el *Chile Ilustrado.*

Hoy esta fiesta ha perdido notablemente en animación y entusiasmo. Los palacios que pueblan en toda su extensión la Alameda de Santiago, hacen ya imposible el establecimiento de aquellas ramadas en que se bailaba tan ruidosamente la popular *zamacueca.* Las ventas de refrescos y dijes de Navidad y el tradicional embanderamiento del gran paseo santiagués es lo único que nos queda de aquellos tiempos.

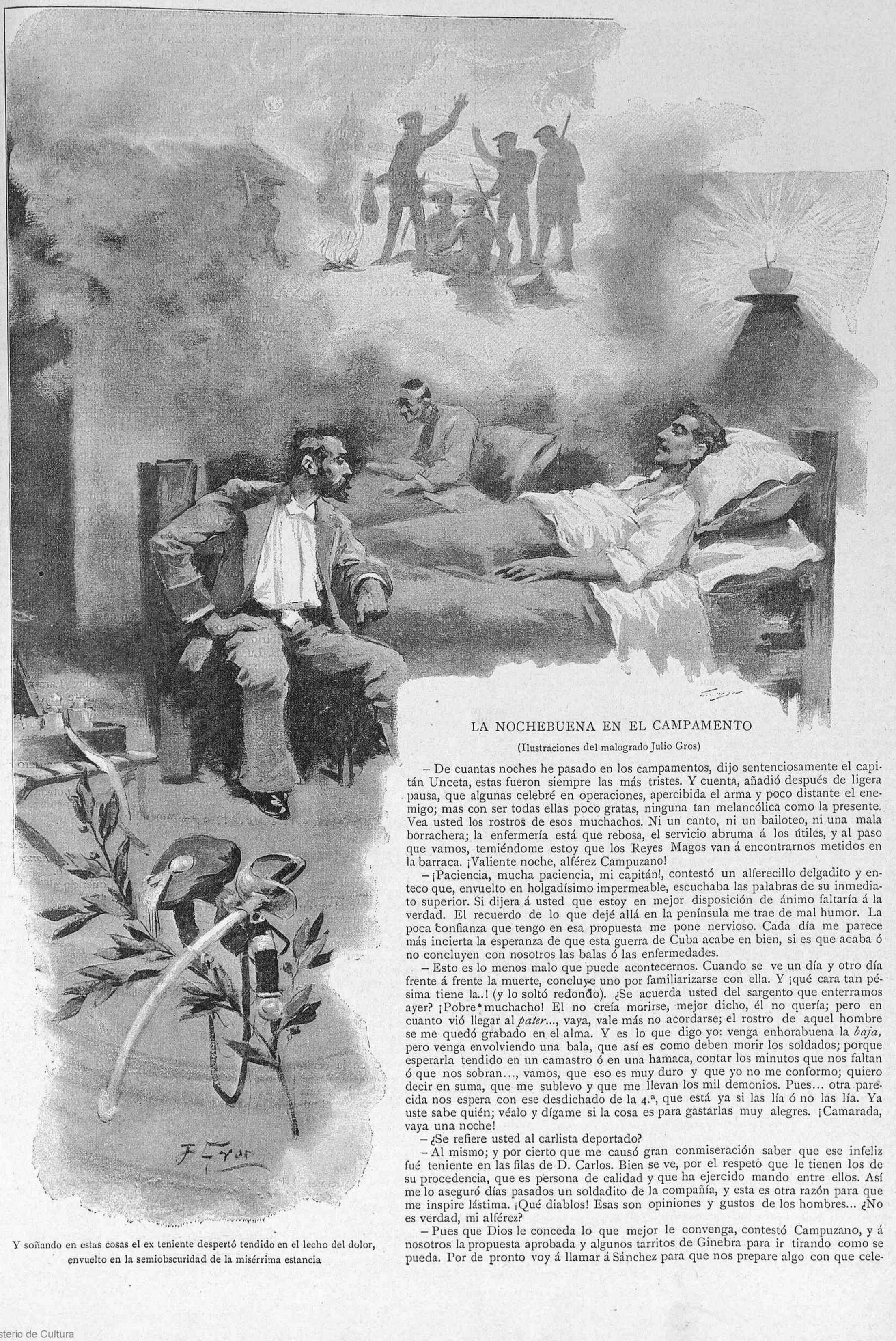
Una parte, no muy numerosa, de la alta sociedad acude aquella noche á pasear algunos instantes por la Alameda. A las diez de la noche ya todas esas familias se han retirado, y desde esa hora hasta el amanecer la suntuosa avenida es frecuentada únicamente por el *medio pelo,* la clase baja y algunos trasnochadores enamoradizos, que prefieren las Venus pedestres que por ella pululan, á las discretas y recatadas señoritas de los salones.

En las habitaciones de la buena sociedad la velada no se prolonga más allá de la media noche. Por el contrario, la clase media rara vez apaga las luces de las suyas antes de que la claridad del alba las haga innecesarias.

La beata y demás gente de iglesia celebra también esa noche concurriendo á la clásica *Misa del Gallo,* que á las doce se celebra en casi todos los templos.

Esto es todo lo que nos queda de aquella en otro tiempo tan celebrada Nochebuena. – Nadie.

2009 Ministerio de Cultura



Y soñando en estas cosas el ex teniente despertó tendido en el lecho del dolor, envuelto en la semiobscuridad de la misérrima estancia

LA NOCHEBUENA EN EL CAMPAMENTO

(Ilustraciones del malogrado Julio Gros)

– De cuantas noches he pasado en los campamentos, dijo sentenciosamente el capitán Unceta, estas fueron siempre las más tristes. Y cuenta, añadió después de ligera pausa, que algunas celebré en operaciones, apercibida el arma y poco distante el enemigo; mas con ser todas ellas poco gratas, ninguna tan melancólica como la presente. Vea usted los rostros de esos muchachos. Ni un canto, ni un bailoteo, ni una mala borrachera; la enfermería está que rebosa, el servicio abruma á los útiles, y al paso que vamos, temiéndome estoy que los Reyes Magos van á encontrarnos metidos en la barraca. ¡Valiente noche, alférez Campuzano!

– ¡Paciencia, mucha paciencia, mi capitán!, contestó un alferecillo delgadito y enteco que, envuelto en holgadísimo impermeable, escuchaba las palabras de su inmediato superior. Si dijera á usted que estoy en mejor disposición de ánimo faltaría á la verdad. El recuerdo de lo que dejé allá en la península me trae de mal humor. La poca confianza que tengo en esa propuesta me pone nervioso. Cada día me parece más incierta la esperanza de que esta guerra de Cuba acabe en bien, si es que acaba ó no concluyen con nosotros las balas ó las enfermedades.

– Esto es lo menos malo que puede acontecernos. Cuando se ve un día y otro día frente á frente la muerte, concluye uno por familiarizarse con ella. Y ¡qué cara tan pésima tiene la..! (y lo soltó redondo). ¿Se acuerda usted del sargento que enterramos ayer? ¡Pobre muchacho! El no creía morirse, mejor dicho, él no quería; pero en cuanto vió llegar al *pater*..., vaya, vale más no acordarse; el rostro de aquel hombre se me quedó grabado en el alma. Y es lo que digo yo: venga enhorabuena la *baja*, pero venga envolviendo una bala, que así es como deben morir los soldados; porque esperarla tendido en un camastro ó en una hamaca, contar los minutos que nos faltan ó que nos sobran..., vamos, que eso es muy duro y que yo no me conformo; quiero decir en suma, que me sublevo y que me llevan los mil demonios. Pues... otra parecida nos espera con ese desdichado de la 4.ª, que está ya si las lía ó no las lía. Ya uste sabe quién; véalo y dígame si la cosa es para gastarlas muy alegres. ¡Camarada, vaya una noche!

– ¿Se refiere usted al carlista deportado?

– Al mismo; y por cierto que me causó gran conmiseración saber que ese infeliz fué teniente en las filas de D. Carlos. Bien se ve, por el respeto que le tienen los de su procedencia, que es persona de calidad y que ha ejercido mando entre ellos. Así me lo aseguró días pasados un soldadito de la compañía, y esta es otra razón para que me inspire lástima. ¡Qué diablos! Esas son opiniones y gustos de los hombres... ¿No es verdad, mi alférez?

– Pues que Dios le conceda lo que mejor le convenga, contestó Campuzano, y á nosotros la propuesta aprobada y algunos tarritos de Ginebra para ir tirando como se pueda. Por de pronto voy á llamar á Sánchez para que nos prepare algo con que cele-

2009 Ministerio de Cultura

¡No se lo decía á usted, mi querido alférez!

brar esta santa noche, y por ahora dése usted un latigazo del tinto para ir haciendo boca... ¡Ea! ¡A la salud de usted, mi capitán!

– Pues á la de usted y por muchas Navidades, mi alférez.

¡Quién pudiera pintar las bellezas de la noche cubana!.. Y era aquella una de las más hermosas que contemplaron humanos ojos. La manigua poblada de rumores, el ambiente lleno de armonías, el firmamento cuajado de estrellas, el aire impregnado de perfumes; luz melancólica en los espacios, obscuridad en la tierra; la misteriosa labor de la vida continuada en la sombra; el himno eterno del amor subiendo constante á los cielos... Nadie diría que en la espesura se hallaran en vela centenares de hombres, acurrucados unos entre las matas, de pie otros junto á las barracas del campamento. Ni los delata el *quién vive* de los centinelas ni los denuncian los fuegos del vivac. Ni un canto, ni la señal más insignificante de vida. Es la consigna, consigna que también se cumple en aquella noche que el mundo cristiano celebra con alegría ruidosa y que trae á la mente los recuerdos más placenteros.

Pero sobre el campamento pesa un manto de tristeza. La fiebre, el escorbuto, la disentería han causado muchas bajas; y los que todavía alientan, después de larguísimas jornadas hechas bajo los rayos de un sol abrasador, cruzando ciénagas y arroyos, sabanas y manigua, mustios y cabizbajos no parecen acordarse de que, según reza el cantar, aquélla *no es noche de dormir*. Algunos de estos soldados son nuevos en las fatigas de la guerra americana, totalmente distinta de las peninsulares, porque en ella la lucha ha de sostenerse con igual ó mayor tesón contra el clima que contra el enemigo, enemigo éste traidor porque espera en acecho, emboscado, favorecido por el terreno, contrariedades y azotes á los cuales hay que añadir la falta de recursos y á veces largos períodos de total aislamiento: causas todas que pesan terriblemente en el ánimo del recién llegado. ¿Cómo extrañar, pues, que el número de enfermos sea en el campamento tan crecido, si la columna lleva penosos días de operaciones con gente nueva y en la zona más mortífera de la isla?

Allá están echados sobre los humildes lechos de la enfermería los míseros enfermos. La 4.ª tiene hasta doce, entre ellos Larramendi, el ex teniente de D. Carlos. Todos ellos son mocetones altos y de buena musculatura, aunque demacrados y enflaquecidos por distintas enfermedades. El pasaje de los más por aquella barraca suele ser corto. Larramendi tiene marcado el *vencimiento* de una letra girada á muy corto plazo – son frases del doctor; – pero el desdichado vive con el espíritu muy lejos de aquel mísero rincón. El ángel del sueño se adelantó al ángel de la muerte. Y el ex teniente alienta con el pensamiento puesto en otra noche de alegre recordación.

Fué allá en el Norte; fué en una Nochebuena no tan triste ni tan silenciosa como esta, aunque pasada sobre el duro suelo; mas ¡ay! que aquel suelo era el muy querido de la madre patria. Ardían alegres las hogueras y en torno de ellas cantaban y reían los soldados, corría la bota y pasaba de mano en mano la calabaza. «¡Ea, muchachos, esta es la última!, gritaban los oficiales de D. Carlos. El año que viene, el rey en Madrid y vosotros en casa. Buen ánimo, que la *causa* es justa y Dios nos ampara...» Y los soldados entusiasmados vitoreaban á sus jefes, y el alegre concierto de gritos y canturías subía á los cielos entre el humo de las hogueras. Las penas, ¡al saco con ellas! La vida... ¡el Corazón de Jesús la protegerá! Los padres y los hijos, ¡no los abandonará el rey! Otra acometida y el ejército real cruzaría el Ebro y avanzaría hasta Madrid, llevando por delante á los liberales en completa derrota... Luego...

Y soñando en estas cosas el ex teniente despertó tendido en el lecho del dolor, envuelto en la semiobscuridad de la misérrima estancia.

Sí, esta era la realidad, la triste realidad de una guerra cuyas vicisitudes le habían colocado en el número de los vencidos y de los prisioneros deportados. Recordaba confusamente la derrota, aquellas horas de lucha en que su batallón defendió á fuego y bayoneta las alturas de Lumbierri, los camaradas arrebatados por el remolino de la pelea; luego la posición envuelta, la compañía prisionera, las tristezas del vencimiento, los días melancólicos pasados en el depósito, y, por último, la deportación, el alejamiento quizás definitivo de la patria...

¿Morir? Poco le importaba á él esa cosa, si no triunfaba la causa... Aunque... sí; le importaba algo morir lejos de la patria y lejos de sus amores. Y en aquella hora de soledad y de tristezas, en aquellos momentos de aislamiento, al evocar este recuerdo, terrible congoja apoderábase de su espíritu.

Una violenta sacudida le despertó. A su lado estaba el capitán Unceta.

– ¡Arriba, muchacho! ¿Qué diablo está usted hablando de la patria? La patria está aquí, donde estamos nosotros, donde está la bandera. Por ella combatimos y morimos. Y ¿hay algo más hermoso? Y ¿cree usted que pueden olvidarnos jamás los que quedaron allá en España? Pues mire, aunque así fuese, valdría lo mismo, porque aquí no queda otro recurso que luchar, que combatir á la desesperada; y la lucha, el combate, siempre engrandecen al hombre. Conque ¡pecho al agua! Quiero decir que apure usted esta medicina y... ¡á la salud de la novia, si es que alguna dejó usted por allá!

Los ojos del enfermo brillaron con los más vivos fulgores, como si en ellos se hubiesen concentrado todas las energías de aquel pobre cuerpo; pero éste no hizo movimiento alguno.

Tocólo el capitán y echó de ver en él una frialdad marmórea; examinólo el doctor y se limitó á decir:

– Más necesitado está del *pater* que del médico... Que llamen al primero cuanto antes. Vive todavía, pero ya perdió sus facultades. Cosa de minutos.

Y así era en efecto; el alma había emprendido ya el viaje á través del Océano del infinito, mientras en el cuerpo luchaban aún las últimas energías vitales.

El ángel de la muerte siguió al ángel del sueño.

A la luz opaca de la aurora, despertó la gente y volvió á reinar la vida en el campamento.

– ¡Vaya una noche, camarada!, gritó el alférez Campuzano al encontrarse de manos á boca con su capitán. Esta es la hora en que pensando en si hoy recibiríamos el correo, apenas si he podido conciliar el sueño. ¡Si por lo menos viniera aprobada la propuesta! Considere usted el caso. Dos cruces rojas, tres menciones honoríficas, grado y sobregrado... y confiese si tengo motivos más que suficientes para impacientarme. Pero... así y todo, vale más no hacerse ilusiones. No, no lo conseguiré. Estoy seguro de que algún envidioso de la Plana Mayor me birla ese empleo.

– Pues ¿creería usted que á mí me ocurre lo propio y que también pasé la madrugada pensando en el asunto? Le confieso que un desengaño sería cosa grave, y creo por lo mismo que para prepararse á recibirlo debiéramos saludar el día con unas ginebritas. Luego tomará usted el *parte*, á bien que puedo desde ahora adelantarle una *novedad*, el fallecimiento de ese muchacho de la 4.ª ¡Pobre Larramendi! Su agonía será el recuerdo más saliente de esta Nochebuena.

– Dios me los procure mejores de este día, exclamó Campuzano poniendo los ojos en el cielo. ¡Por lo menos, si la propuesta hubiese *cuajado!*..

Y con efecto, al promediar el día el cartero del regimiento hizo entrega al jefe del mismo de un abultado pliego, pliego que encerraba la noticia de un canje de prisioneros celebrado en la península, en virtud del cual Larramendi y sus camaradas debían ser conducidos nuevamente á la patria y al campo carlista, y que contenía también la no menos *sensacional* de haberse concedido otra *mención honorífica* al capitán Unceta y al alférez Campuzano.

– ¡No se lo decía á usted, mi querido alférez!, exclamó con tono dolorido el capitán. A tal día tal noche. ¡Que le vayan al pobre Larramendi con la noticia! ¡Valientes jugarretas tiene la fortuna!

Francisco Barado

2009 Ministerio de Cultura

CAMINO DE LA IGLESIA (1840), dibujo de J. L. Pellicer

LA NOCHEBUENA EN CUBA

En todos los países americanos, especialmente en los de origen latino, conserva la festividad de Nochebuena un sello propio, peculiarísimo, que permite al escritor de costumbres – por poco observador que sea – describirla con fidelidad y sin esfuerzo alguno de imaginación; tan fácilmente como copia el pintor la fruta del tiempo ó el plumaje del ave, en sus *bodegones* y estudios de naturaleza muerta, contando con la inmutabilidad del color y de la forma, en sus invariables modelos.

Mas para encontrar la típica, la genuina *Nochebuena* de Cuba, habría que remontarse á la época cuasi primitiva de 1840 á 1850, en que la antigua sociedad cubana poseía hábitos y fisonomía propios: impónese el seguirla en sus diversas vicisitudes hasta 1872, en que el rigor de la guerra alejó del país á cuasi todas las familias de abolengo criollo y trajo grandes masas de inmigrantes europeos, importadores de diversiones, cantos populares, fiestas religiosas y usos peculiares á cada región de donde procedían, y que infiltrándose en el modo de ser local, fueron borrando los caracteres originales de nuestras costumbres, hasta el punto de que hoy puede asegurarse que ya no existe en Cuba la *Nochebuena cubana*.

¿Exageración? – De ninguna manera. – La guerra de los diez años fué para la metrópoli algo así como la reconquista del país, y explícase de este modo la desaparición de todo lo tradicionalmente cubano, anterior á la guerra y el porqué en la actualidad – y no siendo en los campos del interior – se viva, se edifique, se vista y se eduque en todas las poblaciones de la isla según la norma europea.

La esclavitud – esa llaga aún sangrienta del *buen tiempo antiguo* – era factor importantísimo, pincelada genérica en todos los cuadros de nuestra vida íntima; y en fiestas como *Nochebuena* y *Reyes*, la nota dominante en el tono, la figura principal en el lienzo. – La esclavitud ha desaparecido – ¡loado sea Dios! – y con ella los rasgos salientes de cuasi todas las escenas cubanas, en que el esclavo desempeñaba papel capital y característico, como podrá apreciarse en el curso de este ligerísimo artículo.

***

Allá muy lejos – hace medio siglo – la Habana de piedra y la Habana viviente eran ciudad y vecindario muy distintos de los de ahora.

Las casas se construían *á prueba de bomba*, gruesas y gachas para resistir á los huracanes, y las que tenían más de un piso – á no ser algún palacio – no alcanzaban en sus balcones mayor altura que la de un moderno entresuelo. – Se almorzaba á las nueve, se comía á las tres, se merendaba á las cinco y se cenaba á las ocho. Con tal régimen de vida, ¿se concibe que nuestros abuelos celebrasen la *Nochebuena* cenando á la media noche? No por cierto. Al toque de *queda*, en las iglesias, y en los cuarteles y prevenciones, cerrábanse las puertas de la ciudad; recogíanse los tranquilos ciudadanos, y los parrandistas y trasnochadores (siempre los hubo en todas partes) veíanse obligados á esperar el día en las afueras, sorteando el paso de las rondas, hasta que el toque de *diana* les permitía volver á intramuros.

Las familias opulentas marchaban al *cafetal*, al *ingenio* ó á la *estancia* desde el día 8 de diciembre y regresaban á la capital después de *Reyes*.

Las de la clase media observaban la *vigilia de Navidad* cenando á las nueve y esperando en vela los repiques de la media noche del 8 de diciembre, con los cuales anuncian todas las parroquias á la vez el misterio de la *Concepción*. Rezaban entonces una *corona* (siete Ave-Marías) é íbanse á dormir.

A esa piadosa velada se la llamaba entonces *Nochebuena chiquita*.

El 24 de diciembre, los que sin ser ricos gozaban de algún desahogo de posición, invitaban á sus amistades á cenar el clásico *lechón tostado*, el pavo asado ó relleno, arroz en blanco, fríjoles negros, ensalada de lechugas y rabanitos. Perdóneseme lo minucioso del detalle; pero importa al espíritu de este trabajo acentuar con insistencia el *menú* siempre idéntico de la cena criolla de Navidad, en la cual sucedía rara vez que se introdujese algún postre exótico, y donde lo corriente era que después de los platos de cocina y antes del café se sirviese á los comensales *buñuelos de catibia* ó de *malanga*, rociados con almíbar ó con *melado* de caña.

Los proletarios, las familias pobres, cenaban poco más ó menos lo mismo; sustituyendo al lujoso pavo algún par de pollos, y al imposible lechón entero algunos cuartos de asado, adquiridos en las tabernas, figones y *tahonas* que especulaban con su venta.

La gente alegre y la del bronce, curiales y covachuelistas, tenorios y pendencieros, quedábanse de propósito fuera de puertas, y buscaban alguna taberna, figón ó casa desalquilada en los ejidos y barrios desiertos, y allí, á puerta cerrada, se entregaban al placer de una cena borrascosa, en cuyo *menú* resultaban también indispensables los fríjoles negros y la ensalada de lechugas.

Los esclavos cenaban en las cocinas las sobras de los amos; y los mancebos y dependientes del comercio, en tahonas, ferreterías, *campecherías* y en toda otra tienda de cierta importancia, no hacían la comida el día 24 de diciembre. Sus principales y capataces obsequiábanles con una opípara cena, que regularmente traía por consecuencia la aplicación de *calas*, *purgas*, *eméticos* y otras drogas; *plus* inesperado de los tragones y de los ahitos.

En los cuarteles y destacamentos repartíase á la tropa con el rancho de la tarde doble ración de pan y de vino, y á los presos en el antiguo *Consulado* y en las correcciones y fortalezas hacíaseles igual obsequio.

Cuanto á las monjas y frailes, aquello era un diluvio de regalos.

Los fieles católicos habaneros cumplían con celo el precepto de pagar diezmos y primicias á la iglesia de Dios, y los pobrecitos frailes y las tristes monjas no tenían manos ni cuevas ni sótanos bastantes para recoger y guardar lechones cebados, aves, huevos, aceite, frutas, menestras y hortalizas, que en *arrias* sucesivas llegaban á las puertas de los conventos, enviadas desde el campo por los devotos pudientes.

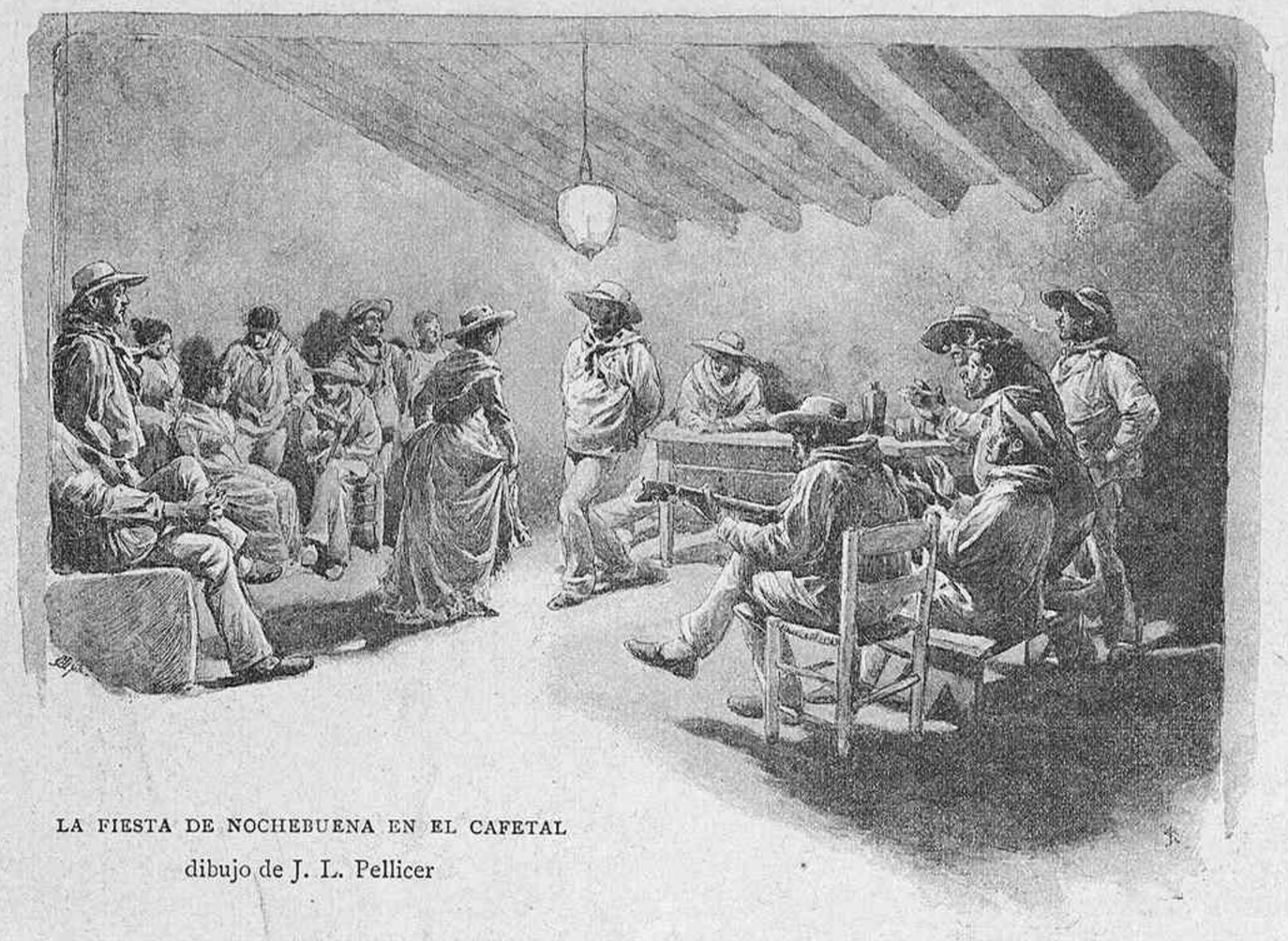
***

No he de pasar á describir la antigua cena de los ricos, en el cafetal ó en el ingenio, sin anotar el detalle capital de la Nochebuena cubana: *la Misa del Gallo*.

2009 Ministerio de Cultura

El 8 de diciembre comienzan las misas de *Aguinaldo*, y la Misa del Gallo es la última de aquéllas.

En los pueblos del campo acudían los guajiros con *fotutos* y *guamos* (1), y al principio y fin de las misas de aguinaldo mezclaban el ronco sonido de sus bocinas con el alegre repique de las campanas, los cantos del coro y las salmodias del sacerdote; pero en la Misa del Gallo, que se efectuaba á la media noche del 24 de diciembre, uníase á los estruendosos *fotutos* el canto agudo del gallo, imitado con la voz por los campesinos y repetido con algarabía infernal por cuantos concurrían á la iglesia y por los gallos auténticos en los gallineros del caserío.



LA FIESTA DE NOCHEBUENA EN EL CAFETAL

dibujo de J. L. Pellicer

Según me explicaba mi abuelo, diósele tal nombre á la misa nocturna porque se esperaba á que el gallo cantase á media noche, para comenzar á *dejar misa* en los campanarios de las iglesias.

Tal costumbre no tomó incremento en la Habana hasta los años de 48 al 50, época en que bien servidas de alumbrado público y de serenos las calles de la capital, podían arriesgarse las familias á transitar por ellas, mientras que en tiempos anteriores, la dama ó el señor que deseaba asistir al templo tenían que hacerse acompañar de uno ó más criados provistos de faroles para alumbrar el camino.

En lo antiguo era, pues, raro que asistiese á la fiesta de media noche persona alguna de viso; en cambio los jóvenes de vida alegre y las mozas de *picos pardos* concurrían sin falta á la tumultuosa misa, imitando hasta enronquecer el grito del vigilante centinela del gallinero.

Terminada la misa salían en parrandas y cantando *boleros*, *pasacalles* y canciones, acompañados por algún diestro y mimado tocador de guitarra; mas téngase presente que estas alegres comparsas se organizaban *fuera de puertas*, y aun así, hurtaban el encuentro con alguna patrulla, porque los *cabos de ronda* (de los cuales son, en lo moderno, fea caricatura los alcaldes de barrio) no se paraban en pelillos y enviaban á dormir sobre las duras *tarimas* de la prevención á los contraventores del *bando de buen gobierno*.

Tales fueron las costumbres hasta que estalló la guerra. Desde el año 68 al 78, la inquietud y la zozobra, el miedo á las explosiones de la pasión política excitada, los atropellos históricos y sangrientos de la soldadesca, la emigración al extranjero debilitaron esta arraigada costumbre cubana, que reapareció prostituída y escandalosamente desfigurada en el año 1878 en que terminó la lucha separatista.

Y afírmolo así, porque desde entonces á la fecha concurre á la Misa del Gallo un público abigarrado de borrachos, mujerzuelas y gente sucia en tal mayoría, que obscurece el ligerísimo sabor local que pudiera gustarse todavía observando á las muy contadas y piadosas familias que asisten al templo como para que no se borren para siempre las antiguas tradiciones cubanas.

Y para colmo gran parte de nuestra *juventud dorada*, separándose por completo del tipo legendario del caballero cubano – culto y generoso, cortés y bondadoso hasta la familiaridad con los inferiores, pero incapaz de degradarse voluntariamente, – nuestra juventud de hoy, repito, se confunde con aquella hez, la imita, la envalentona y la sobrepuja en groseras audacias, en chistes soeces, en irreverencias salvajes, que han traído por lógico resultado el que sean ya contadas las parroquias que se deciden á celebrar la Misa del Gallo, temerosos sus jefes de los escándalos y desórdenes que han promovido los *jovencitos*...

***

Trasladábase la familia á la finca, estancia, ingenio ó cafetal en los primeros días de diciembre.

Los amos, más para satisfacer su vanidad, contemplándose señores de tantas vidas esclavas, que para acallar los gritos de su conciencia, iban por sí mismos á repartir el *aguinaldo* á los pobres negros, que recibían á la familia con toda clase de manifestaciones de júbilo, no sólo por imposición de su ignominia, sino porque, á las veces, el niño ó la señorita tomaban afecto á algún *criollito* de la dotación, á tal ó cual criada de la casa de vivienda, ó bien el amo era quien se fijaba en la buena presencia de algún esclavo ágil y robusto, que resultaría un brillante calesero, y esta predilección solía servir como casualidad redentora de los rudos trabajos del ingenio á los esclavos que venían luego con los amos á la Habana, cuando éstos abandonaban la finca.

El día de Navidad se repartía á los negros su *esquifación:* un gorro de lana y un sombrero de *empleita*, un chaquetón de *barragán*, una frazada, una camisa y un pantalón de *rusia* ó *cañamazo* á los varones. La frazada y chaquetón, un pañuelo de *bayajá* y otro de percal estampado, camisón y saya de *rusia* á las hembras. A los criollitos sólo se les repartía camisones largos y gorros de lana. Ni zapatos, ni almohadas, ni *catre*... ¡Y esto se daba dos veces al año á los que amasaban con su sudor y su sangre la riqueza, en ocasiones fabulosa, de los amos del ingenio!

Verdad es que también había amos espléndidos que añadían á la *esquifación cachimbas* de barro para los hombres, collares de cuentas y abalorios para las mujeres y cucharas de palo, platos y jarros de hojalata para toda la dotación de la finca.

Repartida la ropa, desfilaban ante el señor los esclavos, á quienes se daba el *aguinaldo* en dinero, según su *categoría:* los carreteros, carpinteros, *hormeros* (2), los ayudantes de máquina, los *contramayorales* y los fornalleros eran los preferidos: recibían como *aguinaldo* desde una onza hasta un doblón. Las *paridas*, las enfermeras, las viejas inútiles que cuidaban y criaban á los criollitos tenían también preeminencia y recibían mayor cantidad que las otras esclavas empleadas en el campo. El resto de la dotación recibía de *aguinaldo* uno ó dos pesos en plata.

Terminada la distribución del dinero, se les daba *el día* á los *negros*, que inmediatamente corrían al *barracón*, sacaban sus atronantes tambores y bailaban su *tango* delante de la casa de vivienda, vitoreando en sus cantos á cada uno de los miembros de la familia del amo. Despedíales éste cuando el ruido le molestaba, y retirados los esclavos en su barracón continuaba el *tango* y baile (3) durante el resto del día y de la noche, después de celebrar su cena, cuyos elementos se proporcionaban ellos mismos con las crías y siembras de sus *conucos*.

Cuanto á los amos, celebraban también la Nochebuena en la casa de vivienda, acompañados á la mesa por el cura ó el médico del pueblo ó el capitán del partido, y terminada la cena, bien se organizaba una *timba* entre los concurrentes mayores de edad, ó bien salían todos á caballo á visitar *las sitierías* ó *tejares* anexos al ingenio, gozando allí del espectáculo que también se ha perdido ya en las costumbres cubanas: el *guateque* de los guajiros.

***

Tal era el aspecto genuino de la fiesta de *Navidad* en la antigua sociedad cubana. Desde el año de 1850 á la fecha ha sufrido distintas modificaciones.

Derribadas las murallas y organizado un buen cuerpo de policía, permitióse á los negros el pasear por las calles agrupados en cabildos y al son de sus tambores y músicas. Prostituyeron esa concesión los *ñañigos* criollos, que señalaban cada Nochebuena con riñas y asesinatos. Prohibióse la salida de estos *juegos* ó comparsas perturbadoras; pero los *ñañigos* organizaron *claves*, disfrazando su música, y comparsas de *mundeles* que burlaban la prohibición gubernativa, porque no llevaban los trajes de aquéllos y pasaban como *rumbas* ó *mayombes* inofensivos. Pero vino la guerra. En los primeros años se impidió toda clase de aglomeración de gente; decayó la costumbre sustituída por otras, y los pocos antiguos moradores que permanecieron en la Habana durante el sangriento período, pudieron observar cómo á los cabildos africanos sucedió el carro de sidra con gaita y tamboril; cómo se reunían alrededor del pedestal vacío desde el 68 hasta el 75, en el parque de la Habana, multitud regocijada de astures y gallegos entonando los *ixuxús* y los cantos de su país, y cómo á la cena criolla se mezclaban manjares de todas procedencias nacionales y extranjeras. Así la Nochebuena actual en Cuba es ni más ni menos que la de cualquiera nación civilizada, con una agravante universal: aquí enviamos ya de regalo á los amigos en los alrededores de Pascua tarjetas de *Christhma*, como los ingleses y yankees; *poissons de Paques*, como los franceses; *cocas* y *monas*, como los catalanes y mallorquines; torres de huevos, como los belgas... En las casas de la clase media se pone la mesa como para un banquete, y resulta *cursi* el plato de fríjoles; en las tertulias de los ricos se da el *beso debajo del muérdago* como en la antigua Germania, y en la moderna metrópoli neoyorquina y hasta en los hogares de los antiguos esclavos – hoy ciudadanos cultos – se levanta el árbol de Navidad sostenido por un «Noel» intruso, importado de las manufacturas de Europa, para borrar y hacer desaparecer nuestras tradiciones y costumbres.

¡Ah!.. En vano buscará el criollo del año 1894 algo que le recuerde el aspecto de un zaguán habanero en noche de *Navidad* treinta años atrás. Los amos, de tertulia en el estrado; la mesa, dispuesta en la saleta del fondo esperando la hora de la cena; y los criados, agrupados en la puerta de la calle escuchando distraídos los ecos de la sala, y puestas sus almas en sus oídos para apurar la salvaje armonía de una *marímbula* que toca con discreto temor el viejo esclavo calesero, fumando su cachimba de barro y medio dormido sobre el quicio de piedra de la portada!..

Felipe López de Briñas

(1) Bocinas hechas con el caracol nombrado *cobo*.

(2) En aquella época elaborábase el azúcar en *panes*, y el *hormero* constituía un cargo importante.

(3) Los negros criollos nacidos en el ingenio bautizaron ese baile *congo*, herencia de sus padres, con el nombre de *yuca*.

2009 Ministerio de Cultura

LA NOCHEBUENA EN PUERTO RICO

No he de meterme ahora en dibujos de moralista para determinar si la Nochebuena de nuestros padres era más morigerada y juiciosa que la nuestra, ó si resultaba, por consiguiente, más conforme con el suceso admirable y trascendental que en ella se conmemora. Quédese esta labor para los filósofos sin apetito y sin olfato que conserven la serenidad y el aplomo que nos faltan á nosotros, los pecadores, en cuanto empieza á declinar diciembre y percibimos en los hogares el olor de la canela y el retintín acompasado del almirez.

Lo más que se nos puede pedir en estos días es que pintemos el caso, como diría mi ilustre y bondadoso amigo D. José M.ª de Pereda.

Daré, pues, principio á mi trabajo con algunas pinceladas, y al final de ellas, si el tiempo lo permite, empezará la meditación.

***

¡Cómo me entusiasmaban las *trullas* de Navidad en los primeros años de mi residencia en este país! Era yo entonces un arrapiezo de catorce abriles, que no tenía ojos más que para contemplar la maravillosa variedad y hermosura de estas campiñas tropicales, ni oídos más que para recrearme en la charla hiperbólica y picaresca de los jíbaros (1), en su música insinuante y en la chistosa y disparatada inventiva de su cantar.

Habituado al paisaje montañoso y sombrío de la región más septentrional de España y al carácter un tanto retraído y metódico de sus moradores, me impresionaban muy vivamente el delicioso panorama de los campos de Puerto Rico y la espontaneidad característica de estos isleños, que conservan todavía muchas costumbres pintorescas del pueblo andaluz.

¡Qué noches de Navidad he pasado en su compañía! Desde la víspera tenía ya preparado mi *chiringo,* especie de caballejo vivaracho, *mignon,* casi ratonil, pero dotado de gran resistencia y de admirable agilidad para subir vericuetos y andar muy rápidamente por cualquier vereda peligrosa.

Nada de silla, gualdrapa ni otros arreos monumentales de la equitación. Ajustaba sobre los lomos del caballito una rodilla de hollejo de plátanos, colocaba encima un aparejo de juncos, fresco y leve, y sobre estas dos armaduras un par de banastillas de mimbres, que rematan en cincho por la parte inferior, para asegurar bien la montura al cuerpo del animal. Entre esas banastillas se sienta el jinete, dejando colgar un pie por cada lado del pescuezo del *chiringo,* y en el sobrante del aparejo, hacia las ancas, se acomoda además una jibarita cantadora y bailadora, porque era de ley que en estas caravanas de Nochebuena se cabalgase por partida doble. Así, en numeroso grupo, emprendíamos la marcha desde el obscurecer, en busca de casas de labriegos acomodados, en donde bailar, cantar y comer *arroz con perico,* manjar indispensable de Nochebuena y Reyes, aderezado con jengibre, leche de coco y melaza, amén de algunos polvos de canela, clavillos de especia ó granos de anís.

En la primera casa que encontrábamos se daba el toque de asalto con el tiple, las vihuelas y los *güícharos,* especie de calabazas huecas con rayas en el exterior, por encima de las cuales se pasa una varilla metálica produciendo un ruido infernal. Cantábamos algunas coplas alusivas al arroz con dulce, al nacimiento de Jesús y al baile que se preparaba. Si no advertíamos en seguida por el movimiento de los platos ni por el olor á especias la proximidad del obsequio, añadíamos, como á modo de indirecta, la siguiente copla:

Venga el aguinaldo
si nos lo has de dar,
que la noche es corta
y hay mucho que andar.

Después de hacer el consiguiente estrago en el *arroz con perico* y de bailar en danza íntima por espacio de una ó dos horas, nos daban ron á los hombres y mistela ó *agualoja* á las mujeres, y nos despedíamos para asaltar nuevas casas y dejar aquélla expedita á las demás *trullas* del vecindario, que no tardarían en llegar allí en busca del aguinaldo.

CARAVANA DE NOCHEBUENA, dibujo de Cuchy.

Y así se pasaba la Nochebuena en los campos de Puerto Rico, noche en que nadie dormía, y al cabo de la cual quedaban cojos los *chiringos,* roncas las cantadoras y trasnochados y completamente molidos todos los habitantes de la comarca.

***

Hoy he vuelto á la campiña después de una ausencia de veinticinco años, y observo con tristeza que van perdiendo mucho de su animación y colorido propios aquellas costumbres patriarcales.

El jíbaro, tan comunicativo y jaranero en años atrás, se trueca visiblemente en receloso y tristón. La propiedad rural se va concentrando en poder de magnates que ni siquiera viven en sus fincas, y los pobres campesinos se van reduciendo casi todos á la mísera condición de proletarios. Con la pequeña propiedad rústica va desapareciendo también el *chiringo,* que fué por largo tiempo como el apéndice indispensable del alegre morador de nuestras campiñas. Ahora la noche de Navidad suele ser para ellos tan triste como las demás noches del año, si es que no les entristece más aún el recuerdo de las pasadas alegrías, y no repiten, apenados de verse á pie, los conocidos versos del *jíbaro:*

«¡Todos diban á caballo,
y el que menos diba en yegua!»

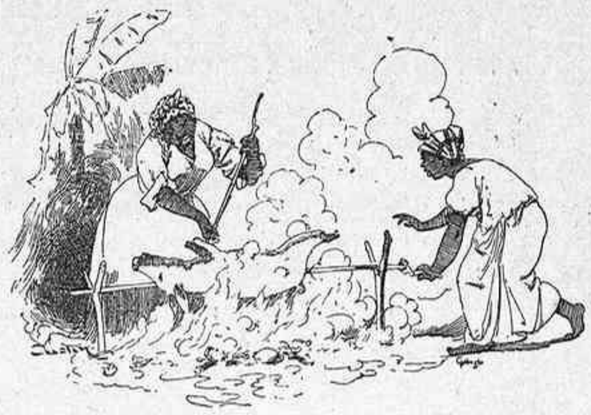
***

La Nochebuena en los grandes centros urbanos de Puerto Rico y entre gentes acomodadas no presenta rasgos característicos muy notables que merezcan una especial descripción. Empezó por parecerse á la Navidad clásica de nuestros padres en la península española, de donde se importó la costumbre, y ahora se va pareciendo á la de todos los pueblos cultos de la cristiandad, en el refinamiento gastronómico y en la tendencia más ó menos acentuada hacia el exceso en el comer y el beber.

La cultura y el cosmopolitismo del paladar es un hecho muy curioso que ejercitará largamente á los etnógrafos del porvenir. La civilización antigua tenía su principal manifestación en la indumentaria, en los juegos olímpicos, en la arquitectura, en la poesía y en el saber de legisladores y filósofos; pero la comida y la bebida dejaban mucho que desear. Nadie daría hoy un maravedí por aquel famoso vino de Chipre y aquella ponderada ambrosía que llegó á ser el trago predilecto de los dioses. El vino era de uva, eso sí; pero Pasteur no había descubierto aún la teoría de los fermentos, y la transformación alcohólica se operaba en tinajones inmundos, de una manera irregular y desaseada. Se bebía en vasos de metal, en tazas de barro y hasta en cuernos, para que no se echase de ver que era sucio y falto de transparencia. Causa horror el pensar hasta dónde hubiera ido la incontinencia de Baco, si hubiese podido beber en cristales de Bohemia el chispeante vino de Champagne, el manzanilla de Sanlúcar ó el amontillado de Jerez.

La comida era todavía peor, por lo grosera y repulsivo de su apariencia; sería jugosa y alimenticia, si se quiere; pero no incitante y tentadora en el aspecto ni en el olor. Y no hablemos ya de la edad Antigua ni de la Media: ayer mismo, como quien dice, se festejó como á un héroe y hasta se le dió un título de nobleza al inventor de la sopa de ajo.

Todavía no hace dos lustros que aquí, en Puerto Rico, se conformaban los más exigentes gastrónomos con cenar en Nochebuena algún cochinillo asado, si



es que no preferían los entonces codiciados *pasteles de hoja* ó el arroz con gallo muerto. Si después de la cena tomaban algunos tragos de lo tinto y se endulzaban el paladar con tal cual trozo de turrón alicantino, del que se parte con hacha, considerábase ya esta golosina como el colmo del regodeo pascual.

(1) Campesinos portorriqueños sin instrucción.

2009 Ministerio de Cultura

LA SERENATA, dibujo de Cuchy

repostería política. Todos aspiramos á comer, en estos días por lo menos, jamones de York, embutidos de Bolonia, queso de Roquefort ó de Mont d'Or, higos de Smirna, dátiles berberiscos, mazapán toledano, pastas de Astorga, tocino del cielo, cabello de ángel y vino de la tierra de María Santísima.

El hecho es que el paladar y el estómago se van refinando cada día más, y siguiendo así no estará muy lejos el tiempo en que la nueva generación se burle y hasta se avergüence de lo que comíamos nosotros, creyendo comer algo bueno, en celebración del nacimiento de Jesús.

***

Y terminaré aquí con algunos buñuelos de filosofía gastronómica, para que haya de todo en este revoltillo portorriqueño de Navidad.

Nunca he podido explicarme por qué la Nochebuena ha de ser noche de locuras y de excesos, y cómo para celebrar el nacimiento del Redentor, que siempre recomendó el ayuno y la continencia, hemos de echar la casa por la ventana, comer más de lo regular y á deshora, y convertir, por último, una conmemoración cristiana en verdadera bacanal.

¡La Navidad y el pavo! He aquí dos palabras bien distintas, que casi se repelen en fuerza del antítesis, y sin embargo, acuden hoy, unidas, á la mente de todo fiel cristiano, por una extraña asociación de ideas. Lo cierto es que nos conjuramos precisamente en este santo día contra esos animales, y á la voz de que ha nacido el Mesías, hacemos con los inocentes pavos lo mismo que mandó hacer el rey Herodes con los niños inocentes.

***

La intención será todo lo buena que se quiera, *ma il peccato é grosso,* como decía cierto clérigo italiano.

Por dondequiera que se mire, nuestra Navidad resulta una fiesta predominantemente pagana.

Puede decirse que esa noche todos llevamos la perseverancia en las mandíbulas y la fe en el cielo... de la boca.

Y como la costumbre se generaliza y se acentúa más y más á medida que transcurre el tiempo, no será extraño que en los futuros almanaques lleguemos á ver anunciada esta conmemoración en la forma siguiente:

Diciembre, 24, etc. *Día de fiesta y noche de vigilia con abstinencia... de templanza y formalidad. Se abre la boca y se cierran los Tribunales.*

Manuel Fernández Juncos

LA NOCHEBUENA EN VALENCIA

(EN EL PISO PRIMERO, EN EL TEMPLO Y EN EL DESVÁN)

I

La Manuela, una pobre mujer que vivía en el *porche* (1), por caridad del amo de la finca, llamaba tímidamente y pedía con llanto en los ojos que no chillasen tanto los rapaces, pues su hija, la única que tenía, estaba mala..., ¡muy mala!.., y aquellas músicas y aquellos gritos infantiles destrozaban su cráneo.

– Descanse usted, Manuela, callarán – contestó la señora del primer primer piso, y dando un pedazo de torta fina á éste, otro de casca al de más allá y de turrón á quien lo quiso, les ordenó que se largaran al patio á tocar los condenados instrumentos; allí no los oiría la enferma.

Un regimiento de soldados no hubiera movido más estruendo que aquellos diablejos movieron al bajar la escalera de dos en dos peldaños y hasta de tramo en tramo... Unos chillaban, otros reían.

El hijo mayor de la casa, un guapo mozo, y su tía, una respetable cuarentona, entraron en el piso quejándose de los codazos y trompicones recibidos en la *Plaza Redona*, á la cual designan los valencianos con el nombre de *Clot*... «Aquello era un hormiguero de gente..., no se podía dar un paso... Las vendedoras de aves, sentadas en el suelo, en una silla ó en los bancos de la plaza, gritaban como energúmenos y pedían un dineral por una gallina tísica. – Y á propósito de tísicas – dijo la tía contando sus lamentaciones, – ¿cómo está la chica de Manuela?.. ¿Peor?.. ¡Válgame Dios!.. Esa muchacha no hará muchas Navidades.»

El sobrino de la buena señora palideció un poco al escuchar aquella predicción... Se retorció distraídamente las dudosas guías de su incipiente mostacho, y aprovechando la libertad en que le dejaban todos los de la casa entró en su cuarto, sentóse ante la mesa, apoyó los codos en ella y la frente en las palmas de las manos, y dejó escapar un suspiro de aflicción, profundo, angustioso, uno de esos suspiros que se exhalan una sola vez en la vida.

Entretanto, la madre lo disponía todo para cenar, la tía mandaba al horno por la calabaza, pues dejara de ser Nochebuena para un valenciano si calabaza no comiese, y las criadas pelaban el pavo en la cocina contando cuentos ó canturreando villancicos.

Poco rato después llegó el jefe de la casa, que en vano trataba de ocultar bajo la capa la provisión de castañas tostadas, bellotas é infinidad de golosinas que compró para los chicos, quienes al verlo entrar en el patio subieron con él... Oyóse una voz que dijo: «¡A la mesa!,» y todos acudieron, menos Rafael, el hijo mayor, cuya madre tuvo que ir á buscarlo á su cuarto. Cuando volvió con él pudieron notar los demás que la pobre señora estaba algo seria y que su hijo tenía los ojos enrojecidos y pálido el semblante... La familia interrogó al joven, y él, dejando asomar á sus labios una sonrisa forzada, contestó:

– ¿Creeréis que me había dormido?

II

La Nochebuena se celebra en Valencia del mismo modo que en otras capitales; pero en ninguna con tan franca alegría como allí, sin duda porque sus hijos son de carácter expansivo, y como ellos mismos dicen, *festero.* La cena es de ayuno y muy pocos se permiten empezar el pavo aquella noche... Lo que nadie olvida es la *carabasa al forn*, la enorme calabazona que, partida en dos mitades, es cocida en el horno sobre una hoja de lata y sabe á mieles y gloria... Los ricos y la clase media la mandan cocer para ellos, los pobres la compran cocida ya, bien en la plaza ó á la *carabasera* que va por las calles voceando su mercancía, la cual vende en pequeñas porciones, á rajas, como en Madrid y en Barcelona venden los melones... Las familias se unen para pasar la noche jugando á juegos de prendas, cantando, bailando y riendo alegremente hasta que suenan en el reloj los tres cuartos para las doce, hora de acudir á la *Misa del Gall.*

La multitud invade las iglesias.. Por lo regular, cada cual va á la más cercana, y bien se comprende, por los sencillos trajes de muchas señoras, que si van á misa aquella noche es debido á que al otro día precisa mangonear mucho en la cocina y no queda tiempo para salir de casa... Mas, á pesar de la algazara, enemiga de la devoción, con que acude la gente joven, y á pesar de que algunos gastan pesadas bromas, por ejemplo, echar tinta en la pila del agua bendita para que los feligreses se pinten dedos y cara, aún hay quien asiste á la Misa del Gallo porque halla en ello uno de los goces más puros del alma... Aquella noche el organista procura lucirse, y es cosa de creerse transportado á los cielos cuando por aquellas bocas de metal salta un torrente de notas que repercuten en las capillas y flotan y vibran en los ámbitos del templo. Uno de esos suaves sostenidos en que la voz va adelgazándose poco á poco y suena al fin como un eco de algo que se aleja ó de algo que se extingue, embarga y suspende el ánimo; y cuando ese mismo hilo de voz toma cuerpo otra vez y exhala una de esas modulaciones que semejan un sollozo tierno y conmovedor, como de alma enamorada que vagase triste y sin norte por el espacio, las lágrimas acuden á los ojos, el corazón se dilata y los labios formulan una oración.

Para sentir tan tiernas emociones acude bastante gente á la Misa del Gallo; pero son los más aquellos que se permiten la licencia de hablar en voz alta; son los más aquellos que van á ver los rostros divinos de las hijas de aquella mi adorada Valencia, paradisíaco verjel, cuyas flores tienen el perfume de los suspiros de las bellas y del cual dijo nuestro inolvidable Zorrilla que es

> «... la florida puerta del cielo,
> el balcón por donde abre la aurora el día.»

Al salir de la Misa del Gallo y dentro aún del templo algún individuo lanza sonoro quiquiriquí... Tal cual grupo de jóvenes alegres se aleja cantando villancicos y lo que no lo son... Los muchachos dan de mano á las zambombas y panderetas, y no faltan tampoco quienes, acreditando en mal hora que los hijos de aquella bendita tierra tienen la sangre ardiente y el genio pronto, ven amanecer el día de Navidad en la casa de socorro ó en las Torres de Serranos (1).

III

Rafael salió de casa con su familia á las once y media para dirigirse á San Martín, iglesia en la cual, según consejo de un amigo inteligente en música, debían oir la Misa del Gallo... El joven confesó, una vez en la calle, que tenía hecha formal promesa á unos amigos de reunirse con ellos en la catedral... Sus padres diéronle permiso para ir á cumplir su palabra, y el joven, dando media vuelta, tomó... no el camino de la catedral, sino el de su propio domicilio. Entró en el patio de éste, subió precipitadamente la escalera, llegó á la puerta del desván y se detuvo... A través de las rendijas salían los débiles destellos de una luz... En aquellas alturas no se escuchaba el más leve rumor de la algazara propia de tal noche... Rafael miró al interior del mísero cuartucho por el ojo de la cerradura... y un calofrío estremeció su ser... En aquella estancia no había más muebles que dos sillas, una mesa, una máquina de coser, un cesto con ropa y la cama, y en aquella cama... un ángel, sí, un ángel de cabellos blondos y rizados, un ángel cuyo rostro estaba pálido como blanco lirio marchito, y cuyos labios, entreabiertos y secos como los de un sediento, se contraían de vez en vez dolorosamente... Aquella infeliz joven apenas contaría diez y ocho años... Sus grandes ojazos azules, todos pupila, fijaban su calenturienta mirada de triste expresión en una estampa de la Virgen... A intervalos una toseci-

(1) Desván.

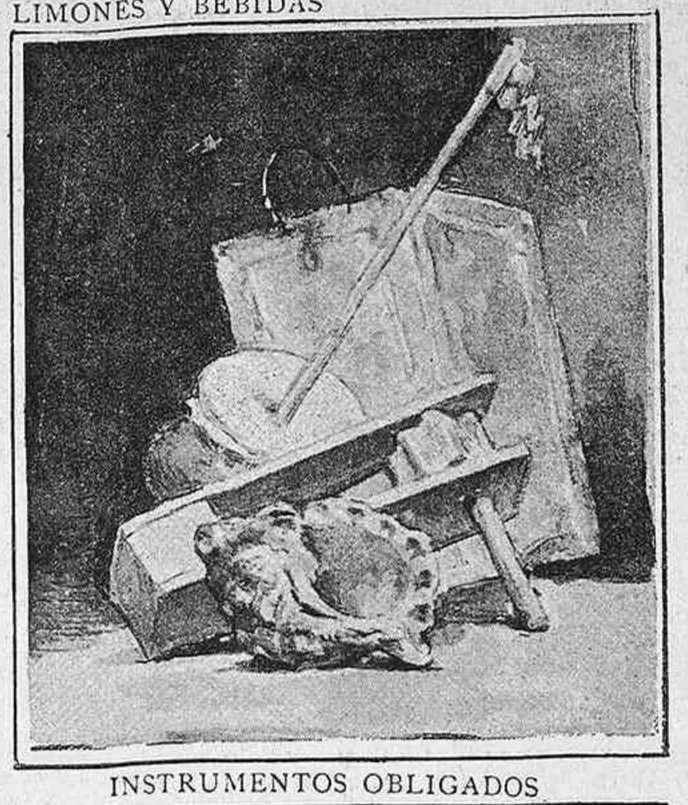
(1) La cárcel.

2009 Ministerio de Cultura

POR AGUINALDOS

PUESTO DE LIMONES Y BEBIDAS

EN LA HUERTA



INSTRUMENTOS OBLIGADOS

EL MERCADO

LA MISA DEL GALLO

LA NOCHEBUENA EN VALENCIA, dibujo de Germán Gómez

2009 Ministerio de Cultura

LA NOCHEBUENA EN GUATEMALA, dibujo del artista guatemalteco D. Manuel Rivera Cabezas

lla débil..., tan débil que casi no parecía tos, destrozaba su pecho, y entonces la madre de la pobre niña apresurábase á incorporarla en el lecho, á estrecharle las manos..., ¡á besarla en la frente, mientras el llanto rodaba por sus mejillas!.. ¡Pobre mujer!.. Considerad: ¡No tenía otra cosa en el mundo que aquel ángel tan puro como el sueño de una Virgen!

Rafael seguía junto á la puerta, inmóvil, con la mirada fija en el lecho y conteniendo la respiración, temeroso sin duda de ser oído... ¡Dos semanas llevaba haciendo lo mismo cada noche! Cuando todos dormían en su casa, él se entregaba á aquella dolorosa contemplación; y al regresar á su cuarto, iba con el semblante lleno de lágrimas y cubierto de mortal palidez... ¿Por qué no entraba en el desván? Porque tenía conciencia, porque era preciso contener los impulsos del corazón... Él había visto á aquella desgraciada bajar y subir por la escalera, la había saludado..., se habían sonreído... y nada... nada más. Después la soñó... Después la quiso con toda su alma; pero ella está ya enferma, y él, que tanto la quería, calló su amor, comprendiendo que la joven iba á morir pronto, ¡muy pronto!, víctima de aquella condenada máquina, de la falta de alimentación y de los sufrimientos morales que minaban más y más su pobre naturaleza... ¿Qué podía hacer él? Nada. ¿Qué podía ofrecerle? Nada... ¡Oh, si se hubiera atrevido á hablar con su padre de aquel fuego que sentía..., de aquel amor!.. Pero era inútil intentarlo; lo sabía muy bien, y por eso callaba..., ¡callaba, esperando entre mortales angustias el triste fin de la desventurada niña!

Aquella noche estaba peor que nunca... Su madre vertía triste lloro y ella la acariciaba, mirando al cielo, como si dijera: «¡Allá nos encontraremos, madre mía!» Un golpe de tos sofocó á la enferma, hizo ésta un esfuerzo para decir algo, se llevó las manos al pecho y algunas gotas de sangre mancharon sus labios. Después... ¡silencio sepulcral!.. La anciana sollozaba, estrechando á su hija fuertemente. ¡Ah! ¡Cuando al fin la soltó, aquel cuerpo virginal desprendióse inerte de sus brazos!..

– ¡Socorro!.. ¡Vecinos!.. ¡Hija mía!.. ¡Se muere mi hija!, exclamó la pobre mujer... Y corrió á la puerta, la abrió temblando, dió un paso... y se detuvo sorprendida... El señorito del segundo piso, apoyado en la pared, sollozaba dolorosamente, teniendo el pañuelo entre los labios y vertiendo un raudal de llanto.

– ¡Rafael!, exclamó la anciana.

– ¡Angela amada!, murmuró el joven con infinita amargura.

E instintivamente aquellos dos seres, heridos por una misma desgracia, se abrazaron con efusión, á tiempo que subía por la escalera la familia de Rafael caturreando á coro y entre alegres risas:

«Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad...»

– ¡Noche... buena!, murmuró Rafael entre sollozos. ¡Ah! Noche de llanto es esta, cuyo recuerdo jamás se borrará de mi mente... ¡Pobre Angela!.. ¡Pobre amor mío!

Luis de Val

LA NOCHEBUENA EN GUATEMALA

Guatemala, como todas las ciudades y pueblos de América y de Europa, celebra la Nochebuena con festejos y jolgorios que pueden considerarse como de carácter cosmopolita y con fiestas y ceremonias de color puramente local.

¿A qué hablar de los primeros si en todas partes se parecen? Con decir que se come y se bebe y se baila y se trasnocha para asistir á la Misa del Gallo queda consignado cuanto sobre esto decirse pueda.

Veamos, pues, lo que es genuinamente guatemalteco, describamos, bien que á grandes rasgos, las costumbres verdaderamente indígenas, empezando por los *nacimientos,* en los cuales hay mucho de lo que en ellos vemos en todas partes, pero algo también que es característico de Guatemala.

En conjunto, un *nacimiento* es en Guatemala lo mismo que en otras localidades: un retablo que representa un paisaje más ó menos auténtico de Judea con sus montañas y su riachuelo que desemboca en modesto lago, sus pastores y sus rebaños, todo sirviendo de marco y de accesorios al nacimiento propiamente dicho, ó sea al rústico portal donde se ve al Salvador acostado sobre humildes pajas, teniendo á su lado á José y á María y detrás al buey y á la mula tradicionales. Las figuras son buenas esculturas de madera, si se trata de un retablo de *casa grande;* pero si es de gente pobre ó del pueblo, son de barro ó de trapo, trabajadas con suma habilidad por los indígenas de la antigua Guatemala.

La particularidad de los *nacimientos* guatemaltecos está en primer lugar en el modo de adornarlos con hojas de *pacaya,* rosarios de manzanillas, racimos de naranjas, *guiscoyoles* y otras frutas del país, y en segundo y principal término en el afán que muestran sus confeccionadores por representar en ellos escenas y personajes modernos y por ridiculizar las costumbres y la vida política del país, exponiendo á las sátiras de los que los visitan á los altos empleados y aun á los ministros de la nación.

El *acabo de novena,* ó en otros términos el sarao, la *tumbarria* ó el *rumbo,* es la fiesta que se celebra el último día del novenario del Niño Dios. Nueve días pasan los concurrentes rezando devotamente el rosario y la novena, y en el último, después de concluirse los rezos, los dueños de la casa suelen obsequiar á sus contertulios con barquillos, agua de canela, horchata y otros refrescos. Terminado el piscolabis, empuña la guitarra algún *tocador,* y acompañado de muchachos que tocan pitos de agua, tambores, triángulos y *chinchines,* puntea un *son* á cuyo compás bailan un zapateado las *mengalas* y los de chaqueta y á veces también las de túnico y los de levita.

Las *posadas* son procesiones que durante nueve días se celebran á las siete de la noche en la Parroquia Vieja: la Virgen y San José son conducidos en andas, acompañados de *alumbradores* y gentes devotas que cantan coplas sagradas alusivas al nacimiento del Mesías. Cada día van á distinta casa á *pedir posada,* y después de ceremonias tiernas y sencillas la casa se abre y allí *pasan la noche los señores,* como dicen los *chapines.* El último día, ó sea el 24 de diciembre, la procesión se dirige al templo de la Parroquia Vieja, cuya plaza presenta alegre y pintoresco aspecto por la gran concurrencia que allí acude y por los puestos de *batidos, tamales,* buñuelos y otras chucherías que en ella se levantan. Esa noche la procesión entra á las doce, hora en que comienza la popular Misa del Gallo.

Dos palabras, para terminar, sobre las *sarabandas:* éstas son orquestas de indios, compuestas por lo general de arpas y violines con que los naturales tocan melancólicas piezas indígenas, casi siempre á las puertas de los templos.

He aquí descrita la parte típica de la Nochebuena en Guatemala, que fielmente ha reproducido en su dibujo el muy distinguido artista guatemalteco señor Rivera. – X.

2009 Ministerio de Cultura

LA NOCHEBUENA EN BUENOS AIRES, dibujo de Vaamonde

LA NOCHEBUENA EN BUENOS AIRES

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir...

Y ¡cómo ha de ser noche de dormir!.. El termómetro marca la friolera de 30° (temperatura capaz de *dar calor* á cualquier fiesta) y el enjambre de bichos de todos tamaños, ya grandes y pesados, ya esbeltos y de brillantes colores, un verdadero museo viviente molesto y animado, presagia tormenta, y la presagia de un modo atroz: ora sentando sus reales en la humeante sopa; ora llenando las blancas cuartillas que la pluma ha de *arar* para abrir el surco que requieren las ideas al ser trasladadas al papel; ora, y ahí se ceban y mueren, pegándose al tubo del quinqué casero, ó dejando más inservibles que de costumbre los faroles del alumbrado público; ora, en fin, zumbando, picando y ensañándose con nuestra epidermis... ¡Qué noche!.. ¡Nochebuena!

Así lo ordena el calendario, así lo consagra la tradición, y obedeciendo á uno y á otra decimos «hoy es la Nochebuena,» pero no lo notamos.

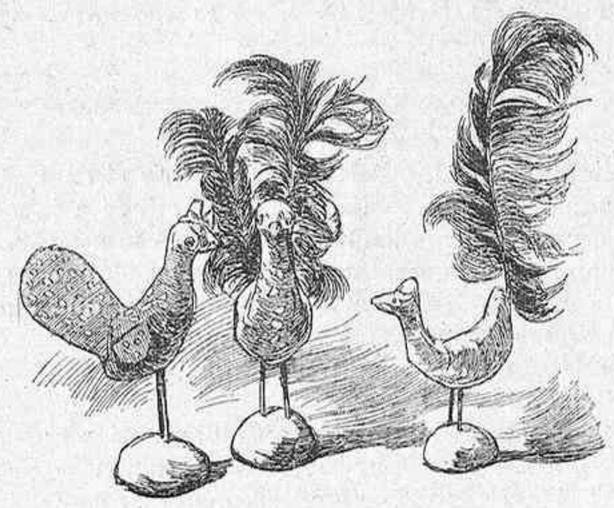
Y es que Buenos Aires no la celebra con el estruendo que la celebran Madrid, Sevilla, Barcelona, etc. Al arrancar la hoja del almanaque de pared, y al ver suplantado por un 24 el 23 que arrojamos indiferentemente á la papelera, el corazón nos da un vuelco, y es que al arrancar la hoja nos entregamos de lleno á los recuerdos y comparamos.

Nada de oir retumbar en nuestros oídos el *zum zum* de las zambombas, el repiqueteo de las castañuelas, el rasgueo de guitarras y bandurrias, el bullicio aquel tan característico en Nochebuena, tan *único* y tan español...

El poco bullicio que notamos en Buenos Aires es hijo indudablemente del cosmopolitismo. No hay uniformidad en la manera de celebrar fechas.

Junto al aparatoso *árbol de Navidad*, que en tal ó cual fiesta social atrae la atención del mundo elegante y de sus pequeñuelos, y en la casa del lado, si á mano viene, encontramos una familia modesta, española, inglesa ó francesa, que celebra á su manera, al estilo de su país y sin exterioridad alguna, la memorable y tradicional fiesta. Pero todo queda en casa; nada de ruidosas exterioridades. A lo sumo, la Misa del Gallo, con mucha suntuosidad y tanta algazara como falta de fervor. Después... nada. Desiertas las calles, animados algunos hogares. Allá en los suburbios (en las *orillas*, decimos en esta tierra) alguna vieja, apegada á las costumbres de antaño, celebra sigilosamente y para solaz de sus relaciones la iluminación de un *nacimiento*. Y ahí está lo típico, lo raramente típico, lo que desaparece y lo que, repito, sólo alguna vieja *china* conserva incólume á pesar de la avalancha de *gringos* innovadores que cada día cambian las costumbres que fueron...

El *nacimiento* es algo imposible de definir y analizar. Una mesa cubierta con blanco (ó verde, no importa, y mejor si es verde) mantel. A un lado una



maceta; y ya tenemos un bosque. Más allá un San José, una vaca, una cuna y un Niño Jesús. Verde musgo cubre el piso que es atropellado sin piedad por un *gaucho* recortado de una caja de fósforos... Unos hilos no invisibles sujetan á la altura del cielo unas nubes de algodón en rama,... y así por el estilo.

El cuadro no puede ser más pintoresco, ni tener más color.

Bien que por lo general, la ya inverosímil heroína del *nacimiento* que hemos descrito es de color cobrizo ó negro retinto. El *nacimiento* se remoja por parte de los concurrentes con caña ó ginebra. ¿Guitarras?.. No faltan, y por ende no escasean *milongas*, *tristes* y otros sentidos cantos populares.

Y á propósito de ginebra, bebidas y comestibles. Los mercados *funcionan* toda la noche, lo propio que los despachos de bebidas, unos y otros adornados con verde follaje y alumbrados á la veneciana... Lo que es en cuanto á comer y beber, puede decirse que se come y se bebe mucho. Claro que los que hacen una *recorrida* salen luego por esas calles cantando y vociferando... Pero son pocos; el calor asfixiante quita ánimos al más pintado.

A las tres de la madrugada el movimiento es nulo.

Anímanse los *restaurants* con las *parejas* ó pandillas que en coche descubierto han ido á Palermo, el hermoso paseo y jardín, á respirar y á tomar refrescos, y... nada, absolutamente nada más.

La Nochebuena es una de tantas noches. Si quitamos la Misa del Gallo, el ya rarísimo *nacimiento* y el mayor consumo de comestibles y bebidas, no encontramos nada que llame públicamente la atención.

Los poetas sentimentales no nos pueden hablar de niñas muertas de frío y de hambre. El calor por una parte, y por otra la abundancia, ó á falta de ésta el desprendimiento natural de esta tierra, hacen desaparecer los cuadros tétricos de la vista del espectador.

A lo sumo hallamos en los diarios alguna noticia concebida en estos términos: «Ayer el termómetro marcó 30°...»

¡Buena *Nochebuena!*

Y vaya este boceto á codearse con otros más animados y descritos por mejor pluma, y resultará pobre é insignificante...

Correrá parejas con la noche del 24 en Buenos Aires.

Enrique Coll

LA NOCHEBUENA EN GUIPÚZCOA

A mi amigo el ilustre vascófilo
D. Antonio Arzac.

Guipuzcoano de la clase de ridículos por los tiempos que corren y nos corroen, vivo hace treinta años en Madrid, con el pensamiento fijo en San Sebastián, mi pueblo, sumido en los horrores de una nostalgia que sólo un trabajo incesante mitiga durante

2009 Ministerio de Cultura

el invierno, y desaparece por completo en el verano, cuando dejo la corte y sus penumbras y respiro el aire libre en mi ciudad natal.

Pero hay en todo el año una noche para mí famosa y temible; noche en que la nostalgia me ataca despiadadamente y me destroza el alma y el espíritu; noche en que, á pesar de hallarme rodeado del afecto de todos los míos, tengo que rendirme á discreción, inepto para luchar contra recuerdos que constituyen obsesión implacable y dolorosa.

Esa noche es la del 24 de diciembre, la Nochebuena. El ruido de tambores, rabeles y zambombas que atruena las calles y plazas de Madrid; la feria de la plaza Mayor y de Santa Cruz, con su pantagruelesco mercado y sus clásicas panderetas; el bullir de los grandes, el correr y gritar de los chicos; todo ese clamoreo informe de muchedumbre alegre y satisfecha que corre á buscar indigestiones para conmemorar la Natividad de Jesús, me recuerda mi país, mi pueblo, mi gente.

Y en medio de la animación popular me encuentro más aislado; el estrépito de la multitud me suena á hueco, y la algazara de una ciudad, el jolgorio de un pueblo ebrio de alegría, vienen á ensanchar cruelmente el vacío de mi corazón.

Entonces me repliego sobre mí mismo, me autosugestiono, y mi único consuelo es llamar á la *loca de la casa,* la cual acude en mi auxilio, me arranca de la corte y, en alas de la fantasía, me traslada inmediatamente á San Sebastián.

***

Acaba de anochecer: los pescadores, los únicos ausentes sempiternos, los de la diaria preocupación, han vuelto de la pesca del besugo y se hallan en sus hogares del barrio de la Jarana.

La población – la antigua, la de las murallas – parece yerta de frío. No suenan zambombas ni da dentera el chirrido de los rabeles, como en Madrid.

De vez en cuando se divisan pequeños grupos que van y vienen por las calles y desaparecen en un portal. Y las sonajas de la panderas suenan *pianísimo,* y la luz de los faroles baila fantásticamente en las aceras y en el arroyo.

Las familias cenan alrededor de la mesa, donde el besugo hace el principal gasto. De pronto llaman á la puerta, ábrese ésta de par en par y la claridad de un farol enorme alumbra uno de los grupos que poco há transitaba por las heladas calles.

– *¡Aguilando!*, clama una voz.

Y acto continuo, la voz canta, acompañada en unísono por las demás del grupo.

Cantan en vascuence aires de circunstancias, en tiempo de *Zortziko,* lento y solemne, que acentúa la pandera marcando el ritmo con vigor.

A veces la canción tiene un estribillo, caso en el cual la *soprano* del grupo entona el *aria*, en cuyo final se desploma el coro con entusiastas acentos. Todo ello termina con un *¡aguilando!* feroz, gritado por toda la masa.

En general, la gente del muelle y los niños y niñas, estos últimos formando siempre grupos aparte, se lanzan al idioma castellano, vocalizando desatinadamente y estropeando la prosodia, con la siguiente canción:

Esta *noche* es Nochebuena
Y no es *noché* de dormi-i-i-ir
Lá Virgen *ésta* de pa-a-arto
Y á las *dosé* ha de pari-ir.
Y dijo Melchor:
Toquen, toquen los *istrumensillos*
¡Qué alegre es el mundo,
Canásido Dios!

Nada puede dar idea de la belleza de esta melodía popular (que reproducimos al final del artículo), impregnada de una dulzura y de una sencillez admirables, y que se canta acompañada únicamente por la pandera acentuando la corchea y las dos negras del compás.

***

La noche avanza lentamente. Los grupos de mujeres, de niñas y de niños han verificado sus rondas, han penetrado en las casas donde hay nacimientos, los han visto y se han llevado gozosos el clásico *aguilando*, como ellos dicen anagramatizando el sustantivo español.

Y la voz de *¡aguilando!* resuena otra vez, entonada ahora con acento ordinario y robustísimos pulmones.

Abrese de nuevo la puerta y, á la luz del farol, se divisa nuevo grupo compacto, oscuro, sombrío, que adquiere en las penumbras del descansillo de la escalera caracteres de tétrica aparición.

Son los aldeanos, los *caseros*, como allí los llamamos todos. Vienen envueltos en sendos *kapuzayes*, hopalandas de paño burdo que caen hasta las rodillas y se sujetan á la cintura con una cuerda.

Un inmenso capuchón tapa la cara y deja solamente al descubierto los ojos, que brillan á la tenue luz del farol, como fulgura de noche la mirada de los lobos.

Y los caseros cantan, siempre en vascuence y con voces que se arrastran con deliciosas vocalizaciones, aires vascos de un sabor áspero y especial, sin ritmo, ni compás, ni armonía; melodías de imposible anotación que traen el frío ambiente del campo, y se exhalan de la garganta ruda del aldeano, esparciendo aromas de planta silvestre arrancada á la dormida vegetación.

Si el aguinaldo cae, la turba canta agradecida una canción que termina así:

Echiontako echekoandriak
Ama Virgiña diruri.
(La señora de esta casa se parece á la Virgen.)

Pero si cualquier desplante del grupo se ha opuesto á la prodigalidad de la *echekoandre*, entonces los caseros aullan:

Echiontako echekoandriak
Diabru zarra diruri.
(La señora de esta casa parece un diablo viejo.)

Este final, en caso de negativa de aguinaldo, es el de rúbrica; pero raras veces lo emplean los indignados caseros, sino que hay que taparse los oídos para no escuchar los horrores que salen de aquellos labios contra la señora de la casa, contra la *echekoandre.*

A las nueve y media ó las diez, engullido el besugo, los nacimientos se apagan, dejando oir el murmullo del agua que corre por los diminutos arroyuelos.

Si la noche es de calma, la ciudad duerme sin que se perciba su respiración. Si la noche es de viento, el vendaval zigzaguea por las angostas calles, mugiendo tristemente, como perro que olfatea la muerte con lúgubres ladridos.

Todo el mundo á la cama. Los grandes reposan, los niños sueñan. ¿Con quién? Con *Olentzaro begui gorri* (Olentzaro el de los ojos encarnados).

¿Quién es este fantástico personaje?

¿Arranca de alguna leyenda?

Nada de eso; ni leyenda ni personaje.

Olentzaro es corrupción de *onentzaroa* (la mejor noche), que Larramendi traduce *Nox Nativitatis Domini,* de lo cual se deduce que el vocablo compuesto significa la Nochebuena.

¿Y *begui gorri?* No es fácil hallar la relación exacta que pueda existir entre unos ojos colorados y la clásica noche de Navidad.

¿Serán la antonomasia del besugo por los ojos encarnados del sabroso pez?

Una lógica asociación de ideas habrá unido tal vez los susodichos ojos á la noche de *onentzaro*, convirtiendo ésta en *olentzaro* y á éste en personaje de fantasía, con el aditamento de la vista roja.

Sea de ello lo que quiera, el caso es que *Olentzaro begui gorri* existe en la mente de los chicos cuando llega la noche de Navidad, y que esa denominación sintetiza elocuentemente la naturaleza, el carácter indígena de la Nochebuena en la capital de Guipúzcoa.

***

Saliendo de la ciudad y entrando en el campo, la celebración de la Nochebuena se reduce á la cena tradicional con que los *caseros* rompen la monotonía del manjar diario, cantando además las alabanzas de Cristo, en aires populares originalísimos, que repercuten en las fragosidades de los montes y cuyo origen se pierde en la oscuridad impenetrable del *folklore* éuskaro.

No sé hasta qué punto se conservan en los caseríos de Guipúzcoa las tradiciones de la Nochebuena. La capital las ha perdido completamente al ensancharse y tomar el aristocrático color que hoy le distingue, como corte veraniega, entre todas las de España.

Hoy la Nochebuena se reduce á ostentar las familias pudientes que tienen niños en casa magníficos nacimientos, en los cuales se gasta un dineral.

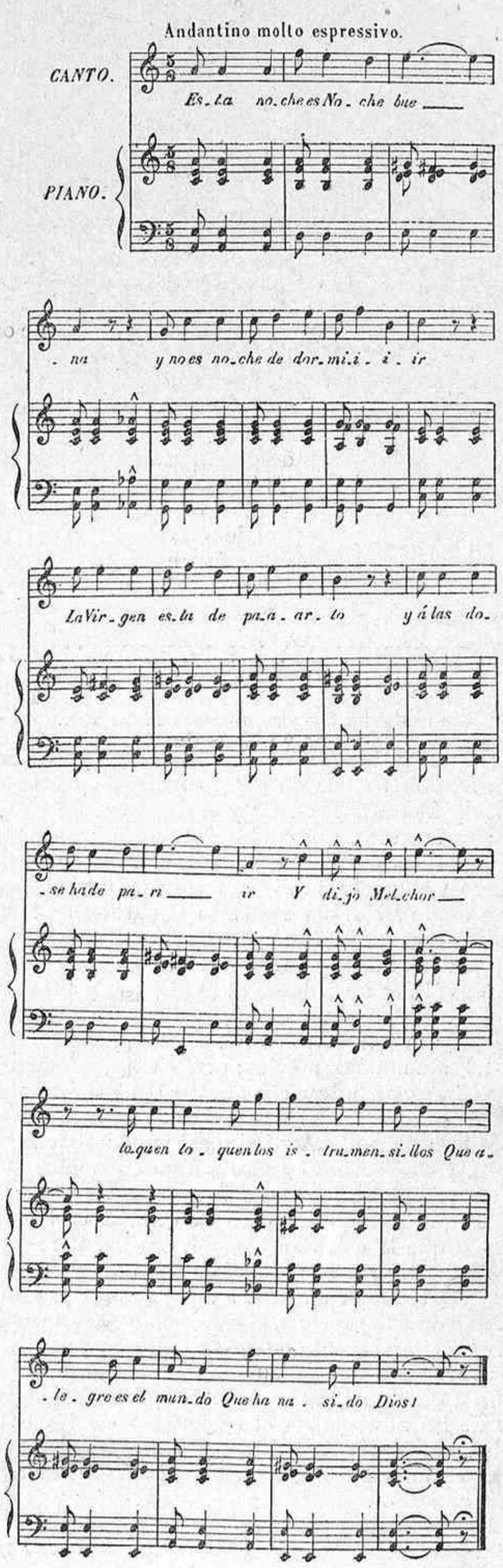
Hay pequeñas orquestas que recorren las calles y postulan *pro domo sua*, muy diferentes á la que en 1865 se formó con jóvenes distinguidos de San Sebastián con el objeto de reunir fondos para ayudar á Santander, donde el cólera hacía estragos.

Endosaron entonces los citados jóvenes el *kapuzay* de los *caseros* y recorrieron la población y visitaron las casas, cantando y pidiendo una limosna para las familias que el cólera había dejado en la miseria.

La cuestación dió magníficos resultados, y aquel año la Nochebuena fué en verdad *onentzaroa* (la mejor noche), puesto que se honró al Salvador de los hombres practicando una de las virtudes más sublimes recomendadas por El en sus predicaciones: la Caridad.

La Nochebuena, en suma, patrimonio ayer de todos, es actualmente en San Sebastián, como en todas las capitales y poblaciones de alguna importancia, diversión de niños, y representa para ellos la figura brillante de un espléndido cotillón.

Y hasta el aldeano, á quien las vías de comunicación y los clamores de la prensa mantienen en comercio constante con todo el país, ha perdido mucho de la leyenda que le rodeaba como una aureola de inmaculada honradez y de patriarcales costumbres, y se acerca cada vez más al tipo humano que Zola ha pintado con tan terribles colores en *La Terre.*

Por eso, cuando llega en Madrid la noche del 24 de diciembre, mi nostalgia se aviva con el recuerdo del *Olentzaro begui gorri*, y me aferro tanto más á ese recuerdo, cuanto que el gran *Olentzaro* hace hoy reir á los niños y despertaba en mí, hace cuarenta años, emociones indefinibles que el transcurso del tiempo no ha podido ni podrá nunca borrar.

Mientras los rabeles, los tambores, las panderas y las zambombas escandalizan á todo Madrid en la Nochebuena, yo me sentaré al piano y cantaré con lágrimas en los ojos:

Y dijo Melchor:
Toquen, toquen los *istrumensillos*
¡Qué alegre es el mundo
Canásido Dios!..

Antonio Peña y Goñi

2009 Ministerio de Cultura

CRÓNICA DE LA CAMPAÑA

Horcas Coloradas, 7 diciembre 1893

Acampados en este valle estrecho, arrullados por el mar, que nos habla de la Patria, y en lo alto, las crestas del Gurugú, que nos pregonan la existencia de razas batalladoras y fieras, la vida se desliza aquí con unas energías y un contento por todo extremo agradables.

Intuitivamente, el soldado aprecia y saborea esos dos grandes sentimientos y esos nobles impulsos.

Ante mis ojos se extiende el campamento: cabalmente los batallones que se ocultan bajo las tiendas del frente pertenecen al cuerpo de ejército de Cataluña, Cazadores de Figueras y de Barcelona; regimientos de Albuera, de Luchana, de San Quintín y de Asia: en la cresta están los valencianos, Mallorca: al frente los madrileños, Canarias y Wad-Ras; y á la derecha los andaluces y castellanos, Pavía, Toledo, Cuba y Cataluña.

Por todas partes ecos de la madre tierra, nombres gloriosos, cánticos del fiero catalán, del tozudo y noble aragonés, del burlesco madrileño, del andaluz decidor y alegre... ¡Qué hermoso es vivir en el riñón de la raza, palpitando con sus arranques y teniendo delante y á la espalda los ideales de la tradición y los impulsos del hogar santo!

Hasta ahora no se ha disparado un tiro por el ejército que rige el insigne Martínez Campos. Se construye el fuerte de Sidi-Auriach, afianzando así el derecho de España; se espera al brazo el arma, para representar la fuerza y la prudencia de la patria, y todo el mundo, desde el recluta al generalísimo, tiene fe en la causa, conciencia de su valía, coraje y perspicacia suficientes, lo mismo para acometer si se nos agravia, que para castigar ó permanecer quedos si así se dispone.

Los moros andan retraídos; unos dicen que se ocupan en las faenas de sementera, otros aseguran que nos temen. El hecho es que sólo se ven, desde la meseta de Sidi-Auriach, cruzar de Frajana á Mazuza, arreando el pequeño asno, en bandolera el fusil, esbeltos, majestuosos, despreocupados, como si nada hubiese ocurrido los días 2, 27 y 28 de octubre.

Españoles estar farrucos; moritos querer paz. Esto dicen ahora; hace 15 días decían, gritando desde los bordes del foso de nuestros fuertes: *Cabo de guardia salir, que morito ser farruco y español estar gallina.* Con estas frases en la mente, frases que si bien se mira sintetizan la conducta anterior y presente de esos bárbaros rifeños, todo el mundo se pregunta: si no se les castiga y nuestro ejército regresa á España sin haber hecho patente su bizarría, ¿volverán esos salvajes á sus fierezas y mañas de antaño?

***

La vida se desliza aquí con la normalidad que ostenta siempre un ejército organizado. Cerca de 20.000 hombres, agrupados en la zona comprendida entre el Polígono y la plaza, trabajan, se adiestran y realizan las funciones todas de la profesión.

Las brigadas que no están de facción en Sidi-Auriach, tiran al blanco ó hacen instrucción como si estuvieran en Carabanchel.

El servicio se realiza con los rigores que se exige al frente del enemigo. Todo el mundo, desde el general en jefe al soldado, viven bajo la tienda, comen lo que hay, beben lo que pueden, y sólo tienen acopio abundantísimo de buen humor, de entusiasmo y de orgullo.

Cuando al caer la tarde regresan las tropas al campamento y comienzan á iluminarse los conos de lona, que semejan luciérnagas de opacos resplandores, se ve bajo las tiendas, á unos escribir, á otros limpiar sus arreos, á los de más allá bailotear al son de una vihuela, cantar en coro á los otros, y en todas partes poesía, jácara, animación y estruendo.

Nadie diría que aquella gente ha comido frugalmente, ha dormido en suelo duro y humedecido por la lluvia, ha trabajado durante diez horas seguidas.

Y es que, sin género de duda, el vigor y el aliento de la raza existen en su total integridad, sobre todo cuando se les sabe despertar con una aspiración noble, con un ideal de raza, con un arranque de enojo patrio, como supone y entraña el problema planteado por los bárbaros del Rif sobre las mesetas de Sidi-Auriach y al pie del fuerte de Cabrerizas Altas.

***

Ayer tarde fuí á ver el famoso fuerte, teatro de los tristes sucesos acaecidos durante los días 27 y 28 del pasado.

Desde lejos blanquean y resplandecen sus almenados torreones. Desde cerca el ánimo se entristece recordando las vidas sacrificadas por las balas de esos montaraces enemigos. Delante de la puerta del fuerte, dos crucecitas de palo marcan las sepulturas de dos valientes: en el foso, en una sola tumba, yacen otros ocho valerosos soldados... Frente á la puerta, cerca de la garita, el sitio donde cayó el infeliz general Margallo; en todas partes recuerdos luctuosos, remembranzas de duelo y de amargura.

Tuve el gusto de contar los blancos hechos en el lienzo del fuerte principal, trozo comprendido entre la puerta y el torreón NO. Pasan de 50 los impactos que se observan. En una puerta chapada que se sacó de sus goznes para que tapara una tronera durante la mañana del 28, se ven 18 balazos; en los lienzos laterales, en las almenas, en los bordes del foso, se observan también huellas del certero fuego.

Un soldado, testigo y copartícipe en los sucesos, me decía que el fuego salía de las cañadas vecinas, sin que apenas se viesen los moros. Solamente se vió un grupo de unos 500 que tuvo la osadía de coronar la cresta de la Cañada de la Muerte, como se llama á la más inmediata á Cabrerizas Altas.

La tribulación de los primeros instantes pudo engendrar exageraciones en cuanto al número é importancia del enemigo, que ha señoreado nuestro campo durante un mes. Pero de cualquier modo, fuerza es convenir, luego de ver el terreno, que el tiro de aquellos fieros andrajosos era certerísimo, á mansalva y admirablemente aprovechado.

***

El hermano del sultán continúa en Frajana dedicado á su tarea de apaciguar rifeños, valiéndose del eterno procedimiento marroquí de «divide y vencerás.»

Desde este ejército nada sabemos de notas diplomáticas, ni de cabildeos ni monsergas de cancillería.

Por eso mientras las operaciones no comiencen, si es que comienzan, me dedicaré á trazar cuadros de esta hermosa vida militar, cien veces más bizarra y de más robustos tonos que la vida militar de guarnición.

JOSÉ IBAÑEZ MARÍN

LOS SUCESOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

VI

Si de lo que se ha escrito del asunto de Melilla durante las últimas dos semanas, procura alguien extraer la esencia imparcial y severamente, se hallará la triste corroboración de todas las amarguras que ya apunté en mis anteriores crónicas: esta crónica no puede ser larga de ningún modo; sería un calvario lleno de cruces, y cada cruz la conmemoración de algo que no nos honre.

¿Qué se puede decir? Que las tropas continúan en Melilla tranquilamente, que siguen las obras del Sidi-Auriach, que se simulan batallas en el campamento, ya que no las hay de veras, y que estas luchas de mentirijillas son para obtener más tarde el resultado práctico de que en alguna ocasión las tropas, si hay lucha de verdad, se vean en apuro doloroso por falta de municiones... Y no continuaré comentando esto, porque me pudieran contestar al instante que ese caso es imposible que llegue, contándose como se cuenta con la previsión y pericia del gobierno, y me recordarían las pruebas que ya dió de saber evitar los conflictos previniéndolos oportunamente.

La gran epopeya – no sé qué otro nombre darle que resulte de más resonancia – ha sido el *ultimátum* que se remitió á Mohamed Torres por Martínez Campos, en que se le exigían no sé qué número de cosas: una fuerte indemnización, el castigo inmediato de los rifeños promovedores de la guerra, la entrega de trece mil fusiles que se suponen en poder de las kabilas y la rectificación de la zona neutral, donde en lo sucesivo no podrá levantarse edificación alguna. Hubo un consejo importante, donde los ministros opinaron: ¡Nada, duro y á ellos como no accedan á lo que se les pide! En realidad, si todo eso pudiéramos obtener de las kabilas y del emperador podría España darse por satisfecha, aunque á regañadientes, y pelillos á la mar; quedando alerta, muy alerta en lo sucesivo para tomar desquite serio en la primer coyuntura. Pero ¿será cierto que se han pedido al emperador y á las kabilas tales bellezas? Siempre habrá que descontar mucho. ¿Qué razones hay para creer que sea ésta una verdad, cuando ni una sola verdad se ha visto ni se ha probado desde el día 2 de octubre? ¿Acaso hemos hecho otra cosa que gritar y bullir, ni más ni menos que las kabilas cuando van á lanzarse al combate, sin obtener nada provechoso? Solamente que las kabilas cuando entonan su tremenda algarabía es para animarse mutuamente á la pelea, y nosotros hemos gritado hasta aquí por el capricho deleitoso de ejercitar nuestra laringe. ¡Ni nos hacen caso, ni nos acordamos nosotros á la media hora de lo que motivó nuestros gritos!

El sultán sigue tan perdido como desde el comienzo de la campaña: no toméis esa expresión como ofensiva para el egregio monarca; no es un perdido ni mucho menos; que sin saber dónde él está hemos podido inquirir, sin embargo, que su fortuna es de quinientos millones de pesetas, ni un ochavo moruno

MULEY HASSÁN, emperador de Marruecos
Dibujo que ilustra un trabajo recientemente publicado por el africanista Gerardo Rohlf

más ni menos; no, lo que quería decir es que no parece, que sigue entre cortinas, y aquí las cortinas son Mohamed Torres y Araaf, detrás de los cuales el emperador se ríe con toda su alma de las notas y reclamaciones diplomáticas.

Cuando conviene á la política del sultán, sus dos representantes se apresuran á decir que tienen poderes omnímodos para resolver aquello de que se trate; recordaréis los poderes amplios de que venía revestido el príncipe Araaf, y sin duda habréis oído decir en muchas ocasiones que el ministro del emperador en Tánger los tenía igualmente. ¿No era justo creer que entre el ministro y el príncipe podría haberse resuelto todo? Hubo ilusos que abrigaron esa esperanza. El príncipe Araaf sacudió de sí el *ultimátum* como una avispa de aguijón venenoso, se le envió á Mohamed Torres en el *Isla de Luzón*, y el *Isla de Luzón* ha sido la pesadilla de los españoles durante los días que empleó en ir á Tánger y en volver: cuando esto escribo aseguran los telegramas que el *Isla de Luzón* acaba de anclar en aguas de Melilla y que debe traer pliegos de Mohamed Torres. Nada se sabe de los pliegos; lo que se sabe positivo es que Mohamed Torres dice que *no tiene poderes* para resolver el asunto. Como Araaf.

Tres días han pasado desde que escribí lo anterior; quise darme esta tregua á ver si un acontecimiento imprevisto ponía en mi pluma otras vibraciones, glosas de otros tonos más alegres. No, los aires que han venido no son los mejores para España, enfermo que necesita brisas puras; pero como de una ó de otra manera, sin respirar no se puede vivir, tiene que contentarse con esos; son aires de paz. No nos metamos, por Dios, en seguir punto por punto los trabajos laboriosos de los ministros para llegar á esta gran hora de nuestra dicha. Alegrémonos, mejor es así. Las condiciones de paz no pueden ser más halagüeñas para nosotros... Como no se saben fijamente, cada ciudadano español puede imaginárselas á su gusto, y era lo que afirmaban los optimistas: que todos quedaríamos satisfechos. Hay una condición importante, la que trata de la zona neutral. Respeto á la propiedad rústica roturada, á los edificios consentidos y á la mezquita como lugar sagrado. Importancia, sí la tiene; pero por lo visto es para ellos. Termino este párrafo haciendo constar la sorpresa que ha producido, lo pronto que Mohamed Torres y el príncipe Araaf tuvieron poderes para la conclusión de este tratado. Se recordará que tres días antes carecían de ellos.

Sea como sea, lo consolador es que el ejército

2009 Ministerio de Cultura

vuelve; vuelve sin disparar un solo tiro, á lo que se presume. ¿Qué importa si vuelve tan honrado y tan valeroso como se fué? Si algo turbio resultara de todo esto, ¿qué culpa tendrían esos miles de hombres disciplinados y fuertes, ese ejército que tantas páginas de luz y sangre dejó escritas en los anales españoles con las puntas de sus bayonetas? ¿Repetiré lo que dije ya otras veces? El soldado es lo único que en España hay que no degeneró; el soldado es la flor única que conserva su perfume, entre aquellas hermosas flores ya marchitas de nuestras grandezas muertas, el soldado es la vieja y pura reliquia que España guarda como memoria de lo que fué.

El ejército vuelve; vuelve quizás de mal humor porque no pudo por su propia mano vengar las víctimas. La nación quizá se recoja en un sentimiento de pena callada, acompañando así al ejército en su disgusto; pero no todo es sombrío, no todo huraño; hay una multitud santa y amable que sonríe y tiembla... ¡Las madres y las novias! Fueron las primeras en lanzar á la lucha á los hombres de su amor por un sentimiento de dignidad patriótico, y serán las primeras en ir á recibirlos por otro sentimiento: el de las almas dignas que han cumplido un deber y obtienen el pago en supremos goces...:

Para disipar ideas tristes contra esos aires que á España envuelven; para poner en el corazón otro sentimiento y en el espíritu otras alas que nos aparten de humanos errores y nos conduzcan por contados segundos á sanas esferas, hay que pensar en el espectáculo de aquel altar erigido en una colina junto á las hordas del Rif, en aquellos veinte mil hombres que rinden sus armas sumisos al levantar-

TIPO DE UN BERBERISCO, cabeza de estudio de W. Genz

se la Hostia y en aquel sol que cae sobre todos como bendición sublime, arrancando destellos al dorado cáliz, donde la sangre de Jesús palpita, destellos que parecen de lágrimas de Dios por aquella otra sangre de nuestros soldados, vertida por infieles en donde mismo el altar se levantó.

Tocan diana: el soldado asoma soñoliento á la abertura de su tienda, regocíjasele el corazón: el cielo le sonríe alegre, el sol le inunda amoroso, su sangre circula rápida: el campamento va animándose, se mueve todo, todo brilla, la confusión aumenta, el espectáculo es pintoresco, brillante; ya están vestidos, forman: ¡ved ahí á los soldados españoles! La patria se conmueve de orgullo contemplándolos; pero la patria suspira también al pensamiento de que esa juventud no se engalane con preseas de enemigo, de que esas energías no se aprovechen. La patria dice que una guerra le costaría mucho dinero y muchos hombres; pero dice también que esa guerra sería, de seguro, poderoso reconstituyente para nuestra sangre que se vicia, para nuestros tegumentos que se aflojan, para nuestro raquitismo, en fin, que no sabe nadie adónde nos llevará; no son estos aires belicosos, no: es patología pura.

Solemne misa en la que innumerables bocas de cañones están dispuestas á mantener la palabra de Dios; en la que un ejército fuerte ansía conmovido una señal de despecho, siquiera, en la aborrecida chusma, para pasar el límite y ocupar rápidamente pueblos y ciudades. ¡Segundo grandioso en que la Hostia se levanta, en que músicas baten himnos, en que las frentes humíllanse y en que los pechos se hinchan de una savia poderosa que

KABILAS DEL INTERIOR ACUDIENDO EN AUXILIO DE LOS RIFEÑOS

2009 Ministerio de Cultura

aligera la respiración y humedece los ojos, y hasta las puntas de las bayonetas parecen temblar, al rendir armas, señalando á la vez como dedos rígidos los campos salvajes adonde quisieran ir con ese tabernáculo ante el cual se postran, con esa Hostia que se levanta y con ese sacerdote que oficia.

No hay guerra; el ejército vuelve si no surgen complicaciones que nadie se figura; lo dije: de las madres y de las novias es el regocijo. ¡Cuánta alegría las que pensaron en una triste Nochebuena de lágrimas é inquietudes! Habrá bailes en el hogar, jubileo de cantos, retozos y entremeses de historias de campamento. La madre confortará plácidamente sus ateridas manos junto al enrojecido tronco; la novia bailará en la fiesta, luciendo sus mejores galas, palpitante el corazón por el honesto placer y abrasadas las mejillas como las ascuas del fogón en que la madre conforte sus ateridos músculos. Noble hija del pueblo, ¡cuántas horas de labor penosa te habrá costado el rico pañolón que esa noche de alegría cubra tus hombros! Cuando te cases, esa prenda estará en tu boda; cuando nazca tu primer hijo, esa prenda será la primera también que se luzca; si el hijo de tus entrañas muere, será la colgadura que la sala del muertecito adorne entre un brillante granel de rosas amarillas; cuando tu marido esté sin trabajo, ese pañuelo irá al Monte de Piedad y le habrás besado antes y le habrás bañado con puras lágrimas de recuerdos dulces. Tú eres honrada y noble; tú eres pura y fuerte; tú te educas en el bien verdadero; tú te preparas en la gran escuela del trabajo y las resignaciones para dar después á la nación los hijos que luchan por ella y la salvan y la glorifican... ¡Ríe ahora! Alégrate de la vuelta del soldado; goza con el perfume de su gracia y de tu amor; aprovecha tu juventud, que luego confortarás tu cuerpo aterido junto al tronco abrasado como tus mejillas lo están ahora; que todo eso es el arco de flores por donde entras en tu vida de casada. ¡Oh tristezas! ¡Oh amarguras! Allí vendrán los sufrimientos, allí las lágrimas, allí el suplicio; pero te mostrarás allí con todas tus grandezas y todas tus dignidades, sobreponiéndote con serenidad de gloria que ni tú misma comprendes, á los insultos tal vez de un marido grosero, á las miserias de una enfermedad, á las agonías de un trabajo continuo y á la gran hecatombe, por último, de ver cómo te quitan, para que muera quizás en la guerra, al hijo adorado que rasgó tus carnes al surgir á la vida y que se nutrió con la savia de tu pecho sano y robusto.

Las madres y las novias sonríen; consuélenos esto de la inquietud que puede causarnos el desenlace que el asunto de Melilla va á tener. El príncipe se ofrece en rehenes, y se compromete á prender á los que él dice ser los verdaderos culpables del conflicto actual, no á los que los españoles puedan designar como á tales; á Maimón porque sabe que se halla fuera del alcance de su mano, no á Alí el Rubio, ni al santón de la Puntilla, verdaderos causantes de la guerra. Y aun en esto muéstrase cicatero el hermano de S. M. Sherefiana, pues no dice que entregará los culpables á España para que por nuestra mano los castiguemos, sino que quiere enviarlos á Tánger para que allí los castiguen (?) las autoridades imperiales.

El emperador escribe á la reina respetuoso mensaje prometiendo con mucha seriedad un castigo terrible para las kabilas revoltosas, las conferencias de Araaf y Martínez Campos menudean que es una bendición, los moros entran ya en el campamento, las relaciones comerciales se reanudan, Castelar felicita á Sagasta, Moret está contentísimo y esto acaba así sin que sepan los ministros cómo, sin que lo sepa España, sin que lo sepa nadie, y yo acabo también sin acabar, á la manera que el asunto de Melilla, diciéndote, lector benévolo, en el rinconcito de esta última plana guardado aquí expresamente para la última hora, que esta hora no puede ser más triste. Y si he de coger la pluma de nuevo, ¡quiera Dios que no sea para contarte lástimas, como hasta aquí lo hice por este luto nacional, sino para que se bañe en agua de rosas con nuestros corazones, entonando á la vez un himno glorioso á la España invicta!

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

LICOR del Dr LAVILLE GOTA REUMATISMOS
Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
VENTA POR MENOR.—EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bin BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
GANDES et Cie Bd St-Denis, 16

Las Personas que conocen las
PILDORAS del Dr DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el causancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor exito contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la Sad de Fia de Paris
HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en injeccion ipodermica.
Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

FALTA DE FUERZAS
ANEMIA CLOROSIS

DEBILIDAD CONSUNCION
EL HIERRO BRAVAIS
representa exactamente el hierro contenido en la economia. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida.
Exíjase la Verdadera Marca.
De Venta en todas las Farmacias.
Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS 1867 - LYON 1872 - VIENA 1873 - PHILADELPHIA 1876 - PARIS 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS . de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorósis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbuticas*, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

2009 Ministerio de Cultura

NUESTROS GRABADOS

El actual sultán de Marruecos, Muley Hassán, es uno de los hijos menores de su antecesor Sidi Mahomed, á quien sucedió en 25 de septiembre de 1873; y aunque no estaba indicado para soberano, las intrigas del harén le valieron el trono que debía ocupar su hermano Sidi Hamed.

Muley Hassán cuenta cuarenta años y es de hermosa presencia: Edmundo de Amicis, que en 1876 estuvo en Fez con la embajada italiana, se deshace en alabanzas del *Apolo negro*, como él le llama; en cambio Luis Pietsch, que algunos años después acompañó al embajador alemán Dr. Weber, dice hablando del sultán: «No he visto en modo alguno confirmada la descripción del poético cronista de la embajada italiana Sr. de Amicis, que quiso ver en aquel hombre grave, enfermizo y cansado el ideal de la varonil belleza que pueda soñar una odalisca.»

Los principales viajeros describen á Muley Hassán diciendo que es de arrogante figura y que su rostro moreno con barba negra no carece de belleza, un tanto apagada por la expresión de tristeza y de sufrimiento que nunca desaparece de su cara.

Muley Hassán no es mejor ni peor que los que le han precedido, está muy pagado de sí mismo y convencido de ser muy superior á sus súbditos como descendiente que es de Mahoma.

A sus súbditos les trata como siervos, por no decir como esclavos: los saquea cuanto puede, los mata por cualquier pretexto, y en sus arbitrariedades sólo le contiene algo la presencia de los embajadores de las potencias europeas.

Durante su reinado han ocurrido graves revueltas en sus dominios, que ha sofocado siempre por los más bárbaros procedimientos, y con frecuencia tiene que emprender viajes por sus estados para reducir á las tribus rebeldes y percibir exorbitantes impuestos.

El sultán de Marruecos se encuentra siempre acosado por la diplomacia europea, especialmente por la inglesa y la francesa, aquélla con la vista fija en Tánger, ésta codiciando la anexión del oasis de Tuat á sus posesiones africanas. En cuanto á España, la proximidad de los súbditos marroquíes á nuestras plazas de la costa de Africa ha sido causa de frecuentes conflictos entre la diplomacia española y la del sultán, y fuerza es confesar que si en los tratados hemos salido vencedores, en la práctica no hemos obtenido las ventajas que teníamos derecho á esperar.

El actual conflicto de Melilla está probando una vez más cuán difícil es entenderse por las vías diplomáticas con el emperador de Marruecos, ante cuyas evasivas, expedientes dilatorios y promesas más ó menos sinceras se estrellan todas las reclamaciones de nuestro ministro de Estado. Buenas palabras no les faltan á Muley Hassán ó á sus representantes; en cuanto á buenas obras, ya es otra cosa.

* * *

Las hogueras que por espacio de algunas noches brillaron en las cumbres del Gurugú, durante la presente campaña de Melila, constituyen un sistema de señales que, reproducidas de monte en monte, significaban la demanda de auxilios que los rifeños dirigían á las kabilas del interior: este sistema muy en boga entre los pueblos salvajes ó poco civilizados, suele producir resultados sorprendentes, pues casi nunca dejan de acudir en ayuda de sus hermanos aquellos cuya cooperación se solicita. Nuestro grabado representa un grupo de marroquíes que perfectamente armados y equipados para la lucha dirígense en veloz carrera á compartir con los rifeños las vicisitudes de la guerra.

* * *

Los otros dos grabados son un tipo de berberisco y el retrato de un jefe de tribu árabe, y acerca de ellos nada hemos de decir, porque harto conocidas son las cualidades de esta raza que aún conserva algunos rasgos de su antigua valía.

UN JEFE DE TRIBU ÁRABE (de una fotografía)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos DE **EXALGINA** DE **BLANCARD**

JAQUECAS — COREA — REUMATISMOS — DOLORES

NEVRALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento

CONTRA EL DOLOR

PARIS, rue Bonaparte, 40

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes,** para facilitar **la digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones** y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas.**

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & Cie, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al **Tónico** mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia.** De un gusto suamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento,* en las *Calenturas y Convalecencias,* contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estomago* y los *intestinos.*

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino** de **Quina** de **Aroud.**

Por mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

2009 Ministerio de Cultura